

N O S O T R O S

AMADEO JACQUES Y LA REVOLUCION SOCIALISTA DE 1848

AL publicar el número primero de *La Liberté de Penser*, Amadeo Jacques se proponía únicamente defender los prestigios de la Universidad y de la filosofía.

Las revueltas obreras y los atentados terroristas que amenazaban a cada rato el reinado de Luis Felipe, habían creado por reacción, en la burguesía calculadora que lo apoyaba, una cierta simpatía por esa misma Iglesia que fué en otro tiempo su enemiga. (1) La religión pasaba por ser a sus ojos, y con razón, una garantía del orden, y, aunque la seguía mirando con recelo, no podía menos que sentirse regocijada en lo más íntimo con la inesperada colaboración de un Dios gendarme.

La Iglesia, claro está, imponía un precio por su alianza, y bajo la bandera equívoca de la "libertad de enseñar", aspiraba nada menos que a tener entre sus manos la instrucción secundaria que la Universidad hasta entonces dirigía. La campaña se venía preparando desde hacía mucho tiempo. Hábilmente conducida por jefes ilustres, la ofensiva se inició en todos los frentes: Veillot en el periódico, Montalembert en la tribuna, Monsabré en el púlpito.

Con un entusiasmo generoso, que quedó desde entonces como la mejor de sus glorias, el Colegio de Francia se había lan-

(1) Recuérdese el saqueo del Arzobispado y de Saint-Germain-l'Auxerrois, casi al día siguiente del advenimiento de Luis Felipe. Ver LUCAS-DUBRETON. *La manière forte. Casimir Perier et la Revolution de 1830*, pág. 73.

zado cuatro años atrás en defensa de la Sorbona amenazada. Pero la Universidad no se decidía a luchar. Víctor Cousin, su director supremo, le había impuesto un exterior mentido de devoción y de respeto bajo el cual creía preservar su autonomía. Pero la innoble comedia no engañaba a nadie: los católicos le reprochaban su panteísmo; los sansimonianos, su obsecuencia. Con todo Cousin seguía exigiendo aquella farsa, y era tan terminante en sus juicios, tan tiránico en su autoridad que si algún profesor se hubiera atrevido a poner en duda la espiritualidad del alma hubiera sido inmediatamente destituido. (2)

Amadeo Jacques había sentido desde muy temprano la indignidad de tamaña hipocresía, y siendo alumno de la Escuela Normal ya había tenido el coraje de levantar su protesta en un episodio hermoso y risueño que pinta por igual la rebeldía de quien lo provocó y el elegante cinismo de quienes lo aprobaron. A pesar de no dictarse en la Escuela Normal ninguna enseñanza religiosa, la dirección imponía a los alumnos el deber de asistir a la misa del domingo. Como una demostración de que no aprobaban la medida, los alumnos resolvieron un buen día concurrir a la Iglesia sin libro de misa. Pero el director de los estudios, el bueno y sabio Guigniaut, dió la orden terminante de llevarlo. Los estudiantes se resignaban ya cuando Amadeo Jacques ideó un nuevo género de protesta: puesto que era necesario llevar un libro lo llevarían, pero ese libro sería un Lucrecio. Por desgracia el Lucrecio que Jacques tenía a mano era una traducción de Lagrange publicada en dos volúmenes muy grandes. ¿Cómo un volumen en octavo podría pasar por un libro de misa? Jacques lo llevó sin embargo, y tan pronto como empezó a leer, el director de estudios se acercó hasta él, le pidió el libro, lo examinó con cuidado y lo devolvió con gravedad. Durante toda la mañana Jacques anduvo preocupado con el castigo que le aguardaba. En el momento de salir recibió de la dirección un paquete cuidadosamente atado conteniendo una nota en que se le reprochaba por leer a Lucrecio en una traducción, dado que un alumno de la Escuela no debía leerlo sino en el texto original; y, acompañando la nota, otro ejemplar de Lucrecio sin traducción y de un for-

(2) JULES SIMON. *Victor Cousin*, pág. 115.

mato similar al de un libro de misa... El honor de la Escuela quedaba de este modo a salvo: no importaba que los alumnos creyesen o no; lo esencial era que lo aparentaran. (3)

Para un escéptico o para un indiferente, todo eso provocaría a lo sumo una sonrisa. Para los alumnos de la Escuela Normal — seleccionados entre los mejores del reino — aquella hipocresía era simplemente una ofensa. Ofensa amarga que no terminaba por desgracia el día mismo en que concluían los estudios, sino que se prolongaba aun cuando siendo profesores habrían de llevar a otros colegios la misma enseñanza sumisa y cobarde. ¿Cómo escapar y liberarse? ¿Cómo sacudir el despotismo interno de Cousin y el despotismo externo de la Iglesia? El mismo rebelde que en nombre de Lucrecio pretendió luchar contra la Biblia — en un gesto tan simbólico que parecen escritas en su honor las palabras de Gourmont(4): “¡oh si los hombres hubieran adoptado ese libro como Biblia!” — tuvo en las postrimerías del reinado de Luis Felipe el coraje de decir por tácita delegación, el pensamiento profundo de la Universidad.

El nombre de la nueva revista, *La Liberté de Penser* (5) era de por sí una insurrección. Así lo reconocía Jacques en el generoso *avant-propos*: “Nuestro título — decía — explica bastante lo que somos. No lo hemos escogido ni como una amenaza ni como una promesa de grandes temeridades, sino porque siendo filósofos nos es grato combatir bajo la bandera misma de la filosofía”. Esa bandera no podía ser otra que la “soberanía absoluta de la razón” que Descartes proclamara en la misma patria francesa que había de dar más tarde con los Derechos del Hombre “la carta futura de todos los pueblos.” Medio siglo después de la Revolución, la intolerancia religiosa renacía en todas partes y una especie de hipocresía se infiltraba en las costumbres. “La filosofía es calumniada y debe defenderse; la filosofía es atacada en sus principios y debe probar su legitimidad y su fuerza.”

(3) Jules Simón ha contado dos veces esta misma anécdota aunque con ligeras variantes: en *Victor Cousin*, pág. 135, primero, y en *Premières Années*, pág. 167, después. ¿La conocía Taine cuando escribió el capítulo IV de *Etienne Mayran*; pág. 113?

(4) REMY DE GOURMONT. *Une Nuit au Luxembourg*, pág. 84.

(5) *La Liberté de Penser*. Revue Philosophique et littéraire. Paris. Joubert, libraire, editeur. Rue des Grès, 14, près de la Sorbonne.

Para ello venía *La Liberté de Penser*. Pero la revista, advertía Jacques con los ojos puestos en Cousin, "no ha sido fundada ni por una escuela ni en el interés de una escuela, sino para defender, facilitar y propagar los estudios filosóficos." "Somos casi todos hombres nuevos, sin jefes, sin patronos, sin amigos ilustres, sin nadie a quien defender, sin nadie a quien temer." "Nuestras simpatías están por la oposición de izquierda en general, pero no estamos ligados a ninguna de las fracciones en las cuales se divide." "Si es menester confesarlo, no nos ruborizamos de nuestro aislamiento. Creamos un órgano para decir sin ataduras y sin disfraz lo que pensamos. No contamos con las simpatías de los hábiles, pero tenemos la firme esperanza de reunir junto a nosotros a todos los hombres de corazón y de hacer estimar nuestra lealtad hasta por nuestros enemigos."

No se podía con más franqueza adelantarse a ocupar un puesto en la lucha: defender la filosofía e indirectamente la Universidad contra el absolutismo de la Iglesia. Lejos de Cousin y necesariamente en contra de él, *La Liberté de Penser* confesaba su simpatía por la izquierda, pero al mismo tiempo, con ese áspero individualismo del intelectual que no se resigna a incorporarse a un partido, Amadeo Jacques afirmaba no estar vinculado en forma alguna a las fracciones en las cuales la izquierda se dividía por entonces: ni reformista con Duvergier, ni republicano con Cavaignac, ni radical con Ledru-Rollin, ni socialista con Luis Blanc, ni comunista con Blanqui.

Después del prefacio, que era en cierto modo un manifiesto, el número primero de *La Liberté de Penser* traía un artículo de Baudrillart sobre la indiferencia de la juventud; la invitaba a entrar cuanto antes en acción y afirmaba que "la convicción aun a costa de algunos errores vale más que una imparcialidad tibia y cobarde." Y de acuerdo a esa ley, que ha hecho para siempre de Voltaire el padre de todas las rebeldías, Ernesto Bersot invocaba su espíritu y lo incorporaba a las filas de la revista como "apóstol de la razón"... Julio Simon, por fin, opinaba resueltamente de política. Su espíritu moderado se denunciaba en seguida: frente a la Monarquía de Julio, tambaleante ya, Simon se incorporaba al grupo de los que tenían confianza en las reformas: "Entre los que quieren echar abajo un edifi-

cio —decía — y los que lo dejan derrumbarse, somos de los que lo restauran y lo fortifican.” Reforma electoral, reforma parlamentaria, he ahí para Simon los medios legales capaces de devolver al gobierno su autoridad y su prestigio. “Es la oposición moderada e inteligente — conclúía — la que representa en verdad el partido del orden.”

Compañeros de la Escuela Normal, Julio Simon tenía con Jacques una amistad fraternal. Diferencias de temperamento, sin embargo, los separaban bastante: más conservador y reticente Julio Simon; más avanzado y combativo, Jacques. Esas diferencias, que se habían de ir acentuando poco a poco, les eran por entonces ignoradas. Mientras la lucha o la pasión no obliga a definirse, la amistad y el cariño disimulan o atenúan las aristas. Puede admitirse por tanto que las ideas políticas de Julio Simon no debían por entonces estar muy lejos de las de Jacques. El tono que éste usa en el proemio es sin embargo más franco. Pero en la “oposición de izquierda” a que hace referencia, cabía también la actitud centro-izquierda de Simon.

La amistad muy íntima de Jacques con Godofredo Cavaignac — republicano fervoroso — (6) invita naturalmente a no atribuir a Jacques con demasiada ligereza las opiniones de Simon. Pero aunque hubiera entre ellos algunas divergencias, carecían en ese momento de importancia.

Por confesión de los mismos que provocaron la caída de Luis Felipe sabemos hoy que el advenimiento de la república les parecía casi un sueño lejano. Nada tiene de singular, pues, que dos meses antes de la revolución de febrero, Jacques no se preocupara de definir su posición y que Simon se confesara al mismo tiempo partidario moderado de las reformas políticas.

Como a casi todos los hombres que han vivido mucho tiempo en el ambiente de las Escuelas, a Jacques le interesaba en ese momento, tal vez más que todo, la situación de la Universidad. No ignoraba que los males de ésta correspondían a deficiencias políticas y quizá sociales; pero pensaría seguramente que eran

(6) En el número 13 de *La Liberté de Penser*, Simon se dirige a Jacques y refiriéndose al general Cavaignac le dice: “vous, monsieur, qui avez connu son frère (Godofredo) et vecu au milieu de ses amis...” En cuanto a los amigos a que alude debieron ser Joubert, Thomas, Tascherau. Ver R. G. NOBÉCOURT, *La vie d'Armand Carrel*, pág. 89.

demasiado profundas y un poco ajenas a la filosofía. El primer artículo del segundo número aludía, en efecto, a la Universidad y a su situación ante la Cámara y el país. Un miembro de la Universidad, Alejandro Thomas, había sido destituido por el ministro Salvandy violando los reglamentos y desconociendo la independencia de la Universidad. Pero universitario y filósofo mucho más que político, Jacques no se apartaba todavía de la cátedra, aunque sí de algunos de los que fueron sus maestros. En un artículo titulado "De la imaginación en materia filosófica" coloca a Cousin las primeras banderillas, y aunque todavía en términos corteses, afirma que su filosofía no es nada más que una metáfora elevada al rango de un sistema...

Julio Simon, en el número siguiente, defendía a la revista contra quienes le reprochaban haberse inmiscuido en la política. Una revista, se decía, que lleva por subtítulo "revista filosófica y literaria" debe permanecer ajena a los partidos. Nada más inexacto, replicaba Simon con cierto énfasis: "la misma mano escribió *Las Leyes* y el *Timeo*." Y sin comprender tal vez del todo la oportunidad y la gravedad de sus palabras, añadía: "Si los filósofos no son a ese título los soldados de la libertad, son, sin embargo, sus teóricos. Nada de lo que importa a la libertad es extraño a la filosofía."

Como si Jacques quisiera demostrar con un ejemplo la tesis de su amigo, estudia en la otra página la marea creciente del catolicismo. ¿Cuáles son sus causas? se pregunta. ¿A que se debe esa resurrección de la Edad Media tan celebrada ahora por algunos? ¿Obedece a un auténtico despertar de la fe religiosa que ha encendido en el corazón de los neocatólicos la llamarada de los cruzados? Nada de eso, afirma Jacques. La devoción es en 1848 lo que fué en el siglo XVII: "un asunto de moda, de conveniencia, y de buen tono." Hay sin duda alguna pocos hombres sinceros que buscan en la religión una regla de conducta o una vaga aspiración de infinito. Pero soñar no es creer. Ese impulso de la sensibilidad que Chateaubriand puso en auge no se parece en nada a la sumisión del espíritu persuadido, y lejos de ser un asunto de conciencia se convierte a lo sumo en un asunto de buen gusto. ¿Qué de extrañar, pues, si aumenta el número de los neocatólicos cuando al par de ventajas materiales innegables se

consigue adquirir al mismo tiempo cierto reflejo de refinamiento y de elegancia? "Quitad de la suma de los neocatólicos los ociosos, los hipócritas y los tontos, ¿cuántos verdaderos admiradores quedarían para el dios celoso de la Escritura?"

*
* * *

La joven revista empezaba así tan briosamente a combatir cuando la revolución de febrero de 1848 pasó sobre Francia como un vendaval. Es bien sabido lo que ocurrió entonces. Con esa ciega generosidad a la cual los reveses no han conseguido todavía iluminar, el pueblo de París se había hecho matar en nombre de la república. Pero entonces, como siempre, los frutos de la revolución pasaron a otras manos. En los primeros días, burgueses y obreros plantaban juntos el árbol simbólico de la libertad que la Iglesia se apresuraba a bendecir (7). Juntos vivaban también a la república "democrática y social." Mas no se había terminado el entusiasmo cuando ya las manos hábiles se aprestaban a escamotear al pueblo sus conquistas. Toda revolución en la cual la burguesía y el pueblo luchan juntos acaba siempre en una estafa. La república "democrática y social" de los primeros gritos, se convirtió a poco andar en la república "democrática" y nada más. En vano Luis Blanc, teórico del socialismo, participaba en el gobierno, y un obrero mecánico, Albert, se sentaba junto a él. La burguesía satisfecha no quería dar un paso más, y había encontrado para su fortuna en Lamartine, jefe provisional de la Nación, al girondino declamatorio que le servía de instrumento.

Pero, declamatorio y todo, Lamartine era fundamentalmente un hombre honesto: el gobierno provisional le quemaba las manos. Un gobierno provisional — pensaba — que no se apresure a entregar al pueblo las posiciones que ha alcanzado por la fuerza, no es en realidad sino una dictadura hipócrita. Por eso, a los dos meses de la revolución, Lamartine convocó al pueblo a elecciones.

La nueva asamblea, elegida el 23 de abril, fué un triunfo

(7) RENÉ ARNAUD: *La deuxième republique et le Second Empire*, pág. 8.

completo de la burguesía. Enemiga del socialismo y del pueblo de París, la asamblea reaccionaria demostró muy pronto su carácter. En un movimiento desesperado, los obreros guiados por Luis Blanc, Barbés, Blanqui, invadieron la asamblea el 15 de mayo y creyeron por un momento haber triunfado. La reacción, sin embargo, no tardó en producirse. Los jefes obreros pasaron a la cárcel, y la burguesía aterrada reclamaba un dictador.

Como a casi todos, ya lo dijimos, la revolución de febrero tomó a Jacques de sorpresa. El número cuarto de la revista, dedicado casi por entero a la revolución, celebra ardientemente la soberanía popular, pero confiesa al mismo tiempo por boca de Simon que habían aprendido que la república era posible en Francia “en el momento mismo en que ha sido proclamada”; “no tenemos ningún derecho a decirnos vencedores —añadía—, ninguna gloria a reclamar en el gran suceso que acaba de ocurrir.” Pero, con declarar tan lealmente su actitud, Simon hacía constar con no menos lealtad que la revista no era “una recién llegada en el partido de la libertad.”

Sin abandonar sus preocupaciones anteriores, *La Liberté de Penser* se ha vuelto ahora más abierta. En este instante el ideal de la revista es una constitución que tenga por modelo la constitución norteamericana. Así lo declara Francisco de Castelnau en un artículo muy justo sobre lo que él designa “la única república verdaderamente democrática que existe.” De acuerdo con esa aspiración el mismo Baudrillart a quien ya vimos dirigiéndose a los jóvenes, lanza ahora una crítica violenta contra *La Organización del Trabajo* de Luis Blanc. Lamartine es, en efecto, el hombre de gobierno que la revista admira: Simon, Janet, Marguerin, Desfarges lo elogian sin reservas. Pero si la revista es todavía prudente en política, reafirma por lo contrario su enérgica campaña anticatólica. El espectáculo grotesco de la Iglesia bendiciendo los árboles de la república —como no hace mucho lo había hecho con el cetro de los reyes—, provoca su indignación y sus sarcasmos. Un joven ex seminarista que tres años atrás se había separado de la Iglesia, Ernesto Renan, llevó entonces a la revista el más valiente y el más sangriento de sus artículos. La Iglesia no puede hablar de libertad —decía— ni adoptar ninguna de las ideas modernas en política: los católicos que lo digan o mienten

o reniegan. Las libertades modernas se reducen a cuatro puntos que Renan examina con respecto a la Iglesia: la iglesia no ha aceptado ni podrá aceptar jamás “ni la soberanía popular con el derecho de rebelión que va implícito, ni el sufragio universal, ni la tolerancia religiosa, ni la libertad de pensamiento.” Todas las revoluciones que han forjado el espíritu moderno fueron combatidas por la Iglesia, pero luego “cuando ha visto que era imposible detener el torrente, que la humanidad continuaba su camino inquietándose poco de que la Iglesia se quedara rezagada, ésta se puso a correr detrás de aquella haciéndose la apurada y pretendiendo después que ella sola lo había hecho todo y que se le debía por eso una infinita gratitud.”

*
* *

Si hasta el número sexto la revista no participaba sino un poco desde lejos en la lucha, ya no iba a ocurrir lo mismo en adelante. En las elecciones del 23 de abril Julio Simon fué elegido miembro de la asamblea en representación del departamento de las costas del Norte. La revista tenía así, en la intimidad del gobierno, a uno de sus colaboradores más asiduos y podía por lo tanto vigilarlo atentamente. Ya no con su firma sino con tres asteriscos, Julio Simon inicia en mayo sus comentarios sobre la Asamblea. Los acontecimientos cada vez más rápidos lo van a ir acercando a la derecha, y al día siguiente de ingresar a la Asamblea bien hubiera podido anticipar las palabras que siendo ministro habría de pronunciar veintiocho años más tarde: “soy profundamente conservador y profundamente republicano.”

Sobre los sucesos de cada día *La Liberté de Penser* pronuncia por su intermedio una opinión de prudencia. Se adivina sin embargo que Jacques no la aplaude del todo. Demasiado amigo para presentarle en público objeciones, aprovecha los pretextos que le dan otros redactores para ir de esa manera emitiendo su opinión (8). Así, por ejemplo, con motivo de un ensayo de Gar-

(8) En el número 9 de *La Liberté de Penser*, pág. 212, hay estas líneas sugestivas de Simon: “...hace algunos meses le predicaba a usted (Jacques) la moderación en las cuestiones teológicas hasta el punto de que mi amistad llegó a serle incómoda.”

nier en que proponía un gobierno a igual distancia de la demagogía y de la aristocracia, Amadeo Jacques dice al pie que aunque reconoce su espíritu republicano y liberal la revista está muy lejos de aceptar la totalidad de sus doctrinas...

Fueron los sucesos del 15 de mayo con la invasión de la Asamblea por el pueblo los que dieron un nuevo empuje a la separación que muy pocos notaban entre Jacques y Simon. Después del 15 de mayo el pueblo no se había resignado a su doble derrota. Para colmo, el 21 de junio el gobierno disolvió los Talleres Nacionales. Inaugurados en apariencia como si fueran una concesión a las doctrinas socialistas, los Talleres Nacionales fueron en realidad un burdo argumento para desprestigiarlas (9). El ejército de obreros a quien la clausura dejaba licenciado, transformó en revolución su desengaño. El 23 de junio de 1848 los barrios obreros de París alzaron las primeras barricadas socialistas de la historia del mundo. Al grito de "viva la república social", el proletariado alzó la bandera roja que la Comuna del 71 levantaría de nuevo, pero que sólo los bolcheviques de 1917 conseguirían agitarla triunfalmente.

La burguesía contempló esa bandera con asombro: no la comprendía, no podía comprenderla. Hartos de engaño y de traición, los obreros afirmaban de ese modo que ya no había alianza posible entre la blusa y la levita (10) y en un gesto desesperado en que traslucía apenas la injusticia de tantos siglos, inauguraban fieramente un nuevo capítulo de la historia humana. Desde un rincón de París, Emerson, el apóstol, se conmovía hasta las lágrimas (11); desde otro rincón, Carlos Marx, el teórico, anotaba y observaba. (12)

(9) KIRKUP: *History of Socialism*, pág. 48.

(10) Dieciocho años atrás un obrero le había dicho a Arago: "no son de la misma opinión aquellos cuyo traje no está hecho de la misma tela".

(11) Mientras duró la visita de Emerson a París vivió en un departamento de la calle Petits-Augustin, número 15, no muy lejos del viejo taller de pintor que *La Liberté de Penser* ocupaba en el número 5 de la misma calle. Ver Régis MICHAUD, *La vie inspirée d'Emerson*, pág. 248. He dado algunos datos sobre la redacción de *La Liberté de Penser*, en *La Vejez de Sarmiento*, pág. 40 y sig.

(12) Cuando estalló la revolución de febrero, Marx estaba en Bruselas. Uno de los miembros del gobierno provisorio, Flocon, lo invitó a París. Ver D. RIAZANOV, *Marx et Engels*, pág. 86.

Tendidas las líneas de ese modo, la burguesía exigió el dictador que venía reclamando. Republicano por tradición de familia, por esa tradición que su hermano Godofredo mantenía con orgullo, el general Cavaignac no amaba, sin embargo, al pueblo. La Asamblea vió en él al dictador que buscaba: demócrata por fuera, siniestramente conservador por dentro. Al día siguiente de la Revolución, la Asamblea le entregó la totalidad de los poderes. Pero si dijimos que Cavaignac era general, no dijimos, con todo, lo bastante. Durante muchos años había aprendido en las guerras de Africa a fusilar las tribus como en una cacería. Entre el pueblo de París que se alzaba en armas contra el gobierno y una tribu de Africa que oponía resistencias a sus tropas, Cavaignac no veía diferencias. Con una tranquilidad que horroriza tuvo entonces una idea diabólica: dejar crecer la insurrección para aplastarla mejor. Iniciada el 23 sin plan y con los jefes en el destierro o en la cárcel, la revolución de junio pareció que triunfaba el 24. Pero al día siguiente los soldados de Cavaignac ahogaron en sangre la revuelta; y como si todo eso hubiera sido poco, millares de fusilamientos anunciaron al mundo cómo sabe triunfar del pueblo un general.

El 28 con su triste gloria el ejército desfiló vivando a la "república de la gente decente."

Arbitro de la situación, el general Cavaignac eligió sus colaboradores, disolvió los clubs obreros, amordazó la prensa y puso a la nación bajo el filo de la espada.

Aturdido por la revuelta, Julio Simon se inclinó del lado de Cavaignac, y en el número de junio se atrevió a decir de él estas palabras que habrían de pesarle: "es la moderación sin debilidad y el heroísmo sin fasto." Su concepto del orden y de la jerarquía le impidió alcanzar el generoso idealismo de la revolución, y sólo quiso ver un comunismo absurdo en la rebeldía popular que Cavaignac había deshecho.

*

* *

Las disidencias internas que se acentuaban día a día en *La Liberté de Penser* amenazaban extenderse de la política a la filosofía. En el mismo número en que Simon elogiaba a Cavaignac, pocas páginas después, Amadeo Jacques escribía sobre "La en-

señanza de la filosofía”, y aunque la tesis central consistía en demostrar que la filosofía era necesaria a la enseñanza del estado como complemento y lazo de la enseñanza científica, en sí misma sin unidad, ya empezaba a diseñarse en él tanto la crisis de su pensamiento filosófico como la inquietud por problemas que hasta entonces lo tenían sin cuidado. Por propia reflexión, en un principio, se había ido apartando paso a paso de la filosofía del eclecticismo que le había sido impuesta en su juventud: pero ahora en los años de la madurez empezaba a comprender el alcance de la arremetida del positivismo contra la vieja metafísica. Sin acompañarlo del todo en sus conclusiones extremas, Jacques empezaba a mirarlo con respeto y a aceptar, además, algunas de sus vistas.

Esa renovación de su pensamiento se acompañaba al mismo tiempo de una simpatía de más en más cordial por el socialismo naciente que la revolución de junio había enarbolado, y uniendo en un mismo párrafo las nuevas verdades que había descubierto, Amadeo Jacques terminaba preguntando: “Un curso sobre el socialismo y una introducción a la filosofía de las ciencias, ¿no serían mejor acogidas por la juventud que una serie de conversaciones literarias?”

La respuesta, como siempre, vino desde la juventud con una franqueza sin velos. Seis años menor que Jacques, Emilio Deschanel había sido su discípulo en la Escuela Normal y continuaba siéndolo por el afecto. *Maitre de conferences* desde 1845, Deschanel era ya un helenista y un sabio. Pero más que por sus títulos empezaba a hacerse respetar por su conducta. En la revista del mes de agosto Deschanel acudía a la invitación de su maestro, y en un artículo valiente, titulado “El Derecho al Trabajo”, defendía al socialismo en términos que no admitían dos interpretaciones. “Se quiera o no —decía— ese derecho existe y nada se puede hacer para suprimirlo. Aun más: ha sido formulado ya en todas partes, y estemos bien seguros que cuando un derecho se ha formulado por sí mismo y que su fórmula se ha difundido lo bastante, es porque ha sonado la hora de su advenimiento.” Y dirigiéndose a la Asamblea con una claridad profética añadía: “Es necesario hacer un lugar al socialismo si no queréis que él mismo se lo procure. *Nada de reformas* ha perdido a la Monarquía; *Nada de socialismo* perderá a la república.”

Simon mientras tanto continuaba en la Asamblea. Su entusiasmo por la dictadura, ardoroso en un instante, se había enfriado. Algunos remordimientos le asaltaban por haber creído en ella, pero justificándose a sí mismo se apresuraba a decir que no había otra manera de impedir la invasión de "la barbarie." Varios años atrás y en otro ambiente, el general San Martín comprobaba entristecido que los hombres de Buenos Aires que veían su fortuna amenazada, pedían por todos lados un gobierno militar; y San Martín agregaba: "porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra" (13). Simon empezaba a comprender ahora de donde se había agarrado en su ceguera, pero las nuevas elecciones se acercaban y contra el "peligro" de Raspail socialista y de Ledru-Rollin radical-socialista, Simon continuaba aferrado a su general.

La mayoría de la Asamblea era también de esa opinión. Cavaignac se presentaba a todos como el candidato más seguro. No sólo porque tenía entre sus manos el poder sino también porque contaba en su favor el miedo que inspiraban los candidatos socialistas. Ciertamente es que además de Cavaignac figuraba entre los candidatos otro nombre: el príncipe Luis Napoleón Bonaparte; pero a ese candidato ningún hombre juicioso lo tomaba en serio. Sin ser precisamente un pobre diablo se lo tenía por tal, y fuerza es reconocer que había en la opinión una buena dosis de verdad. Pero si París se burlaba de él, el resto de la Francia sabía únicamente que se llamaba Napoleón. Y en las elecciones del mes de diciembre el príncipe ridículo fué elegido presidente.

Transcurrido el primer momento de estupor todo el mundo comprendió que tarde o temprano era aquello la muerte de la república, y como Luis Napoleón entregó de inmediato a Falloux el ministerio de instrucción pública —que era como ponerlo directamente en manos de la Iglesia—, Julio Simon descubría con asombro que la revolución de febrero de 1848 había sido hecha "en contra de los jesuitas y en provecho de los jesuitas..." O para decirlo con palabras que tal vez Simon comprendiera recién: los reaccionarios de 1848 habían empezado haciendo la guerra al socialismo para terminar haciendo la guerra a la república.

El manotón de la Iglesia a la Universidad y a la escuela no se hizo esperar un largo rato. Desde enero de 1849 en que el

(13) CARLOS IBARGUREN: *Juan Manuel de Rosas*, pág. 184.

proyecto del ministro apareció, hasta marzo de 1850 en que la ley Falloux entregó al clero la enseñanza, *La Liberté de Penser* defendió la democracia y la escuela en un crescendo apasionado. Todas las ocasiones eran desesperadamente aprovechadas: desde lo cobardía de Cousin, que no se animaba a protestar del todo, hasta la traición de Thiers que aniquilaba ahora la misma Universidad que no hacía muchos años había defendido; desde la destitución de Larroque, rector en Lyon, por haber puesto en duda la eternidad de las penas, hasta la desgraciada expedición de Roma en que el ejército francés con el pretexto de apoyar a los republicanos italianos devolvía al Papa su dominio y su fuerza... Sin esperanzas ya en su aislamiento creciente — la Asamblea legislativa elegida el 13 de mayo de 1849 no era republicana, sino del partido del “orden”, — *La Liberté de Penser* empezaba a buscar sus aliados en la historia: y era unas veces Ernesto Bersot que traía a D’Alambert y era otras veces Jacques que invocaba a Robespierre. Pero aplastada la insurrección del 13 de junio en que la izquierda intentó sublevar las guardias nacionales, la “montaña” se derrumbaba con estrépito. Un mes después Renan afirmaba: “una palabra resume la literatura, la filosofía, el arte, y esa palabra es miedo.” No desesperaba, sin embargo: “el trabajo del espíritu no estaría amenazado sino el día en que la humanidad se sintiera demasiado cómoda.” Pero Renan por desgracia no tenía pasta de héroe. Su artículo valiente era al mismo tiempo una despedida. Confesaba su desprecio por la política y su fé en los pensadores y en los sabios. “Estos pensadores — agregaba — crecerán fuera del mundo oficial, *no pensando siquiera en hacerle oposición*, y dejándole morir en su círculo agotado.”

Muy poco tiempo después aceptaba una misión científica en Italia; conseguía a su regreso un empleo modestísimo en la Biblioteca Nacional y se hundía a conciencia en la filología y en la historia.

*
* *

Traiciones de unos, abandono de otros, resignaciones de muchos: el cuadro no era en realidad para alentar. ¿Queréis puestos,

honores, condecoraciones? — preguntaba Jacques con ironía amarga. “Entrad a las congregaciones — contestaba, — escribid en *L'Univers*, publicad algún libro bien injurioso para la filosofía, hacedlo aprobar por un obispo, y una vez hecho esto ya estáis en brazos de Falloux y sobre las alas de la fortuna.”

En el index desde hacía mucho tiempo, *La Liberté de Penser* no había sido aún directamente molestada. Pero a medida que la revista subía de tono y que la agonía de la república empezaba, amigos y enemigos le contaban los días. El primer incidente lo trajo Deschanel. En un artículo que llevaba el título de “Catolicismo y socialismo” — publicado el 15 de febrero de 1850, — Deschanel recogía una frase pronunciada por Montalembert en la tribuna: “No hay términos medios —había dicho—; hoy es necesario escoger: o católico o socialista.” Y bien, respondía Deschanel: “puesto que es necesario escoger, somos y seremos socialistas.”

El número de la revista apenas había circulado y ya Deschanel estaba destituido de su cátedra. En un artículo hermoso Jacques se solidarizó acto seguido con “el colega, el amigo y el discípulo”; “y puesto que es necesario escoger — repetía a su vez — nuestra elección ya está hecha.”

La firme actitud que acentuaba definitivamente su carácter de izquierda trajo por supuesto el alejamiento de Simon. En una nota del 15 de mayo de 1850 Amadeo Jacques anunciaba que “uno de los colaboradores más antiguos y más activos, el señor Julio Simon” se había separado de la revista por “disentimientos en política.” (14)

Cada vez más solo, Jacques continuaba sin desmayo. No obstante la presión del gobierno, los comicios de abril habían permitido a los socialistas la elección de veintiún diputados, la de Eugenio Sué entre otros. Aunque la cifra era escasa, la noticia produjo tal pánico que los valores de la Bolsa descendieron. Con el sufragio universal era pues imposible subyugar al pueblo; la Asamblea propuso entonces la reforma de la ley electoral y el voto cali-

(14) Muchos años después, recordando ese momento de su vida, Julio Simon contaba nó sin amargura “cómo un buen día fué puesto en la calle por sus propios amigos con el pretexto de que yo era demasiado reaccionario para sus nuevas aspiraciones.” JULES SIMON: *Victor Cousin*, pág. 154.

ficado. Interpretando el pensamiento de Luis Napoleón, Thiers — *famulus* siempre — volvió sus iras contra “la vil Multitud.” (15) Eugenio Sué recogió la frase, y en el número de *La Liberté de Penser* correspondiente a setiembre ponía de parte de la multitud su enorme prestigio de escritor.

Cirujano de la armada, en sus comienzos, Eugenio Sué se había familiarizado desde muy temprano con la existencia de los marineros y de los humildes. Después de haber tenido la veleidad del *dandysmo* (16), había vuelto a retomar su preocupación por los obreros en dos novelas sociales que lograron un éxito enorme: *Los misterios de París*, primero, *El judío errante*, después. Elegido ahora representante del pueblo por el departamento del Sena, su colaboración en *La Liberté de Penser* extendía la influencia de la revista hasta un público que hasta entonces la ignoraba.

Que esa influencia se volvía de más en más temible, Jacques pudo comprobarlo en breve: al mes siguiente del primer artículo de Sué el gobierno le quita a Jacques su cátedra del Colegio Luis el Grande con una simple resolución ministerial. Sin protestar en una sola línea — él que tanto venía protestando por los atropellos a los otros, — Jacques inicia entonces con una tenacidad magnífica sus “Ensayos de Filosofía Popular.” Si la Francia aun estaba a tiempo de salvarse; si no había llegado aun la hora de su servilismo, sólo el pueblo podía detenerla en su caída. Bajo la alta inspiración de Edgar Quinet, que había reclamado no hacía mucho un libro en que el pueblo pudiera recibir sin peligro la primera educación moral, Jacques se proponía escribir ese catecismo laico que las circunstancias reclamaban con urgencia. Y en oposición al aislamiento despectivo en que Renan imaginó sus pensadores, Jacques sostenía por el contrario que el grande hombre es precisamente el que desentraña el pensamiento de las masas. “Allí está — decía — la fuente de toda inspiración verdadera, de toda elocuencia elevada, de toda acción grande y fuerte. Fuera de allí se podrán hacer, sin duda, versos hermosos, discursos elocuentes, transacciones hábiles; *no se llegará a ser por eso un hombre.*” Su vida de profesor durante dieciocho años, añadía, le había llevado a des-

(15) MAURICE RECLUS: *Monsieur Thiers*, pág. 236.

(16) Ver JACQUES BOULENGE, SOUS LOUIS-PHILIPPE: *Les Dandys*, pág. 281.

confiar de los jóvenes de la burguesía; “su virtud dominante es la virtud de los viejos, la prudencia.”

*
* *

La campaña terrible llevada en contra de *La Liberté de Penser* empezaba a dar sus frutos: los “simples discursos de un maestro sobre el Hombre y Dios” habían enardecido la reacción. Despojarlo de su cátedra no había servido de mucho; era necesario quitarle la palabra no sólo en las escuelas del estado, sino en todas partes y para siempre, porque Jacques en su calidad de *agregé* tenía derecho a dictar un curso libre. Con ese objeto los últimos artículos fueron denunciados ante el Consejo Académico. El 7 de marzo Jacques fué invitado a declarar: cuando se le interrogó sobre si era el autor de los artículos, manifestó que sí, que habían sido impresos por su orden, y que persistía en todas las aserciones sin tener que atenuarlas ni que justificarlas. Pero el Consejo Académico no queriendo cargar con la responsabilidad del fallo, pasó el asunto al Consejo Superior. El 14 de mayo resuelve éste prohibirle la enseñanza libre, considerando que “es imposible confiar la enseñanza pública de la juventud francesa a quien profesa públicamente la negación de todas las religiones...” (17)

Casi al mismo tiempo, el ministro Giraud que firmaba la nota le hizo a Jacques el honor de acompañarlo en su expulsión con otros dos destituidos gloriosos: Michelet y Vacherot. El primero, so pretexto de que en su curso de historia y de moral expresaba doctrinas no conformes a la pura ortodoxia; el segundo, porque en el tomo tercero de su *Historia de la Escuela de Alejandría* hablaba del cristianismo en términos irrespetuosos...

Casi en la miseria, Jacques no abandonaba por eso su varonil campaña. El golpe de estado era considerado inminente; rotas las

(17) El artículo que más se le reprochaba era uno titulado *El cristianismo y la democracia*. Después de la resolución del Consejo Superior, Amadeo Jacques hizo un folleto con aquel, transcribiendo al mismo tiempo las deliberaciones del Consejo en la fecha 14 de marzo de 1850. Del artículo de Jacques puede considerarse este párrafo como esencial: “El cristianismo es por la fuerza misma de su naturaleza un opositor flagrante del espíritu de nuestras instituciones y de nuestras leyes, de toda idea de progreso social, de toda aspiración democrática; es el enemigo de la Revolución y de la República.”

relaciones con la Asamblea Nacional, ambicioso por perpetuarse en el poder, Luis Bonaparte no tenía otro camino que la violencia. Su voluntad vacilante no le ayudaba, pero algunos de sus consejeros empezaban a darle la firmeza ausente. De un día para otro se esperaba el golpe, pero Jacques continuaba aun la resistencia heroica. Como un desafío y como una profesión de fé en la democracia, *La Liberté de Penser* publicó en el número de abril la introducción al *Gobierno Directo* de Renouvier: proyecto de organización comunal de la república que anticipaba en cierto modo la actual organización de los soviets y que algunos escritores habían redactado en común para presentarlo a la Asamblea como última esperanza. (18)

La Liberté de Penser es ahora una hoguera. Se escucha en cada número un fragor de incendio. Y como si Jacques quisiera arrancarse del alma los últimos restos de una educación que lo ha manchado, escribe en el número de agosto una crítica violenta de Cousin. (19) El eclecticismo revelaba en la hora de la prueba la índole verdadera de su pensamiento: filosofía de la conciliación y de la mansedumbre. Y para que no siguiera envenenando el corazón de los jóvenes, Amadeo Jacques inicia en el número de setiembre la defensa generosa de un estudiante que había fracasado injustamente en un concurso. "Un candidato — decía — se había hecho notar entre todos por la extensión de su saber, por la fuerza, la elegancia, la claridad de su palabra, la madurez sorprendente de su talento. . . Había dado la lección más ordenada, más clara, más filosófica que se haya oído desde hace mucho tiempo en la Sorbona." Amigos y asistentes lo consideraban el primero cuando escucharon con asombro que había sido rechazado, "y rechazado nada más que por haber dado prueba de sinceridad y de buen gusto; rechazado por que no ha querido entrar en las fáciles declamaciones sobre la providencia, sobre la moral religiosa y la necesidad de un culto." Jacques felicitaba al candidato

(18) "*Gobierno Directo*. Administración comunal y central de la República. Proyecto presentado a la nación por algunos demócratas para la organización de la comuna, la enseñanza, la fuerza pública, la justicia, las finanzas, el estado". Los "demócratas" eran Bellouard, Benoit, Charassin, Chouippé, Erdan, Fauvety, Gilardeau, Renouvier, Sergent.

(19) He reproducido los párrafos más esenciales en *El descrédito de un filósofo*, publicado en *El Hogar*, octubre 4 de 1929.

por su rechazo honroso y lamentaba que en el ambiente corrompido de la Universidad la mediocridad servil triunfara siempre de la ciencia y el talento.

Aquel candidato de dotes tan excepcionales y de conducta tan digna se llamaba Hipólito Taine. Hay una severa belleza en esta coincidencia que el azar quiso darle: la nota en que Jacques adhería de corazón al candidato derrotado habría de ser la última página firmada con su nombre en la revista moribunda. (20) Para librarse de una filosofía hipócrita, Jacques había echado a vivir *La Liberté de Penser*, y en la penúltima vez que aparecía saludaba de ese modo al joven maestro que habría de trazar en breve en *Les Philosophes français de XIX siècle* (1857) la sátira más terrible que se haya escrito contra las filosofías adúlteras y cobardes.

*
* *

Dos meses más, y el golpe de estado ya era un hecho. En tierras de Francia no se podía vivir. El ostracismo aparecía como la única solución verdaderamente digna. Jacques no vaciló en aceptarla. Al mismo tiempo partían también Víctor Hugo, Tocqueville, Edgar Quinet...

Toda su vida era necesario rehacerla. Los sueños del normalista se habían ido desvaneciendo uno por uno. "Vivir para la pura inteligencia" que fué el lema de Spinoza le había resultado imposible. Muchas eran las cosas de la tierra que no sospechaba su filosofía. El cataclismo de una revolución le abrió los ojos: todo está ligado en la vida social, todo tiene orígenes remotos. Fuerzas oscuras nos conducen y cuanto más creemos aislarnos en un orgulloso aislamiento, más sentimos que somos instrumentos de otras manos. ¿Porqué no tomar entonces un puesto en la lucha, porqué no acercarse del todo a las filas del obrero y reclamar junto a él la atmósfera intelectual que la burguesía sin alma ha hecho irrespirable? Graves preguntas que Amadeo Jacques

(20) Digo "firmada con su nombre" porque la redacción de la nota se debe por lo menos en parte a Prevost-Paradol. Ver GRÉARD: *Prevost-Paradol*, pág. 175, nota. En igual sentido H. TAINÉ: *Sa vie et sa correspondance*. Tome I, pág. 127.

respondió con una intensidad dramática. Y justo es decirlo: no sería tan hermosa su vida si no hubiera conseguido a costa de su tranquilidad y su carrera la honda verdad que al fin tenía entre las manos.

Por eso, pláceme imaginar al desterrado en la borda del buque que habría de traerlo hasta nosotros, reconstruyendo en la imaginación los detalles de la tragedia que ha vivido. Un período de su vida concluía para siempre, pero al porvenir, cualquiera que fuese, lo aceptaba de antemano con coraje. Abrir una escuela de primeras letras después de haber enseñado en Luis el Grande, ¿no era el comienzo de una resurrección? Yo me atrevo a creer que sí. Asqueado de la burguesía calculadora y prosaica, Amadeo Jacques había escrito en el año mismo del destierro esta página profética, con la cual quiero concluir. Es necesario acercarse al pueblo — decía — y enseñar ante todo al paisano y al obrero. Si esta transformación en la enseñanza se pudiera cumplir, “yo ambicionaría entonces el honor de ser maestro de una escuela elemental como el vicario de Rousseau anhelaba ser cura. Me parece que sería una alegría infinita reunir en días fijos, a la tarde, después del trabajo, en la escuela embellecida o en alguna vasta granja, a la población entera de mi aldea. Yo invitaría a esas reuniones hombres y mujeres, y todas las edades desde la adolescencia a la vejez. Pero es a los niños a quienes me dirigiría en especial para que nadie quedara así sin comprenderme. Frente al pueblo reunido y silencioso — las mujeres cosiendo o hilando, los jóvenes y los viejos descansando de la ruda labor del día, los niños junto a las madres — yo desarrollaría en un lenguaje que me esforzaría en hacer muy simple algunos de esos discursos que ahora he emprendido sobre el Hombre y Dios. Lástima grande, sin embargo, que sean más fáciles de pensar que de escribir. Pero al fin de cuentas, muy poco importa el valor de lo que escribo. Yo solo sé que defendiendo la buena causa y que eso vale por todo el talento del mundo.”

ANÍBAL PONCE.

SONETOS

I

(Inspirado en el de Arvers)

ELLA jamás comprenderá el secreto.
(Saberlo no podrá ningún mortal).
No obstante, es Ella el misterioso objeto
causa y remedio de mi eterno mal.

Yo pasaré a su lado, y un respeto
encubrirá mis ansias, siempre igual;
se encontrará nuestro mirar discreto,
y entre los dos se extenderá un erial.

Amor sin esperanza, el mismo día
nacido y condenado a enmudecer;
Ella, amparada en su conciencia pía

y en dulce paz sonriendo a su deber,
leerá estas rimas, soñará quizá:
—“¿Ella?... ¿Su nombre?...” ¡Y no comprenderá!

II

Sobre su huella voy por el camino,
como una sombra, sin hablar, medrosa;
y en vano seguiré, pues la imagino
ya convertida, por mi amor, en diosa.

*Si amor y gentileza es una cosa,
 (así cantó el soberbio florentino)
 ¿por qué en su pecho el corazón reposa
 siempre insensible al escozor divino?*

*¡Oh, Don Quijote, ven para abrazarte,
 de la ilusión esclavo y soberano!
 Tú desde el alto mirador del arte,*

*yo desde el fondo de mi amor humano,
 mientras la luna en el cenit albea
 soñaremos los dos con Dulcinea.*

III

*Tierra sedienta, que arde y resquebraja
 la furia tropical del sol de enero,
 en tí la árida roca, en tí el austero
 cardón al hombre dan techo y mortaja.*

*Ruge tu entraña y tiembla, y se descuaja
 la cima herida al remezón primero;
 la muerte acecha, y el funesto agüero
 cabalgando en el viento al valle baja.*

*Tierra que añora la epopeya; suelo
 donde un vencido pueblo se lamenta
 cantando su dolor por la hondonada;*

*morir contigo fuera don del cielo,
 pues en esa agonía lenta, lenta,
 hoy te asisten los ojos de mi amada...*

LUIS MATHARÁN.

EL NARCISISMO EN LA POESIA FEMENINA DE HISPANO-AMÉRICA

El Mito de Narciso.

RECORDÁIS el mito de Narciso? Ovidio, el suave cantor de la voluptuosidad, en el *Arte de amar*, y de la sentimentalidad, en *Las Metamórfosis*, cuenta cómo Tiresias, cuyas profecías estremecían las ciudades de Jonia, reveló el porvenir del hijo de Liríope y Céfiso.

Cediendo a la costumbre apaciguante de la maternal inquietud pagana, la bruna ninfa que rindiera su virtud entre ondas, acercóse a Tiresias para saber si su hijo gozaría de larga existencia. El oráculo respondió: Sí, si no se contempla.

“Ya el hijo de Céfiso había añadido un año a sus tres lustros”, dice Ovidio, cuando tuvo la desdicha de verlo, la en un tiempo charlatana Eco, por entonces sufriente de la condena por la cual Juno hízola perder aquella voz de que tan bien se sirviera, indulgente y compasiva, para encubrir los devaneos de Júpiter con sus amigas las Ninfas, impidiendo a la iracunda hija de Saturno sorprenderlo infraganti. Tocóle a Eco, entonces, inflamarse de amor: “parecíase a una antorcha azufrada al acercarse al fuego”, escribe Ovidio. Pero ya el amor mudo no hacía camino. ¿Cómo interesar a Narciso sin poder dirigirle, con dulce voz, súplicas apasionadas? ¿Cómo atraerle sin la arteria de la palabra? Eco sabía, por propia, y, ¡ay!, desdichada experiencia, el magnífico don que los Dioses otorgaron con la palabra!

Aprovechó, sin embargo, con verdadera astucia femenina, de los únicos recursos que podía usar, para comunicarse con el objeto de sus ansias y presentarse a él en oportuno momento.

Narciso vagaba por los bosques, hablando en alta voz. Eco iba tras él, prestándole invisible compañía. Cuando convino a sus designios, las últimas sílabas de las palabras de aquél hallaron en Eco respuesta fervorosa. Atraído, así, por la tierna esperanza de hallar el ser que invocaba, detúvose junto al lugar de dónde partieron las respuestas a su divagar. Eco se presentó, corriendo arrebatada a estrechar en sus brazos al hijo de Liriope.

Convengamos en la sorpresa del mancebo que solo “había añadido un año a sus tres lustros”, y no hallareis inconveniente que éste rechazara el impetuoso asalto de la encendida y desdichada ninfa.

Eco, tornó a ocultarse entre el follaje y huyó hacia las abruptas montañas, llena de rubor su frente y de amargura el alma. Narciso continuó su vagar, sin que le atrayeran las dulces Driadas, pobladoras de los bosques. Una de éstas, menos resignada que Eco, — con todo hay quien asegura, nunca faltan murmuraciones, que Pan, enamorado de Eco llegó a tener con ella a Siringa — pidió así castigo para el desdeñoso:

—¡Ojalá llegue a enamorarse y no pueda poseer nunca el objeto de su amor! ¡Ojalá sufra tanto como él hace sufrir!...

Y el ruego de la Ninfa, fué oído.

El cristal de una fuente serena y fresca, dónde quiso apagar la sed el desdeñoso, devolvióle su imagen, mientras bebía. Y desde aquél instante, Narciso “amó una Sombra vana y le prestó un cuerpo”, hasta morir en la contemplación de su ídolo del que “solo un poco de agua” le separaba.

Eco piadosa, dió el último adiós al infortunado. Y cuando el ceremonial de las inhumaciones estuvo dispuesto: hoguera, antorcha fúnebre, ataúd, y se buscó el cuerpo de Narciso, encontróse junto al borde de la callada fuente, una flor purpurina, coronada de blancas hojas.

La profecía de Tiresias habíase cumplido.

Desentrañad, ahora, la esencia, penetrante y duradera, del mito que, todavía, pasados tantos siglos, sigue apasionando la curiosidad de los hombres. No confundáis, empero, que muchos han incurrido en error.

El paganismo, aun concediendo, a la forma, preponderancia fundamental, y precisamente por ello, dió en el mito narcisista

un aviso a quienes, extremándola, olvidaban, o desconocían, el contenido de esa envoltura que no era todo, y a lo que él obligaba.

Narciso, egocéntricamente colocado, abstráese, olvida, detiéndose. Su juventud, que debía ser acción trasmútala en contemplación; su belleza, hecha para desarrollarse gloriosamente, marchítala sin uso; su fuerza, fuente de perdurabilidad, tórnala impotencia desoladora. Y, sin haber pasado por la juventud, salta de la pubertad a la vejez, desviando el curso de la vida y la trascendencia de su destino. Y lo trascendental en la vida del ser humano es reconocerse y confrontarse en y a través de los demás seres: en el hijo, en la amada, en el hermano, en el amigo.

Esa es, precisamente, su más alta y noble misión en la vida.

Aunque el egoísmo sea muy humano, por encima de él está siempre el altruismo, gracias al cual los más bellos hechos de la historia han podido realizarse. El mito de Narciso, es la condenación del egoísmo, como fuente de esterilidad, de inacción, de propio acabamiento.

Si no hay una causa externa que excite y solicite la actividad del ser humano, sea ella llamada como queráis, su razón de existir es solo vegetativa y animal, cuando no llega a extinguirse por completo.

Son éstas, generalidades que convienen a los dos sexos; pero, si enfocamos el femenino, advertiréis en seguida cómo ellas, por razón del destino que la naturaleza encomendó a la mujer, conviértense en la razón misma, por la profundidad de su significación.

Toda la función femenina en la sociedad está revestida de los más perfectos caracteres de altruismo, de exteriorización de su yo, de complemento inevitable. Su destino es proyectarse siempre hacia el exterior. Una fuerza cósmica la obliga a extravasar su sangre y su espíritu en holocausto de la especie. La grandeza de su misión no puede ser impedida en vano.

Por eso el narcisismo en la mujer aparece como un contradictorio, aún cuando él no se ejercite sino en el campo al parecer inofensivo de la poesía.

El mito de Narciso en nuestros días.

Pudiera parecer que el mito de Narciso, según Ovidio, está demasiado lejos en el tiempo de nuestra sensibilidad.

En cada etapa histórica, la humanidad lo solucionó conforme a sus alcances del momento, descubriendo en él la revelación de aquellas inquietudes que más directamente la trabajaban.

Mas, hayan sido esas soluciones conformes a la tendencia formal, objetiva, o inspiradas en la espiritual; es decir, háyanse detenido solamente en la anécdota o bien pretendido desentrañar el significado de la profecía tiresiana, todas convienen en que la realidad dominante, la expresión coincidente del mito está manifiesta en la impotencia, la esterilidad, el egoísmo emanados de la contemplación. Veamos un Narciso de nuestros días: Paul Valery ha dado dos versiones, ambas fragmentarias, del mito de Narciso. La primera gira en torno a la fábula ovidiana, y se limita a ser descriptiva. Queda de ella, como de las de *Las Metamorfosis*, la impresión neta, simple, de la soledad y la muerte a que conduce el exagerado amor de sí mismo. En la segunda, "Fragmento del Narciso", intenta describir, como él mismo lo ha declarado, "la confrontation de l'homme tel qu'il se perçoit en lui même, c'est-à-dire en tant que connaissance parfaitement générale et universelle, puisque sa conscience épouse tous les objets avec son image d'être défini et particulier, restreint à un temps a un visage, à une race et à une foule de conditions actuelles ou potentielles. *C'est en quelque sorte l'opposition d'un tout à l'une de ses parties et l'espèce de tragedie qui resulte de cette union inconcevable*".

Se intenta hacer aquí la confrontación, no como decíamos más arriba en y a través de los demás seres, sino "tal como el hombre se percibe en sí mismo". Valery obsesionado por el mito, después de su primera versión, en la que el símbolo se desarrolla objetivamente, ha querido dar una segunda significación espiritual que acuerde con el sentido formal de aquella. Ya no es solamente su belleza lo que interesa a Narciso; su alma le atrae y también:

Cet ouvrage anxieux
qui se fait dans l'ame qui veille

Pero esa honda contemplación, sea la física o la espiritual, requiere que nada la turbe, que toda actividad sea disuelta en torno a ella.

Nymphes! Si vous m'aimez, il faut toujours dormir!

En esta invocación, como dice el agudo comentarista de Valery, Frédéric Lefèvre, "les nymphes, amoureuses de Narcisse et qui doivent dormir pour ne pas troubler le silence où il se contemple, symbolisent les agitations extérieures, passions, ambitions, tout ce qui empêche l'homme de se retirer en soi."

Significan también esas agitaciones exteriores, pasiones y ambiciones, precisamente lo esencial: vivir. Y es la vida lo que detiene el Narciso de Valery como la detuvo el de Ovidio, contra toda ley natural, para encerrarse en el perfecto egoísmo,— sea su cuerpo a su espíritu lo que contemple o confronte, — que revelan los versos siguientes:

... Sans vous, belles fontaines,
 ma beauté, ma douleur, me seraient incertaines;
 Je chercherais en vain ce que j'ai de plus cher,
 sa tendresse confuse étonnerait ma chair,
 et mes tristes regards, ignorants de mes charmes,
 a d'autres que moi même adresseraient leurs larmes.

Obsérvense los dos últimos versos que subrayamos. En ellos se descubre el pesar, desmesurado, de Narciso, cuando piensa que pudo haber ignorado sus encantos y dirigir a otros las lágrimas de su confusa ternura.

No le basta con sumergirse en el encantamiento de la contemplación de su envoltura corporal; no se satisface con su actitud; para prolongar el goce necesita, además, extender en torno de sí, silencio, quietud, inacción, tranquila soledad.

Il craint jusqu' au frisson d'une plume qui plonge.

Los caracteres del Narcisismo.

De cualquier índole, pues, que sea, la interpretación del mito narcisiano y de antigua o moderna data, llégase a la misma conclusión.

Importa dejarlo establecido: Toda contemplación, sea interior o exterior, lleva al acabamiento, si el individuo olvida que

es en los demás y a través de ellos dónde debe contemplarse, buscando la confrontación de su yo físico y espiritual con el de sus semejantes. Léfèvre, a quien ya hemos citado lo confirma: "vivre c'est agir et la pensée contemplative est rarement agissante; elle né l'est jamais quand l'objet de la contemplation est soi même."

Queda entonces caracterizado el narcisismo — el término narcisismo lo empleó por primera vez P. Naeske, y no Freud, nombrando con él la perversidad individual que consiste en mostrar por su propio cuerpo la ternura normalmente reservada para lo situado fuera de él — por la inacción, y con ella el fomento de la esterilidad; por el egotismo, y el egoísmo, agudizados hasta el máximun, con la consiguiente anulación, en el individuo, de su sentido social.

Freud, en su *Teoría General de las Neurosis* (Ob. comp., vol. 5, pág. 246) no cree, sin embargo, que el narcisismo sea un estado excepcional, sino más bien "el estado general y primitivo, del que ulteriormente, y sin que ello implique su desaparición, surge el amor a objetos exteriores."

Claro está que si él es transitorio, la afirmación freudiana está revestida de lógica. No así, si es permanente y se ve agravado por la progresión ascendente.

Cuando surge el amor a objetos exteriores y, como es lo natural, se adapta al ritmo vigoroso de la vida, el narcisismo ya deja de existir, o se reduce al grado mínimo de defensa del individuo, con lo cual toma otro nombre y pierde las características que hemos citado. El estado primitivo ha evolucionado. Pero cuando el amor a los objetos exteriores no surge o, si tal hace, limita su manifestación a lo que exclusivamente conviene al individuo, sin seguir el desenvolvimiento natural en la especie, el estado primitivo se mantiene estacionario, el narcisismo persiste, se agudiza y ya no es posible admitir que él sea un "estado general."

Y es que Freud sutaliza y diferencia narcisismo y egoísmo, considerando aquél como complemento sensual del segundo, siempre útil al individuo. El egoísmo, dice, puede existir sin que exista el narcisismo o coexistir con él en proporciones varias, pero, en todas las circunstancias, el egoísmo es el elemento indiscutible o constante del narcisismo (Ob. cit. pág. 248).

Con lo cual no sólo no se desvirtúa sino que se afirma la caracterización del narcisismo por su contenido de egoísmo.

En cuanto al primitivismo que aquél significa, teniendo presente la afirmación de Freud sobre la etapa del desarrollo mental del individuo que demuestran las manifestaciones persistentes del narcisismo, puede afirmarse que ellas descubren motivo suficiente para suponerlo detenido en su evolución normal.

De lo cual se desprende otra cualidad negativa más, entre las ya no escasas de igual condición características del narcisismo.

Por otra parte, el simple relato del mito demuestra cómo el narcisismo hállase revestido de egotismo, o impulsión a afirmar el yo, como lo llama A. Hesnard, quien considera que "existe du fait même de la pensée, avant même la pensée du fait de la Vie" y es la condición primordial "de tout phénomène psychique", "et notamment de tout phénomène instinctif" (*L'individu et le sexe (psychologie du narcissisme)*, pág. 10).

Es decir que, también por esta característica, el narcisismo se muestra como una tendencia a la hipertrofia del individuo.

No se puede afirmar, entonces, sin atraerse sobre sí una montaña dialéctica, que el narcisismo signifique elemento de valor ni en el arte ni en la vida, por su falta esencial de condiciones sociales.

Quienes, como el Dr. Hesnard que he citado más arriba, lo endiosan, llegando a afirmar que "le Narcisisme est l'un des éléments essentiels de l'affinement moral" (Op. cit., pág. 220), es porque confunden la actitud, el gesto, con la acción. No siempre el brazo levantado significa movimiento. Todo movimiento requiere una directiva para ser útil. Y la actitud, que al fin y al cabo es movimiento en cuanto tiene dirección, pierde tal valor si carece de ella. En lo material estiliza la fuerza espiritual que la plasmó. Su permanencia quiere decir que también se detuvo el pensamiento generador.

El yo es la fuente de todo. Fuente por que mana y por que refleja. Una y otra cosa simultáneamente, que así lo requiere su grandeza.

El narcisismo — conviene advertir que no hacemos distinciones entre el material, según lo define Naeske, y el espiri-

tual, definido por sencilla traslación del término — no es uno de los elementos esenciales del refinamiento moral, como afirma Hesnard, confundiendo el ansia de universalidad siempre insatisfecha que anima al verdadero artista, sus permanentes aspiraciones a enriquecer su alma por el contenido que en ella vieran otras almas, con el morboso exacerbamiento de amor propio del dilettanti — todo narcisista es un dilettanti porque no siente el arte sino superficial, epidérmicamente — que busca atraer sobre su yo infatuado tanto amor como él mismo se profesa a sí mismo. Y al decir amor, decimos suma de bienestar o de goce. Este refinamiento sensual, está bien lejos de aquel refinamiento moral de que habla Hesnard. Afirma en otra parte, para probar la según él universalidad del narcisismo: (Op. cit., pág. 207) “Le poète recherche *son* amour, plus que *son* amant; *son* extase plus que *son* Dieu; *sa* souffrance plus que les miseres humaines; *son* art plus que la réalité; et, au fond, *son* plaisir plus que celui d’autrui.”

No hemos visto nunca una equivocación más profunda. El poeta verdadero busca *el* amor, *el* éxtasis, *el* sufrimiento, *el* arte, *el* placer, en una palabra.

En él unas veces, otras en sus semejantes. Allí donde pueda encontrarlos. Claro está que, actor y espectador, el límite entre su historia íntima, entre sus sentimientos y los de los demás es difícil de establecer y puntualizar. No olvidemos lo que hemos dicho más arriba respecto al yo como fuente de todo, en su calidad de manantial y de espejo.

Casi no es necesario reforzar nuestra afirmación con ejemplos. Pero vamos a citar algunos.

¿Conocéis a Hood? Hood nunca cantó *su* dolor, cantó *el* dolor, *el* sufrimiento de los demás, sólo el suyo por reflejo del ajeno, desgarrándose el alma y conmoviendo hasta las lágrimas, por su potencia de evocación. Y el dolor de los otros, el suyo, sólo lo lleva a pedir caridad, en un extremo de tolerancia cristiana, sin que sus labios griten el más mínimo reproche. Este ejemplo podríamos multiplicarlo.

Byron, en su Guicioli, como de Musset en George Sand, citamos una de tantas, al azar, en la vida de esos grandes amadores, no buscaban *su* amor, sino *el* Amor con A mayúscula.

Y al último apóstrofe oponemos estas líneas sutiles de Abel Hermant, la más alta comprensión del tema que hemos hallado:

“Mais le vrai bonheur... du moins à mon idée... âme genereuse! c'est de sentir que l'autre, la partenaire... la chère créature de Dieu, se dégèle aussi, s'emeut, qu'elle répond, qu'elle vibre...” (*Le Sceptre*, pág. 14).

Y Valery ha dicho también: “On sait bien d'ailleurs, par l'expérience de l'amour, que l'unique à besoin de l'unique, et que le vivant veut le vivant” (*Variété*, Variations sur une pensée, pág. 105).

Degeneración del Narcisismo.

El morboso exacerbamiento del amor propio que caracteriza el narcisismo, por la suma del egoísmo y egotismo que encierra, está cercano a las degeneraciones más violentas y bordea casi la locura, cuando no entra francamente en ella.

Freud, en la obra ya citada, divide la paranoia en manía de grandezas, persecutoria, erotomanía, celos, etc. Todas estas formas tienen un parentesco de primer grado con el narcisismo y el histerismo. Una deformación del yo es el hilo que las une. El amor propio degenerado, ata lo que comenzó como una defensa instintiva del organismo y una afirmación del genio de la especie, a lo que termina por conspirar contra el individuo y su función social.

El pontífice de la psicoanálisis ha estudiado el tema con paciencia teutona. Quizás haya extremado ciertas deducciones en algunos puntos de su teoría; es de todos conocido este lado vulnerable del monumento que forman los copiosos volúmenes de sus obras completas.

Pero si aplicamos sus teorías con estricto criterio, limando aquello que pudiera parecernos como un “partí pris” freudiano, no podemos negar la dosis de exactitud que encierran. Tomemos un ejemplo dentro de nuestro tema:

El individuo es sensible a la vanidad, la que se acrecienta en el artista por la circunstancia de necesitar éste del público como elemento de su profesión.

La mujer artista que no es dueña de un carácter templado

por la conciencia de su propio mérito o fortificado por la educación, la moral o la religión, padece doblemente del atractivo del elogio, como mujer y como artista. Más todavía, cuando en ninguno de los dos órdenes se destaca por personales condiciones, puesto que cede a la muelle ilusión de poseer la belleza o la inteligencia. Comienza la seducción ya en la infancia, cuando la familia y los visitantes comentan la gracia, el encanto o el talento de la niña, en su presencia.

Por escasa imaginación que ésta tenga, poco a poco va aceptando como verdad incontestable lo que comenzó siendo sencilla cortesía. en el amigo, ofuscado cariño en la familia. Ya en la pubertad, ante el piropo y el genio de la especie que obra, esas pequeñas satisfacciones se le hacen más necesarias. Si, como es natural, se le prodigan con menos frecuencia; si nota que a la amiga o la compañera, o aún a la desconocida con o sin razón va el incienso tan deseado por ella, recrudece el ansia despertada en la infancia por la propia y ajena inconsciencia y de los medios lógicos y lícitos para obtener la embriaguez del halago, resbala insensiblemente hacia los más intrincados expedientes e ilícitos o ilógicos medios, en procura de que sean proyectados sobre su yo los focos de la admiración ajena.

Llega así a la juventud y madurez, plena florescencia física y mental, habituada a la teatralización de sus sentimientos, de sus actitudes, bajo la dominación inevitable del narcisismo agudo.

Los triunfos, verdaderos o ficticios, reales o imaginados, fortifican el mal. Pero advienen las declinaciones inevitables, físicas e intelectuales, el abandono, el olvido, el desdén. Revuélvese entonces fieramente contra la ley natural, aquel cuerpo y aquella inteligencia que echan de menos todo cuanto les fué grato...

Y sin defensa, sin reserva de energías, sin razón que suavice el tránsito, la adaptación, bordéase la locura y todas sus vecinas.

Los cómplices del narcisista.

A grandes líneas queda así delineado someramente el proceso mixto del narcisismo y la manía de grandezas. No hay más que un camino expeditivo para su curación; claro está, en los

primeros tiempos; y es la falta de un elemento: el *público*. Ya lo señalan los tratadistas. Sin el coro que les dé la ilusión de una voz que no tienen, o que tienen escasamente, estos tenores afónicos, terminan convenciéndose de su propio valer. Hesnard ha escrito: (Op. cit. pág. 166) "Car s'il n'y a personne pour les prendre au sérieux et les plaindre, personne en qui le malade puisse s'identifier dans son amour tendre et romanes que de soi-même et ainsi projeter sur autrui son narcissisme, la névrose tend a disparaître."

Es difícil lograr este aislamiento, porque instintivamente, en razón de su propia necesidad, la neurótica tiende a buscar clima propicio al mantenimiento de su neurosis. La mujer artista, en el ejemplo esbozado, busca la sociedad, en su doble condición.

Entonces corresponde al público, el elemento inconsciente que fecunda y fortalece su debilidad, valga la paradoja, volver sobre su inconsciencia y realizar la amputación dolorosa, pero necesaria, indispensable, que lleve la salud y una nueva conciencia a la neurótica, descubriéndole el verdadero norte de su actividad.

En el caso de la mujer poeta, la sociedad y el crítico, la primera en su calidad de coro, el segundo por ser el comentarista, el amplificador que difunde, el espejo reflector, tienen el deber de sustraerse a tal complicidad. El papel de la sociedad es inconsciente; el del crítico no; es inexplicable entonces que se convierta en encubridor, toda vez que su tarea es la de comprender, desentrañar, analizar. Podrá argüirse que está sujeto a equivocación; pero como tiene el deber de ser sincero, si lo es, su juicio erróneo, al primer choque con un razonamiento poderoso sufrirá la debida confrontación y de ella saldrá necesariamente, por virtud de la sinceridad, un nuevo, sólido, firme punto de vista.

Hace tiempo venimos observando el narcisismo en la poesía femenina. Aseguramos no habernos resistido al más mínimo razonamiento. Nuestro mayor empeño ha consistido siempre en justificar al sujeto observado, y como juez de conciencia, absolver en la duda. Pero los mismos sujetos, con sus desorbitadas protestas nos dieron la razón en todos los casos.

Por eso intentamos en este trabajo hablar a la inteligencia, a la razón, no al sentimiento, ni a quienes sean esclavos de la idea

hecha, un tema que juzgamos debe preocupar a las mentes femeninas por la atingencia que tiene con el alto papel social de la mujer y la eficiencia con que debe ser desempeñado.

Clasificación fácil.

Es complejísima y difícil de agrupar la enorme producción poética hispano americana actual de la rama masculina. Todas las escuelas y ninguna escuela. Desorden, imitación, originalidad, balbuceo, en caótica mezcla.

En cambio, la poesía femenina hispano-americana del momento cae netamente dentro de dos sectores definidos, característicos. Habrá alguna autora, oveja descarriada, cuyo arte no sea incluíble en ellos; pero, o su valor llega a la intangibilidad o, por el contrario, es demasiado personal. Y todo lo personal tiene su propia definición.

Uno de esos sectores es el narcisista; el otro, el vanguardista. El primero comienza con la aparición de Delmira Agustini, y pocos años más tarde se desata, alcanzando un desarrollo sin límites, que hoy mismo, a pesar de las solicitudes de las escuelas de vanguardia, con su novelería del momento, prosigue victoriosamente. El segundo, es más reciente y no ha hallado aún ni su punto de referencia en la partida, ni quien polarice las fuerzas dispersas. Todavía en ese sector, a pesar del empleo de las formas nuevas — seducción de la moda, — puestas en práctica tal vez como una coquetería más, en los conceptos impera el calor del narcisismo, que pareciera nutre exclusivamente la mayoría de las mentes femeninas hispano-americanas.

Estudiando el narcisismo de corriente erótica — el más corriente — en su creadora, quien a la vez constituye el arquetipo narcisista, por su vida y su obra, podemos afirmar que hemos estudiado cuantas fueron a su zaga, atraídas por la resonancia que adquirió en el mundo de nuestra lengua, aquella poesía inusitada. Todas la han imitado, ninguna la supera en capacidad mental, en vuelo lírico, en atormentada sensibilidad. Algunas, sí, la han superado en perfección formal o en lo más bajo de su arte: en la impudicia. María Monvel ha publicado recientemente una antología de la poesía femenina hispano-americana, que aun no

ha llegado a nuestras manos. Tenemos sólo referencias: de ella ha dicho Silva Castro, un crítico chileno, que es la antología de la indecencia. Nos complace ver que se extiende la reacción tan deseada desde hace tiempo.

La creadora del Narcisismo.

Delmira Agustini comenzó publicando a los 21 años *El libro blanco*, mezcla extraña de inocencia y de intuición amorosa, en el cual se presentía una joven de violento temperamento y enconado egotismo. Tres años después apareció *Cantos de la mañana* — cálida mañana tropical de mujer — libro lanzado, con toda premeditación y despreocupación, en la vía encendida del erotismo narcisista, que podía presentirse en *El libro blanco*. En 1913, un año antes de morir, *Los Cálices Vacíos*, muestran la plena floración de una poesía de caso clínico, como la hemos llamado en cierta ocasión. Allí se exhibe a lo vivo un impudor violento, intuitivo, aunque puramente libresco no menos exacerbado y crudo, que nos lleva de nuevo a los tiempos paganos.

Las tentaciones fueron grandes para quienes admiraban con envidia la pleitesía y el homenaje rendidos a aquella joven, ascendida a la notoriedad en breve tiempo, — no es el caso de discutir ahora si con razón o sin ella; sí de afirmar que tuvo grande parte en la ascensión, más el genio de la especie que el genio de la escritora.

Todas las nuevas poetisas de Hispano América, hambrientas de notoriedad, que carecían de talento para triunfar por *la vía più lunga*, echaron entonces por el atajo, tras Delmira Agustini.

Esta falleció trágicamente en el mes de Julio de 1914. Dejó todavía un nuevo libro casi terminado: *El rosario de Eros*. Hace seis años lo publicaron sus herederos, junto con *Los astros en el abismo*, que contiene composiciones de la primera época de la autora.

El rosario de Eros continúa la trayectoria de *Los cálices vacíos*. En él culmina aquel narcisismo, encendido por sensual inspiración, por intuiciones formidables.

La obra de esta mujer dió un tono a la poesía hispano-ame-

ricana, creó una escuela. Su vida, a pesar de lo efímera y tranquila que fué, no escaseó en episodios reveladores de unidad temperamental. Las características definidas, convenientes al tipo psíquico que encarnó, son flagrantes en su vida y en su obra.

Veamos como vivió Delmira Agustini y a través de los al parecer nimios detalles de su existencia diaria, descubriremos la marca indeleble de la fatalidad, inocentemente fomentada por quienes debieron detenerla, o por lo menos limitarla.

Los padres de la poetisa, interrogados por Vicente A. Salaverri, el gran novelista uruguayo, quien puso prólogo a *El rosario de Eros*, declaran la precocidad de su hija, sus entusiasmos por la música, la pintura, el bordado, las artes manuales femeninas en general... Sin vanagloriarse, la consideraban excepcional. Física y espiritualmente era una niña prodigio. El error fué no encauzarla.

Única mujer en el hogar paterno, convirtiéndose desde su nacimiento en ídolo familiar, recibiendo mimos constantes. Hacía siempre lo que deseaba. Su voluntad imperiosa nunca encontró vallas suaves que opusieran un límite a sus designios, que la disuadieran, ni fuertes contrariedades que la disciplinaran. Su antojo era su ley, favorecido por el cariño de débiles padres. Sensible, seria, estudiosa, quien sabe lo que hubiera sido bajo una firme dirección. ¡Tal vez se hubiera anulado! Complaciase en aislarse horas y días enteros, engolfándose en sus libros, sus palomas, sus bordados. El cariño paterno transigía siempre y encontraba maravillosa toda acción de la pequeña.

Aprendió música, idiomas y esas nuevas ventanas abrieronle a su espíritu horizontes varios, dándole mayor receptividad.

Un día confesó a su madre:

—Me voy a dedicar a las letras; creo que voy a poder sacar algo bueno.

Dióse a leer con más furia que antes, en fantástico desorden. Por sobre todas primó una influencia disolvente: D'Annunzio, entonces mentor de tantos espíritus entre nosotros, cuya literatura destiló en el alma de la ingenua muchacha provinciana su veneno *fin de siècle*. Quiso ser una *super-mujer* colocada más allá del bien y del mal.

El terreno que un temperamento precoz y caprichoso y el

cariño paternal mal entendido habían abonado, era propicio a la simiente del artificioso autor de *L'Inocente e Il fuoco*, a su filosofía nietzscheana.

Quien declaraba con petulancia la seguridad de sacar algo bueno, tan pronto pensó dedicarse a la poesía, sufría celos horribles del cariño que sus padres dispensaban al único hijo varón que tenían. A pesar de constarle el afecto de éstos para ella, necesitaba no verlo desviado ni un momento para no sufrir. Unicamente se tranquilizaba cuando sus padres le aseguraban lo que no debía ni dudar: el inmenso cariño que la tenían. Pero ella en el fondo lo que necesitaba, más que las pruebas de ese cariño, eran las exteriorizaciones, con las que su narcisismo quedaba satisfecho.

Después de publicar su primer libro, dijo a quien quiso oír-la que si seis personas llegaban a comprenderlo se sentiría feliz.

Se declaraba incomprendida cuando no se la admitía sin limitación. Los filisteos eran, para su vanidad, quienes encontraban fuera de lugar sus poses, el teatralismo de que amaba rodearse cuando producía. Alberto Zum Felde afirma que concebía y escribía sus poemas en estado de trance, como los mediums — y su desdén por las costumbres sociales. ¿Cómo llegó al matrimonio?

Hay un enigma en torno a este trascendental episodio de su vida. Al divorcio que pidió un mes después de la boda, condujola, según ella, la vulgaridad aplastante del ser que había elegido.

Creamos lo que dijo. Sin embargo nos imaginamos el proceso sentimental de otro modo, fundándonos para ello en los antecedentes de su vida de soltera y en un libro de mujer que hemos leído, últimamente: *Mi vida con E. Gómez Carrillo*, por Aurora Cáceres.

Aurora Cáceres, escritora peruana, enamórase de Gómez Carrillo. Niña de sociedad patricia, acostumbrada también al humo del incienso por su posición y su físico, que la atraen por extensión el elogio a su literatura, más que mediocre, conoce al periodista guatemalteco en París y su imaginación lo rodea de tantas perfecciones y atractivos, que olvida la realidad para desposarse con el ente imaginario.

Gómez Carrillo comenzó elogiando a la escritora seguramente porque era bella, rica, gozaba de posición envidia-

ble. Más tarde le halagó la admiración, el amor que la niña le brindaba y él fomentó con su coquetería también de gran narcisista. Unidos, chocó enseguida con la sensibilidad hiperestesiada de mujer, la del hombre egolátrico, acostumbrado más a ser amado que a amar. La Sra. Cáceres esperaba, engañada por el espejismo de su imaginación, que continuara en el matrimonio la comedia del noviazgo. Lo que ella creía su amor era nada más que vanidad satisfecha. Cuando ésta fué herida por la incommensurable del esposo, sobrevino lo inevitable. El romance terminó en divorcio y no en tragedia, por la cultura superior y educación de ambos. Trazamos a grandes rasgos lo sucedido. Remitimos al libro a quienes busquen el detalle. De éstos se desprende la situación esbozada como queda.

En el caso Delmira no fueron dos vanidades las que chocaron, pues no puede hablarse de la vanidad del esposo; pero sí de algo peor: de vanidad por parte de ella y por la de él de algo peor. El hombre de raza hispánica o de clima tropical tiene un concepto moruno del matrimonio y del amor. Ese concepto, — debe ser lo que Delmira llamó vulgaridad, — fué la piedra de toque para el narcisismo de la poetisa. El marido, hombre sin duda de ideas hechas, no supo comprender aquel cerebro en efervescencia ni la manera de calmarlo. Debíó hacerse sentir con prohibiciones, dándose con autoridad a cambiar hábitos inveterados de su esposa. Ella, acostumbrada al mimo, al halago, a la continua realización de sus deseos, en completa hipertrofia del yo, cuando vió que la querían bajar del pedestal, bien como hemos supuesto o tal vez con un simple llamado a la realidad, — gritó su angustia y clamó por su libertad. La tragedia sobrevino entonces, porque ante los hechos debió exacerbarse el autoritarismo o la moruna sensibilidad del esposo, haciéndole perder la exacta visión, nublándole en razonamiento, e impulsándolo a afirmar en forma desatinada su autoridad ya perdida.

El narcisismo de Delmira originó su perdición, más que la *vulgaridad* de que habló. Hubo un choque de fuerzas opuestas. Y una falta mutua de verdadero cariño, por ambas partes, pues de haber existido éste, las asperezas, las incomprensiones, hasta las incompatibilidades, todo, hubiera desaparecido, al efectuarse!

esa confrontación en y a través del otro de que hemos hablado anteriormente.

Esbozar a grandes rasgos la vida de la infortunada poetisa, basta para, de su comparación con el proceso del narcisismo femenino delineado más arriba, advertir en seguida cómo las características del caso patológico general se ajustan al de Delmira Agustini cual si hubieran sido observadas sobre ella. Pudiéramos traer aquí otras tantas vidas de poetisas narcisistas, *casos* perfectos dentro de la teoría freudiana. Delmira Agustini sembró la simiente y en esta tierra fértil de Hispano-América ha florecido como una plaga, con caracteres de flagelo.

Pero basta para ejemplarizar el narcisismo erótico su creadora en Hispano-América.

El Narcisismo y la manía de grandezas.

Como basta para ejemplarizar otra clase de narcisismo, diferente solo por la línea dominante, — en este caso la manía de grandezas — la vida de María Eugenia Vaz Ferreira y su obra poética.

No se ha estudiado tanto el narcisismo que caracteriza María Eugenia, en nuestra América, por que las mentes femeninas no abdican fácilmente de sus atributos ni atuendos, en holocausto de un arte al que pueden ofrendar, por el contrario, la íntima esencia de lo que ellas creen su feminidad, con mayor y menos costoso éxito, sin que el talento sea indispensable ni la vía a recorrer tan larga.

Orgullo retumbante y fiero, soberbio desprecio por todo, énfasis profético, constituían las facetas primordiales del carácter de María Eugenia Vaz Ferreira. Durante casi treinta años escribió sin publicar un libro, tal vez por seguir, una vez más, hasta en esto, su constante voluntad de hacer lo contrario de todo el mundo. *Épater le bourgeois*: he ahí su norte. Fué en sus composiciones primero melancólica y dulce, con una pinta de ironía. Después, verbalista y retumbante; más tarde, al acercarse a la etapa final de su vida, de un franciscanismo doliente y trágico en el que abjuraba de toda pompa y orgullo. Su razón se extinguió antes que su vida.

Mientras Delmira Agustini gritaba sus visiones eróticas, María Eugenia hacía gala de arisca virginidad, impasible como una estatua. Ambas, por distintos caminos, infringían la ley natural y desafiaban al Destino. El fin de ambas fué trágico. A él las llevó la fiebre de notoriedad, el narcisismo, la equivocación en que vivieron respecto al papel que debían desempeñar en la vida y la orientación que debían dar a su arte.

María Eugenia reveló desde sus primeras composiciones estirpe de poeta y superior cultura. En un medio y en una época en que la mujer no había adquirido la importancia social que tiene hoy, su capacidad la singularizó enseguida, singularidad que ella extremó por sus extravagancias de vestido, de actitudes, de vida, sin contar el trueno constante de sus poemas, convertidos en olímpicos rayos contra todo y contra todos.

Durante años, sin embargo, las mentes superiores de nuestro idioma, la sociedad que desdeñaba, reconocieron y pregonaron sus indiscutibles méritos.

Ella, entretanto, impertérrita, como cumpliendo un rito, se vestía de impasibilidad. Segura, tal vez, de la pleitesía que le rendían, crecíase cada vez más, alimentando soberbias extravagancias y desprecios sin fin.

Así cuando vió, de pronto al Exito irse tras nuevos nombres; cuando sintió en su carne las garras del tiempo, cuando todo lo que le había sido grato comenzó a dejarla y ya no podía vanagloriarse de dominadora, ni recibía el halago, ni el mimo, ni la admiración, ni el deseo, ni la envidia, revolviéndose inútilmente contra la adversidad, esforzándose en vano por detener el tiempo con nuevos artificios, castigada a la soledad de que hizo gala, fué a dar de bruces en la locura. Su manía de grandezas, su orgullo que pedía para ella un super-hombre, degeneró conforme a la escala freudiana, entrando para siempre en la paranoia.

Sus voces.

Ahora, por si el esquema de estas dos vidas no constituyera suficiente prueba, oíd sus voces, en una última instancia.

Dos versos de Delmira Agustini, en la composición *Cuentas de mármol*:

Yo, la estatua de mármol con cabeza de fuego,
Apagando mis sienes en frío y blanco ruego...

definen su narcisismo, que hallaríamos en muchas composiciones más, si no debiéramos limitarnos. Pero en esos dos versos está entera su profesión de fé: "Yo la estatua de mármol con cabeza de fuego...".

¿No véis a Narciso, insensible a todo, mientras en su cabeza reclinada sobre el cristal de la fuente se agita el torbellino de un deseo insaciable e insaciado?

"Apagando mis sienes en frío y blanco ruego..." También Narciso, calma el ansia infinita de sí mismo, en "frío y blanco ruego" a las ninfas, a quienes pide silencio y quietud para guardar fiel y claro el cristal de la fuente.

Delmira pedía a Dios, que ella creía espejo de sí misma, lo que el hijo de Céfiso pedía en vano a la fuente:

Amor de estatuas, lirios, astros, dioses...
¡Tú me lo dés, Dios mio!

En *Cuentas de fuego*, ese narcisismo es como un ritornelo y al mismo tiempo encierra intuiciones estupendas de amor:

Cerrar la puerta cómplice con rumor de caricia,
deshojar hacia el mal el lirio de una veste...
—La selva es un pecado, el desnudo es celeste;
y es un cuerpo mullido un diván de delicia.—
Abrir brazos... así todo ser es alado,
o una cálida lira dulcemente rendida
de Canto y de Silencio... más tarde, en el helado
más allá de un espejo, como un lago inclinado
ver la olímpica bestia que elabora la vida...

El primer verso:

Cerrar la puerta cómplice con rumor de caricia,
descubre un poder de adivinación pasional que maravilla en una
joven de intachable conducta.

... en el helado
más allá de un espejo, como un lago inclinado
ver la olímpica bestia que elabora la vida,

nos trae de nuevo al puro terreno narcisista, con el crudo deleite de la *contemplación*.

Narciso se inclina sobre el espejo de la fuente. Esa contem-

plación deviene voluptuosa y al mismo tiempo se enciende en vanidad, en *Serpentina*, composición que transcribimos entera:

En mis sueños de amor, ¡yo soy serpiente!
 gliso y ondulo como una corriente;
 dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
 son mis ojos; la punta del encanto
 es mi lengua... ¡y atraigo como el llanto!

Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
 glisa y ondula como una caricia...

Y en mis sueños de odio, ¡soy serpiente!

Mi lengua es una venenosa fuente;
 mi testa es la luz bélica diadema;
 haz de la muerte, en un fatal soslayo
 son mis pupilas; y mi cuerpo en gema
 ¡es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente:
 un cuerpo largo, largo, de serpiente
 vibrando eterna, ¡voluptuosamente!...

No hay que olvidar estos tres versos finales y sobre todo: Si así sueño mi carne, así es mi mente”, porque él dice la perversidad cerebral de la autora, fríamente revelada con rebeldía satánica. *Soñaba su carne*, es decir, tenía como un presentimiento de lo que iba a ser o de lo que quería ser en el momento para ella terrible de la revelación; pero de su pensamiento estaba segura: “así es mi mente”, dice, como ella *sueña* su carne.

Sublima, exalta, su cuerpo con perpetuo descubrimiento de encantos, con afirmaciones de sabiduría de placer, con gritos ansiosos por un Amado que nunca se sabe si está con ella en la realidad o en la imaginación.

Una vez exclama:

Por tus manos indolentes
 mi cabello se desfloca;
 sufro vértigos ardientes
 por las dos tazas de moka
 de tus pupilas calientes;
 me vuelvo peor que loca
 por la crema de tus dientes
 en las fresas de tu boca;
 en llamas me despedazo
 por engarzarme en tu abrazo,
 y me calcina el delirio
 cuando me yergo en tu vida
 toda de blanco vestida
 toda sahumada de lirio

(“En Silencio”, pág. 66 de *El rosario de Eros*).

Abundan aquí los ripios, la rima es vulgar y pobre el concepto; solo se destaca su insaciado sensualismo que pareciera vivir ya en la realidad, haber hallado sujeto definido. En cambio, en *Otra Estirpe* y *Fiera de amor*, va hacia entes imaginarios o imposibles.

Dice en la primera composición:

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...
 pido a tus manos todopoderosas,
 tu cuerpo excelso derramado en fuego
 sobre mi cuerpo desmayado en rosas!
 La eléctrica corola que hoy despliego
 brinda el nectario de un jardín de esposas;
 para sus buitres en mi carne entrego
 todo mi enjambre de palomas rosas!
 Da a las dos sierpes de su abrazo, crueles,
 mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
 viérteme de sus venas, de su boca...
 ¡Así tendida soy un surco ardiente,
 de otra Estirpe sublimemente loca!

Su egolatría asciende así a las cumbres; solo en holocausto de una *estirpe sublimemente loca*, sueña por un momento en ser surco nutricio de humana simiente. Pero es fugaz, momentánea esta visión. En *Fiera de amor* renace el narcisismo infecundo, alimentado de furioso orgullo, de ambición soberana.

Oíd sus palabras:

Fiera de amor yo sufro hambre de corazones.
 De palomos, de buitres, de corzos o leones,
 no hay manjar que más tiente, no hay más grato sabor,
 había ya entregado mis garras y mi instinto,
 cuando erguida en la casi ultratierra de un plinto,
 me deslumbró una estatua de antiguo emperador.
 Y crecí, de entusiasmo; por el tronco de piedra
 ascendió mi deseo como fulmínea hiedra
 hasta el pecho, nutrido en nieve al parecer;
 y clamé al imposible corazón... la escultura
 su gloria custodiaba serenísima y pura,
 con la frente en Mañana y la planta en Ayer.
 Perenne mi deseo en el tronco de piedra
 ha quedado prendido como sangrienta hiedra;
 y desde entonces muerdo soñando un corazón
 de estatua, presa suma para mi garra bella;
 no es ni carne ni mármol: una pasta de estrella
 sin sangre, sin calor y sin palpitación...
 Con la esencia de una sobrehumana pasión.

Así habló la voz poética de Delmira Agustini. Ella no hace sino ofrecer un apoyo más a nuestras afirmaciones.

Ni por un instante le oímos acentos de mujer normal. La madre, la hija, la hermana, la novia, hasta la amante — esa amante de verdad que ella “grande amoureuse” libresca de las intuiciones no supo intuir — cuya gloria es darse con renunciamiento y humildad, por el hábito tan femenino de dar, dar sin límites, jamás hallan en la poetisa acentos que las descubran. Ella es ella. Siempre en primera persona, sublimiza su yo, atenta solo a la envoltura carnal y al reflejo de ésta en su psiquis o viceversa. Nada tampoco del mundo exterior la interesa. La ingente belleza de todo lo creado no es bastante a distraerla de la contemplación de su propia belleza. Solo la advierte cuanto tiene atingencia a su yo.

No hay en ella femineidad, condición que precisamente hace el encanto de la mujer. Todo cuanto es dulzura, suavidad, sentimiento, delicadeza, lo desconoce. Hay instinto, un instinto ciego, brutal, desbocado; hay impudor consciente, intuiciones morbosas.

El caso patológico, en una palabra, librado al bisturí crítico, por su misma inconsciencia.

Ahora oíd la voz de María Eugenia Vaz Ferreira. Como hemos dicho, dispersóla durante treinta años por todos los rumbos hacia donde caen tierras de nuestro idioma. Muy cercana a la noche en que se sumió antes de desaparecer, pensaba publicar en un libro, la selección que venía haciendo de sus mejores poemas. A ese libro iba a llamarlo *Fuego y Mármol*, apelativo de flagrante filiación narcisista. La locura le impidió darlo a las prensas, pero su ilustre hermano cumplió el propósito. El libro salió a luz, aunque con otro título: *La Isla de los Cánticos*, ignoramos si dado por la autora o por su albacea.

Consta de escasas páginas y reducido número de poemas: los que la poetisa amó más o los que creyó capaces de hacer perdurable su nombre.

En 1900 fué su época de plenitud. Era cuando anatematizaba todo y escribía:

Yo soy como la firme roca erguida
que el oleaje amenaza en su bravura
y eternamente ante la mar vencida
su cresta eleva en la gigante altura.
Como la cumbre hundida entre los cielos
más allá de los astros inmortales,
que no pueden tocar los raudos vuelos
de las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
 contra mi pecho tu potencia esgrimas,
 yo tengo un corazón helado y duro
 como la blanca nieve de las Cimas.

Este orgullo, esta manía de grandezas, va con el tiempo tomando aspectos de verdadero credo estético y moral.

Alberto Zum Felde, en su excelente *Proceso intelectual del Uruguay*, dice: "Semejante a una Walkyria de soberbia dureza, la poetisa se presenta en *Heróica*, en *Oda a la belleza*, en *Sabia Armonía*, revestida de yelmo y escudo, ceñido por diamantino cinturón el vientre casto, altiva la frente soñadora, cabalgando en el bravo corcel de sus rimas, hacia un Walhalla estético. Como la orgullosa hija de Wotan, condenada a sufrir la condición humana, pide al Dios que la rodee de un círculo de llamas, para que sólo un héroe magnífico se atreva a despertarla en su lecho de piedra."

Son así sus imprecaciones, — y las trasladamos para que se vea que ni el erudito crítico uruguayo ni nosotros exageramos:

Yo quiero un vencedor de toda cosa,
 invulnerable, universal, sapiente,
 inaccesible y único.
 En cuya grácil mano se quebrante el acero
 el oro se diluya,
 y el bronce en que se funden las corazas,
 el sólido granito de los muros,
 los troncos y los mármoles,
 como la arcilla modelables sean.

Pero una misma cuerda vibrando siempre sobre idéntico tono, tensa cada vez más, no podía interesar largo tiempo.

Lamentable extremo de monotonía la venció. Era la ley natural. María Eugenia tuvo conciencia, como el segundo Narciso de Valéry, de su derrumbe físico y moral. Por eso buscaba, sin hallar, porque no tenía más refugio que su egocentrismo del que precisamente quería huir. Buscaba en vano:

Ah, si pudiera desatar un día
 la unidad integral que me aprisiona,
 tirar los ojos con los astros quietos
 de un lago azul en la nocturna onda...
 tirar la boca muda entre los cálices,
 cuyo ferviente aroma sin destino
 disipa el viento en sus alas flotantes...
 darle el último adiós
 al insondable enigma del deseo;

cerrar el pensamiento atormentado
 y dejarlo dormir un largo sueño
 sin clave y sin fulgor de redención.

Aún en esa búsqueda, su egocentrismo aspiraba a
 tirar los ojos con los astros quietos.

en un último afán de perduración de Eternidad...

En esta voz extinta, que Eco recoge como prueba última de su amor por Narciso, reconoceréis el sello indeleble del mal que la corroe, tornándola vacío resonar de palabras, llamarada sin fuego, espejismo estéril.

El Narcisismo y el éxito.

Este mal, como todos los males, ha tenido y tiene un feroz poder expansivo. Hispano-América está infestada de narcisistas hambrientas de notoriedad y dispuestas por ello a todos los extremos.

¿Cómo atraer la atención? ¿Cómo captar el éxito? ¿Qué estrategia emplear para dar el salto redentor del anonimato? Develar la intimidad, desnudarnos, para que se nos juzgue, nuevas Frinés. La mezquindad masculina hará el resto. Nos elevará para contemplarnos. Pero seremos nosotras las que nos contemplaremos, entonces, dueñas ya de nuestro pedestal.

Misión de la Mujer.

Es cruel operar, pero es indispensable. Poetisas de Hispano-América, ¿acaso el mundo se encierra para vosotras en vuestro cuerpo como en una urna votiva, sin que las palpitaciones de aquel lleguen a conmoveros, a turbaros, a tener en vosotras otros reflejos que los de vuestra médula?

La misión de la mujer en la vida tiene mucho de la del poder moderador en el Estado. Era complementaria, subalterna, en las sociedades embrionariamente organizadas. Adquiere poco a poco volumen, significación, trascendencia fundamental, a medida que aumenta la compleja trabazón de los organismos de la sociedad moderna. Son vastos ahora los campos de su actividad. Tócale

defender con su anegación y su heroísmo silencioso, la integridad de la especie tutelando la infancia, no solo material sino también espiritualmente, en las grandes obras de higiene social, de beneficencia pública y domiciliaria, de moralidad, en el hogar, la escuela, la sociedad. Ya como simple mujer — son éstas a veces las más heroicas y consagradas — ya dentro de la esfera que le señale su especial dedicación a las diversas ramas del saber.

La mujer es el elemento que afina, que lima, que pule las aristas del carácter masculino, introduciendo en él con el trato diario — cuanto más corriente mejor — el elemento de femineidad indispensable en el hombre, que comienza a destilar en él la madre, se perpetúa y desenvuelve con la hermana, la novia, y se consolida con la esposa.

El hombre necesita perennemente del trato social de la mujer, cuya intuición y fineza espiritual, cuya sensibilidad, siempre superior a la masculina, ábrele insospechados horizontes.

Por esa confrontación de que hemos hablado, el hombre que frecuente el trato femenino, reduce insensiblemente los impulsos que la naturaleza puso en él, a un límite más suave y dúctil. Su fuerza pierde brusquedad pero adquiere gracia; su hábito de mando conviértese de autoritario en razonador; su atrevimiento en cortesía, su osadía en timidez... y, en concordancia, su pensamiento experimenta el mismo paulatino vuelco. Una ojeada a la vida de los pueblos o a las razas donde el trato social de los dos sexos es más activo, revelará hasta en los menores detalles la fineza de expresión y de pensamiento características. La huraña y hosca apariencia de nuestra sociedad masculina, tiene en parte su razón de ser en el alejamiento que aquí ha venido reinando entre hombres y mujeres, — una nueva modalidad parece iniciarse y con ella ganariase incontestablemente — circunstancia que el viajero percibe de inmediato, por comparación, mientras quienes no interrumpen su sedentarismo apenas si lo advierten, por encerrados en la misma atmósfera.

La mujer, a su vez, por esa confrontación, también experimenta la influencia masculina. Su debilidad se fortifica; áplomase su juicio; la conciencia de una responsabilidad compartida, da cautela a su razón y a su sentimiento. Alguien ha dicho: Si queréis hacer conservador a un hombre, creadle responsabilidades.

Dadas éstas a la mujer, cada vez más, insensiblemente han transformado "la cabecita loca" en un cerebro organizado.

Así ha ido realizándose, lentamente, el ideal de fusión espiritual que dé a la pareja edénica la visión, si no de un nuevo paraíso, por lo menos, de un porvenir mejor.

Misión de la Poetisa.

Nada de eso logra la mujer que es narcisista en su vida o en su arte, porque altera su función social y trastorna la lógica de la vida. Háse visto como truncan la suya propia por consagrarla al nefasto culto y exaltación del yo.

En cambio, ya hemos visto las innumerables rutas que, con éxito para ella y provecho para la sociedad, tiene señaladas la mujer. Y como artista, ¿qué fuente de inspiración superior al envidiable campo virgen abierto ante su sensibilidad y su inteligencia *de mujer*, libre de influencias *de hombre*?

Darnos *su* personal visión, explicarnos la reacción de *sus* sentimientos ante los dolores del mundo; desentrañar por sí misma con ojos inquisidores la esencia de cada cosa; descubrir la otra faz de la luna virgen de miradas *que es su concepción del mundo, la concepción femenina*; — porque hasta hoy solo nos servimos de la que los hombres inventaron — enseñarnos como sufren y como gozan y como aman, ¿por qué no? las madres, las esposas, las hijas, las novias, las amantes; comunicarnos *sus* inquietudes ante la incógnita del no ser; entrar en el mundo tenso el cordaje de su sensibilidad, inquisidora la mirada, para que el mundo, a su vez, entre en ella por el lógico camino y pueda captarlo; abrir el corazón, el cerebro, a la fecundación del cosmos, y realizado el proceso del comprender, concebido el hijo de la inteligencia que es el juicio, darlo a los vientos,... semilla errante...

¿Qué manantial de inspiración superior a ese envidiable campo virgen?

El hombre-poeta fué siempre pródigo de sus emociones. Siguiéndolas nos hemos paseado con él por todos los jardines que transitara.

Eso pedimos a la mujer-poeta de nuestro idioma. Que con sus ojos de mujer nos lleve a través de su verso, en paseo cordial

por todos los jardines interiores y exteriores abiertos a su curiosidad y a su sentimiento. Necesitamos comprender y sentir con su razón y con su sentimiento. Hasta hoy no hemos visto el mundo, sino como a la Luna: por un solo lado, desde el mismo mirador; veámoslo, ahora, desde otra atalaya y por otro lado.

La literatura de lengua castellana está casi huérfana de esos paisajes. Cánovas del Castillo, hace muchos años que lo hizo notar. Sus palabras son hoy tan actuales como ayer. La madre, el niño, la hermana, la hija, no han logrado encontrar el artífice o la artífice — creo más en ésta — que las corporice y dé la vida imperecedera del arte.

Queremos señalar, sin embargo, tres voces de poetisas argentinas que, por lo menos, han roto esa monotonía ambiente, cantando en versos sencillos, como una mano de madre que acaricia, puras emociones femeninas. Y puedan ellas servir de ejemplo.

Oid la voz que canta a los ochenta y cuatro años con dulce y firme serenidad, descubriéndonos un alma angélica, un poeta del sentimiento revestido del más profundo idealismo.

Es Da. Edelina Soto y Calvo:

Para alegrar hogares a la existencia vino;
y es eco de su goce su límpido gorjear.

Así defínese a sí propia y esta vocación de darse, esencia de la femineidad, mantiénela en todo momento. Sus padres y su hermano Francisco son el amor de sus amores. Ved con qué sinceridad exclama:

Si mis versos, las notas de mi piano,
mi lánguido cantar,
pudieron despertar en tu alma, hermano,
honda sed de soñar,
¿qué importa que el destino en sus rigores
me anonadara a mí,
cuándo aún puedo esperar días mejores,
resucitando en ti?

Su alma es un perenne manantial de cariño y de bondades. A su padre le habla de este modo:

Si es que aceptar pudiera mi razón,
otro Dios a la par del increado,
te aclamara cual Dios mi adoración:
¡Oh mi tierno, mi noble padre amado!

En todos sus libros no hay una palabra, una idea, que no esté inspirada en los más nobles pensamientos. Nada que no sea de orden puramente espiritual. Siéntese la religiosidad sin la mogaigatería y los sentimientos sin las ideas hechas, con calor humano encendiéndolos y sensibilidad femenina alimentándolos.

El amor, su amor, es en ella el de la estirpe de las místicas :

No busca recompensa ni la espera ;
 es dulce y es amargo.
 Es recogido, tímido, secreto ;
 nadie, ni aún tú, pudiera adivinarlo...
 En lo más hondo de mi pecho canta ;
 yo lo escucho y le guardo.

Otra voz, ésta jóven, apenas llegada a la vida, que tuvo también su momento de coquetería narcisista, aunque leve, ha sabido concentrar en un libro, con desgarrado grito de angustia, el dolor del hermano perdido.

Oid a María Alicia Domínguez :

Viérais qué pequeñita fué su historia !
 Un día,
 en la ronda infantil de inocencias alegres
 lo señaló la suerte.
 El dolor allegóse a su jardín
 como la bruja mala de los cuentos
 y lo extravió en la selva pavorosa
 donde la muerte tiene su reino.
 Eran apenas ocho lucecitas sus años :
 Vino el Destino : sopló sobre ellos...
 Nada más. Nada más... Tan poca cosa
 y a la vez tanta, oh Dios....

¡ Conmovedora sencillez la de la pena verdadera !

En un principio, esa pena busca el bálsamo de la oración :

...Pequeñitos del mundo
 pero dueños del reino de los cielos,
 soliviantad mi pena que es tan grande !
 Recemos :
 Al Angel de la Guarda, vosotros, yo, al sagrado
 Misterio que decide lo que no conocemos.

Pero más tarde, a medida que se exagera y araña el dolor de la ausencia infinita, la imprecación suele venir a los labios :

¿ Para qué nos creastes si no nos amabas,
 y si nos amas, por qué nos dejas solos ?

reproduciendo las palabras del Hijo de Dios sobre la cruz del martirio.

Si esta niña casi, ha vibrado tan hondamente por el hermano perdido, sublimando el amor fraterno, puede, en lengua hispana, como Ada Negri, en lengua italiana, corporizar la sublime dualidad: madre é hijo, cuando tenga en el regazo el ser de su ser, ante "el lobo del mundo", como el hermanito perdido...

Y la tercera voz — la buena simiente no es tan escasa — voz ahora grave, del mediodía, joven y armoniosa cuando cantó, condensa en una composición, su admirable y bello destino, que ansiamos para toda mujer:

Simplement, comme l'oiseau chante,
avec un mot donner son cœur,
avoir dans l'ame une douceur
intime, sure, et rayonnante.
Avec un mot donner son cœur,
avec le sourire son âme,
comme été sourit la fleur,
comme égaye en hiver la flamme.
Avoir dans l'ame une douceur
et des yeux prêts à la repandre,
comme une musique tres tendre
qui sait apaiser les rancœurs.
Intime, sure et rayonnante,
être la lampe du foyer
toujours sage et réconfortante:
se consumant, pour éclairer,
simplement... comme l'oiseau chante.

Así escribió el cerebro femenino mejor dotado de Hispano-América y una de las más puras poetisas que hemos conocido: Delfina Bunge de Gálvez.

E. SUÁREZ CALIMANO.

EL PUNTO FUERTE DEL HITLERISMO

Es notorio que la activa propaganda, con visos de cruzada, emprendida en Alemania por Adolfo Hitler, ha levantado un formidable movimiento de opinión, que se ha concretado en la formación de un partido denominado bastante arbitrariamente "nacional-socialista", o también es designado "fascista" por sus opositores, con mayor impropiedad aún.

El surgimiento y repentino desarrollo de una fuerza social tan considerable ha desconcertado, según parece, el juicio de los observadores, y sobre todo a los partidos preexistentes, pero es preciso admitir que algún poderoso resorte fundamental u ocasional debe existir para que tan vigoroso surja el nuevo movimiento colectivo.

Analizando el contenido de las doctrinas que le han dado vida, vemos que se destacan la de la acción directa como método, fuera y a despecho de las leyes que se opongan a sus propósitos, y el desconocimiento de las obligaciones firmadas por los gobiernos para liquidar la guerra, según las cuales el pueblo alemán queda, durante varias generaciones, comprometido a pagar pesadas contribuciones de guerra a las naciones vencedoras, y limitada su autonomía territorial y militar. Además le guían otros propósitos de reformas sociales de poca importancia, originalidad, eficacia y coherencia; poco indicados, por lo tanto, para ser tomados en cuenta, dado que no es tampoco en ellos en los que finca la popularidad del nuevo partido. Ella se basa en *una* idea: y esta es justamente la del desconocimiento de las deudas de guerra, ya que la primeramente mencionada de la acción directa ha sido ya abandonada por completo.

En efecto, se comprende que, en un principio, creyéndose los hitleristas poseedores de razones para orientar a la nación en deter-

minado sentido, pero sabiendo ser muy pocos y tener enfrente las autoridades gubernativas y todas las demás fuerzas políticas organizadas, en solidario compromiso para sostener los pactos contra los cuales el nuevo partido proclamaba su alzamiento revolucionario, era cosa bastante natural que sólo de la atropelladora "acción directa", de la fuerza material e ilegal, esperaran obtener manera de imponer sus objetivos.

Pero pronto vieron los dirigentes hitleristas (con no menos sorpresa, seguramente, que sus propios rivales), que las opiniones les acompañaban en número extraordinario: a tal punto habían certeramente tocado e interpretado el sentimiento popular. Y al ver afluir por millones los votantes en su favor, se han plegado a los métodos democráticos y legales, pues, ¿para qué buscar por la dificultosa y arriesgada y, en el fondo, tan deleznable vía de la violencia lo que fácil y ordenada y robustamente puede obtenerse por el sufragio y la representación parlamentaria constitucional? Y, en consecuencia, el partido ha cambiado su táctica, arrojando la escisión de una minoría incapaz de comprender que la nueva situación y táctica son mucho más ventajosas.

Estrictamente, pues, ha quedado que el punto fundamental, original y característico de la acción y el éxito del hitlerismo consiste en proclamar que las deudas de guerra que pesan sobre el pueblo alemán en favor de acreedores extranjeros no deben ser satisfechas; atrevida declaración y propósito que los demás partidos no se han animado a suscribir, y que resultan de gran popularidad.

Ese es, naturalmente, el punto que suscita la resistencia y escándalo de los representantes de la opinión de los acreedores. Henri Poincaré, por ejemplo, ha tratado de refutarlo en los siguientes términos: (*La Nación*; Bs. Aires, 14 nov. 1930).

Goethe hubiese quedado estupefacto, sin duda alguna, de las extrañas teorías que Hitler propaga hoy, hasta por encima del Atlántico, en nombre, según pretende, de "las masas que dirige", y que llama "la juventud alemana o la Alemania del porvenir". Para las nuevas generaciones reclama el derecho de desautorizar a las precedentes y no cumplir los compromisos contraídos por estas últimas. Se trata, sobre todo, para él, de demostrar que la futura Alemania deberá liberarse del cumplimiento del plan Young y repudiar una deuda cuyos pagos se escalonan durante largos años. ¿Qué dirían Gran Bretaña y los Estados Unidos si los franceses dijeran lo mismo? La duración de los plazos alemanes se ha calculado exactamente sobre los

plazos de pagos que han impuesto los Estados Unidos a Francia, y la suerte de Alemania es función de la nuestra.

La irritación de Hitler carece de razón en lo concerniente a nosotros, pero lo más chocante de su tesis es la ruptura de la solidaridad que quiere establecer entre las generaciones sucesivas de un mismo pueblo. Llega hasta escribir: "Aunque nosotros rechazamos la idea de una Alemania culpable de la guerra, supongamos momentáneamente que ella lo hubiera sido. ¿Quién podría ser considerado responsable para justificar las condiciones inhumanas y sin precedentes que se nos impusieron? Antes de la guerra sólo podían ejercer cierta influencia en el Gobierno los alemanes mayores de 25 años. En consecuencia, sólo podrían ser inculpados moralmente los hombres que en 1914 tenían 25 años o más, es decir, los actualmente mayores de 41 años. Solamente éstos pueden ser considerados responsables de la guerra, puesto que ellos solos habían elegido al Reichstag que más tarde debía votar los créditos de guerra. Como en aquella época las mujeres no tenían derecho al voto, ni representación política, lógicamente no se les puede atribuir a ellas ninguna responsabilidad moral."

Poincaré observa que, aun dejando de lado la cuestión de la culpabilidad de la iniciación de la guerra, la Alemania republicana contrajo en 1921 el compromiso de pagar reparaciones por los daños causados por ella, y más tarde aceptó el plan Dawes y el de Young, añadiendo:

Todo eso no alcanza a las mujeres y los jóvenes, según Hitler. "¡El pasado no cuenta para lo futuro!" Hitler razona exactamente como los Soviets, que rechazan hoy el pago de las deudas del imperio ruso, y no se dan cuenta que de seguir tan bello ejemplo, y siendo nacionalista, repudia precisamente la idea misma que constituye la fuerza de una nación, es decir, la idea de continuidad. El día en que los jóvenes alemanes vienesen a decir "lo que hicieron nuestros padres no nos incumbe", no habría ya más Alemania, ni imperial ni republicana. Un pueblo que ante el mundo no conservara a través de los cambios de régimen su personalidad moral, se excluiría a sí mismo de la civilización.

Luego hace Poincaré, entre otras consideraciones subsidiarias, la de que si se quisiera ahora repudiar las obligaciones que se asumieron no sería Francia la única en protestar ni se conformaría con el incumplimiento, y que la nación que tomara la iniciativa de modificar uno u otro tratado sin el acuerdo directo con las potencias interesadas echaría un fósforo encendido en un polvorín, lanzando las relaciones de los pueblos "en una mortal perturbación."

Poincaré se equivoca básicamente por ignorancia de los términos fundamentales y del estado doctrinario del problema, pues todos sus rutinarios y alicortos razonamientos están ya considerados y refutados a fondo hace muchos años.

Henry George tiene en su libro *Problemas Sociales*, publicado en 1884, un capítulo dedicado a la cuestión de las deudas pú-

blicas y los impuestos indirectos, donde demuestra que el hecho de que a pesar de los progresos de la civilización Europa fuera, ya entonces, un vasto campamento, y que las energías de las más adelantadas porciones del género humano se encuentren en todas partes gravadas tan pesadamente para pagar preparativos de guerra o el coste de las guerras, es debido a dos funestas invenciones: los impuestos indirectos y la Deuda pública. Y añade decisivamente:

La institución de las deudas públicas, como la institución de la propiedad privada de la tierra, se funda en el absurdo supuesto de que una generación puede obligar a otra generación. Si viniese un hombre y me dijese: "He aquí un pagaré que vuestro tatarabuelo dió a mi tatarabuelo y tenéis la obligación de pagármelo", me reiría de él y le diría que si quería cobrar su pagaré tratase de dar caza al que lo firmó, pues yo nada tenía que ver con los pagarés de mi tatarabuelo. Y si insistiera en que le pagase y llamase mi atención sobre las condiciones de la obligación en que mi tatarabuelo expresamente estipuló con su tatarabuelo que era yo quien debía pagarlo, me reiría más aún y seguramente lo tendría por loco. En efecto, a una demanda como esa, cualquiera de nosotros replicaría: "Mi tatarabuelo era evidentemente un necio o un burlón, y vuestro tatarabuelo era de seguro un idiota, cualidad que sin duda habéis heredado si esperáis que yo os dé dinero porque mi tatarabuelo prometió que yo os lo daría. De igual modo podía haber dado vuestro tatarabuelo una letra contra Adán o un cheque contra el primer Banco nacional de la Luna.

De manera que si, según supone Poincaré, los norteamericanos se extrañaran porque a imitación del repudio de los hitleristas, los franceses se rehusaran a pagar las deudas de que aquellos se consideran acreedores, fácil sería contestarles que en los escritos de un gran pensador norteamericano (del más grande pensador norteamericano) se encuentran explicadas las razones de la negativa, en un largo capítulo lleno de profundas enseñanzas.

Lo que los hitleristas han puesto en el tapete, probablemente sin sospecharlo mucho, son principios mucho más vastos que el caso particular de si los contribuyentes actuales y futuros alemanes han de pagar a acreedores o descendientes de acreedores *extranjeros* el tributo de una guerra pretérita: son el principio general de si las generaciones han de cumplir las deudas contraídas por sus predecesores, y el más vasto aún de si los gobernantes tienen derecho legítimo para contraer deudas públicas con cualquier motivo u objeto que sea.

Henry George desarrolla negativamente estas tesis en el capítulo citado y, por mi parte, hube de aplicarlas en las páginas de

esta revista (1) en los comienzos de la revolución rusa, con motivo de la oposición de los maximalistas a pagar las deudas del imperio pendientes, y traté el asunto más detalladamente siete años después, refutando las conferencias sobre finanzas pronunciadas en la Universidad de Buenos Aires por el doctor Gastón Jèze, profesor de la Universidad de París. Allí tuve ocasión de referirme a los dos casos en que corrientemente se acostumbra considerar justificada la contratación de deudas por los gobiernos: la ejecución de obras públicas y los gastos de las guerras, demostrando que en ninguno de ellos debe ser tal facultad reconocida o aceptada por los pueblos; y como el asunto está estudiado, yo creo, con la mayor brevedad posible, me permitiré la transcripción de lo más pertinente:

“La razón que se aduce para que los descendientes de una generación paguen parte del costo de una obra pública, es la de que durará bastante para que ellos disfruten de sus beneficios. Si nosotros gastamos en un puente — se dice — por el que también han de transitar nuestros hijos y nietos, que paguen su parte en los gastos de la construcción.

“Pero hay contra esta pretensión varias razones poderosas. La primera es que nuestros nietos no nos han pedido ningún puente, y menos a su costa. Nosotros no lo hacemos porque a ellos les pueda servir, sino porque estimamos que *ahora* nos hace falta a nosotros.

“Es probable que a ellos también les sirva, como es posible que no. En todo caso, también nosotros recibimos de muchas generaciones pasadas gran cantidad de obras cuya construcción nada nos cuesta. En Francia, Italia y España, hay caminos y acueductos en uso que fueron construídos por los romanos. Cualquiera generación recibe mucho más en ese particular que lo que deja, como igualmente recibe todo el tesoro de los conocimientos, costumbres e instituciones, que tantos sacrificios de los antepasados representan. Lo que cada generación añade está más que compensado con lo que recibe en herencia.

“El hacer obras mediante créditos sobre el futuro tiene además el peligro de ser un principio muy expuesto a extralimitaciones. Con la mejor buena fe las autoridades de una ciudad pudieran así ejecutar obras demasiado costosas, que con los solos

(1) “Sobre la libertad de pensar”, en *Nosotros*, mayo de 1918.

recursos presentes no afrontarían y, a la larga, resultarían onerosas e inútiles para los sucesores. Supongamos que el gobierno de una ciudad hubiera endeudado a los hijos y a los nietos para construir una instalación de alumbrado a gas. ¿Qué diríamos de la justicia y razón de haber cargado a generaciones futuras con el costo de una obra cuya utilidad habría sido ya desvanecida por el nuevo invento de la luz eléctrica?

“Lo lógico y justo es que cada generación ejecute y pague las obras cuya realización crea convenirle, sin complicar en el negocio a sus descendientes, que deben nacer libres y no endeudados por sus padres. Y dado que el principio es inadmisibles en sus fundamentos, nada diré de las arbitrarias distribuciones a que es preciso recurrir para determinar qué parte de un empréstito tocaría abonar en justicia a los vivientes y qué parte a los futuros. Como no hay razón científica en la base, claro está que tampoco puede haber un criterio científico para sus aplicaciones.

“Se dirá que por mucho que la renta de la tierra produjera (única fuente legítima y que preconizo para pagar esa clase de obras) siempre podría ocurrir que se desee hacer obras más costosas aún; y a eso puede responderse que es humano que los deseos vayan usualmente más allá que las posibilidades. Hoy también, con recurrir y todo a los empréstitos, se hacen muchas menos obras de las que se juzgan deseables. Pero acabo de demostrar [antes de lo citado] que, sin recurrir a las deudas (fuente de abundantes abusos) se pueden ejecutar muchas más obras al contado que las que en la actualidad se hacen a crédito.

“Los empréstitos para gastos de guerra *no están más justificados que los anteriores*. Si el caso de una guerra es tan de fuerza mayor como para que el gobierno del Estado se considere con facultades para disponer de la vida de los ciudadanos, en servicio de la defensa común, del mismo modo puede disponer de sus bienes para el mismo objeto. Es absurdo que se exijan las vidas *en donativo* y los dineros *en préstamo*. Son vestigios de épocas de servidumbre. Una democracia no debe estimar en menos las vidas que los bienes de los ciudadanos.

“Esos no son casos de empréstitos internos, sino de *confiscaciones internas*; y sólo después que una guerra hubiese agotado todas las reservas y productividad de riqueza de una nación, sería

el caso de recurrir a los empréstitos externos. Pero ese caso nunca puede llegar, porque antes habría llegado el de rendirse.

“Puede agregarse que si cada generación va cargando con la mitad de los gastos de guerras anteriores, y a su vez va endosando al futuro la mitad de los gastos de cada guerra que haga, sería mucho más práctico y razonable que cada generación se pague las suyas. Sería además de gran efecto pacifista el que los ciudadanos ricos supieran que al declarar una guerra lo hacían a exclusiva costa de los propios bolsillos.

“Es un infame atentado a los derechos individuales hacer que los niños nazcan esclavizados por deudas contraídas por los gobiernos del tiempo de sus padres o de sus bisabuelos. Si esta monstruosidad no se admite en el Derecho natural ni en el Derecho civil, ¿por qué ha de admitirse como un derecho fiscal? El gobierno británico, por ejemplo, se ha permitido anotar en cuenta para los ingleses que vivan en 1948 una cuota de 175 millones de libras, como amortización de la deuda de la guerra.” (1)

Así, pues, no es, como supone Poincaré, que el repudio de las deudas signifique genéricamente una ruptura de la solidaridad nacional entre las generaciones, sino que debe interrumpirse la corruptela de que las generaciones se sientan trabadas por las extralimitaciones cometidas a su cuenta por los antepasados.

La buena doctrina es efectivamente que el pueblo alemán no pague a sus acreedores franceses, ingleses o belgas, lo mismo que los franceses no deben pagar a los suyos norteamericanos, etc.

Pero hay algo más importante, y es la consecuencia lógica de que tampoco los contribuyentes *alemanes* deben pagar a los acreedores *alemanes* (y respectivamente igual los franceses, ingleses o norteamericanos). Consecuencia que arrastra a los hitleristas mucho más allá del pretendido “nacionalismo” en que han supuesto encerrarse y que ocasionará importantes variaciones en sus elencos.

En efecto, es propuesta que puede haber seducido tanto a gente pobre como a ricos plutócratas alemanes la idea de no pagar a los *extranjeros*. Pero los propios argumentos de Hitler son igualmente excelentes para no pagar las deudas del Estado alemán para con los tenedores alemanes de títulos sobre ellas. Los que en

(1) CIENCIA Y FINANZAS, en *Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales*, de la Universidad de La Plata, abril de 1925.

tal fecha no tenían 25 años., etc., etc., no tienen por qué reconocerlas.

En el fondo, el principio postulado por Hitler rebasa la esfera de lo *nacional* para entrar en la de las emancipaciones *humanas*. Por eso cada vez más se irá e irán los mismos hitleristas comprendiendo que no son precisamente “nacionalistas”. Su postulado les arrastrará mucho más allá de lo previsto y su elenco habrá de transformarse con la pérdida de afiliados rentistas y probablemente mayor aumento de afiliados proletarios.

Tampoco son en modo alguno “socialistas”, puesto que ningún precedente se encuentra para su tesis en las doctrinas de los socialistas; y los que propiamente así se denominan en Alemania y el resto del mundo, desprevenidos y desconcertados por la novedad (para ellos) de la tesis, se manifiestan como sus enemigos. Lo que en verdad hacen los hitleristas es georgismo, aun cuando sospecho que al modo como Mr. Jourdain hacía prosa.

No son tampoco “fascistas”, como las izquierdas de todo el mundo los consideran por la eventual y ya trascendida circunstancia de haber invocado en un principio la “acción directa”, o sea la cachiporra. Según eso lo mismo se les podría designar sindicalistas o Ku-Klux-Klanistas o bolcheviques. El fascismo ha estado siempre demasiado lejos ni de pensar siquiera en la abolición de las deudas de la guerra ni de ningunas otras, que es el tema esencial del hitlerismo, ni tiene éste, como aquél, sentido derechista reaccionario.

Aparte del movimiento más sereno y profundo pero no aun tan notorio, de la reforma impositiva iniciada por Snowden en Gran Bretaña, el movimiento hitlerista es, de todo el mundo, el más realmente izquierdista y avanzado que aparece ostensiblemente en el escenario de la acción social militante. Esos dos citados son los únicos que tienen proyecciones al porvenir; pues si bien, por ejemplo, la felicísima revolución española es definitivamente izquierdista, su horizonte manifiesto no va, en suma, más allá de la obtención de las formas institucionales republicanas; paso muy plausible, indispensable y previo, pero que nada adelanta por sí mismo a lo que otras naciones conocen y practican hace un siglo; y lo mismo digo del igual resultado a que llegará el pueblo ruso . . . cuando llegue.

Lo que caracteriza al movimiento hitlerista es que ya en disfrute de las libertades republicanas y dentro de ellas, proclama un principio, no nuevo, como se ha visto, en la especulación teórica, pero nunca lanzado como ahora y adoptado con brío en la candente lucha de las fuerzas políticas.

Por otra parte, no obstante las contrarias apariencias, que también engañan mucho a Poincaré y probablemente a los mismos hitleristas, la acción del "belicoso" nuevo partido alemán es eminentemente pacifista: mucho más eficaz en ese sentido que la Liga de las Naciones y las conferencias de desarme, cuyas actividades, meramente logorreico-telegráficas, llegan a lo grotesco por su hinchada vacuidad.

Si prevalece, como es de esperar, la tesis de los hitleristas, quedará para el mundo y especialmente para las gentes que disponen de dinero, la valiosísima lección y precedente de que es un pésimo negocio prestar dinero para empresas guerreras, si a la postre han de resultar créditos incobrables. Ningún gobierno se decidirá a emprender una acción belicosa si se encuentra privado del cómodo concurso de los prestamistas nacionales o extranjeros, y por eso procurarán los gobiernos dirimir las cuestiones internacionales que se presenten por medios de arbitraje o concierto internacional. Los grandes intereses financieros (que son quienes por miras ocultas y con pretextos patrióticos incuban las iniciativas de guerra) se convertirían, por elemental cálculo, en los más celosos guardianes de la paz, en vez de dedicarse a "fabricar" opinión guerrerrista por medio de las grandes empresas de publicidad que poseen, ya que con la guerra irían a pura pérdida. Una guerra de defensa, a base de confiscar riqueza de quien la tenga es perfectamente posible y de gran recurso; pero es claramente imposible una guerra de ataque en tales condiciones; y es obvio que no puede haber guerra entre dos naciones si una de ellas no asume la ofensiva.

Como cuestión inmediata es perfectamente inverosímil que los *proletarios* ingleses, franceses o belgas consientan en marchar a una guerra contra Alemania a objeto de forzarla a pagar a los *rentistas* ingleses o franceses, del mismo modo que, por causa igual, no ha sido posible arrastrarlos a marchar contra los bolcheviques. Llegado el caso, la cuestión se resolverá sencillamente no

pagando los acreedores europeos a sus acreedores norteamericanos, los cuales se conformarán también con su mala suerte, pues no supongo que pensarán en la invasión de Europa. El problema es menos truculento de lo que parece a Mr. Poincaré. Será solamente una pérdida pecuniaria para determinadas personas, quizá catastrófica para muchas de ellas, pero no propiamente una catástrofe *económica*, porque, en esa presunta y probable y muy extensa bancarrota, no habrá destrucción alguna de riqueza efectiva, sino simplemente anulación de *valores de obligación*, que son convencionales. No será una pérdida *social*, porque exactamente tanto como dejen de cobrar los unos se verán libres de pagar los otros. Y moralmente no son propiamente deudores los contribuyentes alemanes puesto que su presunta deuda no corresponde a equivalentes valores, servicios o bienes recibidos individual ni colectivamente. Y puesto que Mr. Poincaré excluye el considerarla deuda punitiva, por culpabilidad de la guerra, no tenemos porqué discutirla aquí en ese sentido.

Comenzarán los pueblos, según se vislumbra de la acción de los hitleristas y sus consecuencias, a librarse de la terrible y sofisticada esclavización económica a la finanza como ya se libertaron de la esclavitud corporal. Considérese que un pueblo, por ejemplo el de España (que no intervino en la gran guerra) al que su gobierno extrae anualmente 2.800 millones de pesetas para todos los servicios oficiales, más o menos cuestionables, le extrae por añadidura 900 millones más para entregárselos contantes y sonantes a la clase parasitaria de los cortadores de cupones, como interés de grandes empréstitos de los que el pueblo que con su trabajo los paga no ha obtenido, puede decirse, beneficio alguno. Y la situación es igual en todos los países que llamamos civilizados. El petardo lanzado por los hitleristas ha de ser, me parece, el comienzo de la liberación mundial a ese respecto. Del exceso de miseria y desesperación surgen siempre los grandes movimientos redentores.

De todos modos es impresionante el hecho de que la representación parlamentaria de los hitleristas pasó de 12 a 107 en las últimas elecciones; y no sin fundamento ha escrito un publicista norteamericano (Frank H. Simonds, *Review of Reviews*, febrero 1931, pág. 56) que si hoy se realizara una nueva elección, los hitleristas alcanzarían a 200 en el Parlamento, y los 74 comunis-

tas a 100, poniendo en situación de impotencia a los socialistas y católicos, únicas fuerzas considerables que han quedado para sostener la vieja política de exprimir al pueblo para dar a la plutocracia.

De manera, pues, que la posición de los hitleristas es muy fuerte científica, moral y materialmente.

C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.

EL MOMENTO EDUCACIONAL

ME he referido en otra oportunidad, (1) a la inmensa labor teórica y experimental que vinculada a la reforma escolar se realiza desde hace años en los institutos europeos y norteamericanos, y he comprobado, con profunda tristeza, que la gran mayoría de nuestro magisterio ignora cuál es el estado presente de la Ciencia de la Educación, de las especulaciones afines y de la técnica pedagógica.

Sólo una mínima parte asiste al dramático surgir de "nuevas sustancias espirituales" y sabe que hay cientos de hombres entregados a estructurar en un sistema educacional un renovado "tesoro educativo".

Sin ansias de totalidad, sin un ideal de cultura, sin preocupaciones filosóficas, aferrados a la práctica de una técnica — fuente y suma de su información — las corrientes del pensamiento los han dejado atrás en una envejecida tabla de valores.

La falta de lecturas, de interés por los problemas vitales — cuya causa precisaré más adelante — la organización enciclopédica de los estudios y su superficialidad, agudizan la natural propensión a considerar suficiente el conjunto de nociones adquirido en la Escuela Normal, en una sobreestimación y un conformismo que torna más difícil el problema docente. Los hombres encargados de preparar la vida futura, dice con acierto Ortega y Gasset, no suelen enterarse de las cosas sino cuando son ya pasadas.

No es que asuma postura frente a una orientación determinada, lo más grave de nuestra escuela pública está en que no sirve a ningún propósito; extinguir el analfabetismo, llevar la instrucción a todos los lugares del país, no basta; es necesario además, proponerse algo en el terreno de "lo pedagógico."

(1) "La Reforma educacional austriaca". Conferencia pronunciada en la Universidad de Córdoba.

Hemos creído aligerar nuestra carga de responsabilidad y de deberes expresando a cada cambio de gobierno por boca de los hombres dirigentes, que debían multiplicarse las escuelas, sin anotar un claro propósito *formativo*.

El alfabetismo, la educación de las masas, no es un problema de nuestro tiempo, pues debimos encontrarlo resuelto; es necesidad vital de la comunidad, está en la esencia misma de la democracia; son problemas de nuestro tiempo los que fluyen de la fijación del contenido y límites de la ciencia de la educación y del hacer pedagógico y los llegados al campo de la pedagogía por los nuevos aportes de las ciencias biológicas y psicológicas.

Ni coordinación, ni propósito determinado ni orgánico, ni intento de indagar las direcciones vitales de nuestro pueblo, ni fines ni deberes ha tenido nuestra organización educacional. Todo está por hacerse. ¿Cómo puede considerársela “empapada de romanticismo filosófico”, expresión de un régimen de “pura inspiración rousseauiana” que “negaba la inteligencia y el carácter y avivaba los apetitos y los instintos” como afirmara el Dr. Terán? (1). Es decir, asignarle valoración filosófica, aspiración totalizadora, organización dentro de un sistema de ideas determinado? Esa atribución del Dr. Terán y otros conceptos vertidos en el discurso con que asumiera la dirección de la instrucción primaria nacional, cobran singular importancia por venir de un funcionario de tan alta jerarquía y de merecido prestigio intelectual. El Dr. Terán se equivoca en la apreciación histórica y del momento educacional argentino. De las corrientes filosóficas del siglo pasado, sólo el positivismo y desde la Escuela Normal de Paraná alcanzó a influir en la orientación educacional y es justo señalar que fué fecundo para la cultura argentina. Se ha formulado siempre el reparo de que llegó a América con retraso, superado en Europa, —bueno es anotar que hoy en muchos órdenes de la cultura tampoco nos hemos colocado a tono—; aún así, suscitó un interés por los problemas de la enseñanza, una fe en la obra cultural de la escuela que no ha sido alcanzado por ningún otro establecimiento análogo. En lo pedagógico exageró la importancia de la técnica, de la instrucción intelectual, cuya degeneración nutre la escuela de hoy. En el resto de las escuelas normales, sin

(1) Resumen aparecido en *La Prensa*.

el grupo de profesores cuya inquietud filosófica dió fisonomía propia a la Escuela de Paraná, se fió la eficacia en la práctica docente sin atender a la verdadera formación (Bildung) colmándose en los últimos años al iniciarla en el primer curso sin tiempo para adquirir ni elementales nociones tecnológicas.

A través de las citas desperdigadas que aparecen en los textos de Pedagogía, no siempre tomadas en las fuentes, las alumnas repiten conceptos de Herbart, Rousseau, Pestalozzi, Spencer, etc. La indagación de la profundidad del conocimiento, nos llevaría a comprobar que no va más allá, en lo que a Pestalozzi respecta por ejemplo, de lo anecdótico y de sus Principios; sin embargo, Pestalozzi mal conocido o conocido a medias, es una figura mítica para nuestros maestros, quienes se atrincheran en él para lanzar afirmaciones dogmáticas contra las nuevas tendencias. El análisis crítico de su doctrina, la valoración filosófica no es frecuente en nuestra Escuela Normal, menos aún lo que significa para nuestro tiempo. De la profusa bibliografía pestalozziana sólo excepcionalmente se conoce entre nosotros la rica y densa producción alemana. La formación docente es, pues, doblemente superficial, en cuanto a las nociones de ciencias y letras y superficial en lo que respecta a la ciencia de la educación y técnica. Una técnica envejecida y vacía que no corresponde hoy a la dirección intelectualista que le dió origen y es sólo perversión de la misma. Los elementos formales del conocimiento reemplazan al conocimiento mismo; bastaría para dar un ejemplo referir que en Córdoba donde escribo, los concursos de escritura y ortografía (simples dictados de palabras los últimos) se consideraron el mejor índice de la labor docente; sin embargo, es fácil comprobar una pareja indigencia del léxico y redacción tanto en maestros como en discípulos. Ni en el espíritu que preside a la formación del magisterio nacional, ni en el ambiente, ni en el pensamiento de los que han dirigido la educación es posible señalar una directiva ideal, una trascendencia filosófica, sólo dable en pueblos de vieja tradición cultural. De haberla tenido, cualquiera que fuera, podríamos enorgullecernos como reveladores de cultura.

Rompiendo el escolasticismo, según lo dije ya, la tendencia positiva y pragmática — aspiración renovadora en su tiempo —

es la sola que señaló algunos rumbos a la escuela pública; contrariamente a lo que sostuvo el Dr. Terán, la pedagogía de Rousseau no ha gobernado ni gobierna aún la escuela. A través de Pestalozzi — quien, según la exacta expresión de August Messer, recibió de Rousseau la incitación más profunda — y con la limitación indicada, ha llegado el gran ginebrino a la información de los maestros. Nunca le fué entre nosotros benigna la crítica: conocimos antes el “caso” Rousseau que sus principios educacionales. Las modernas tendencias recogen, desde la valoración en el tiempo, numerosas sugerencias en su obra, cuyo significado en la historia de la pedagogía y del pensamiento es demasiado grande para ensayar con éxito los dardos desde “localidad determinada”. La inspiración rousseauiana no alcanzó a lo “pedagógico” en nuestra historia, pero está sí presente en el espíritu de los gestores y organizadores de nuestra nacionalidad como inspirador de la Revolución Francesa y de sus postulados democráticos. Tal vez sea ese Rousseau el blanco a distancia...

¿Cómo decir, según lo afirmó el Dr. Terán, que la escuela estuvo en manos de quienes la negaban, cuando precisamente bajo la influencia de las corrientes de pensamiento del siglo XIX se fió excesivamente en su poder para orientar y dirigir al individuo? La época de “la instrucción educativa” y “la formación del círculo de ideas” de Herbart, del conceptualismo de Hegel, de la fe sin límites en el poder de la inteligencia y del conocimiento. Las modernas tendencias pedagógicas estiman a Rousseau más por lo que sugirió que por lo que realizó; era,— ha dicho Jules Steeg exactamente, — más soñador y poeta que hombre de acción, declamador más que reformador.

La pedagogía nueva no es ni predica la vuelta a Rousseau ni arranca de la filosofía natural. Procede de las vivencias de la época, se afirma en nuevas concepciones sociales y en lo que respecta al conocimiento del niño en las investigaciones y conclusiones de la Biología y Psicología, de los estudios biológicos de Pende, Biedl, Kretschmer, Driesch, Czerny, Achille de Giovanni, Viola, Tandler, Julius Bauer, von Uexküll y de los psicológicos de Erich Stern, Koffka, Freud, Alfred Adler, Pfister, Karl y Charlotte Bühler, Siegfried Bernfeld, Furtmüller, etc. Sería superfluo mentar el valor de estos nombres en la ciencia

contemporánea; de tales estudios ha surgido la consideración, el respeto por el mundo del niño, el reconocimiento de su existencia con características específicas y su incorporación al hacer educativo, la necesidad de partir del mismo y no de una imagen adulta a la que trata de aproximarse. Frente a la "norma, a la disciplina" en el sentido de la pedagogía clásica, se impone la formación de la personalidad en la espontaneidad, en la libertad de expresión de su contenido espiritual, en el goce de su puericia.

He dicho que la Escuela Activa es expresión de nuevas formas de pensamiento, pero no es posible resumir las relaciones de la pedagogía con las distintas escuelas filosóficas en la frase "hay que espiritualizar la escuela", como sostenía el Dr. Terán en el discurso que me sirve de punto de referencia. Afirmación imprecisa y vaga, lo mismo puede interpretarse como un "viraje" hacia el neo-tomismo que hacia la fenomenología de Husserl, o cualquier otro sistema distinto y distante.

Las relaciones entre la filosofía y la pedagogía contemporáneas van de la pedagogía filosófica hasta la organización autónoma de la Ciencia de la Educación y la Pedagogía considerada como Filosofía de la Cultura, pasando por una variedad grande de matices: pedagogía de la vida, pedagogía del dejar evolucionar, criticismo pedagógico, dirección fenomenológica, pedagogía de los valores, dirección cultural de la pedagogía, etc. Entre nosotros Saúl Taborda, en una obra magistral, ha establecido el claro sentido con que debe entenderse "la autonomía" del acto educativo; las obras de Litt, Fadrús, Pettersen, Stern, Kerschesteiner, Krieck, Natorp, Reickel, Fischer, condensan directivas actuales de la pedagogía. Los países germanos de gloriosa tradición filosófica, ofrecen por lo tanto el aporte más rico para aclarar los problemas de esencia de la educación y prescindir del pensamiento alemán, en el panorama de la cultura, sería mutilarlo en su floración más valiosa.

La reforma que un grupo cada vez más numeroso de profesores argentinos reclama en la escuela pública, no es producto de sentimentalismo, de "moda", de puro afán de innovar, inconsistente y vacío. El conocimiento directo de lo que se realiza en otros países y el "querer" que nuestra escuela no esté por debajo

del contenido vital de la cultura del tiempo, guían nuestra prédica. Es doloroso que gran parte del magisterio viva tan ajeno a las directivas actuales del pensamiento, que no ha comprendido aún que no se trata de meros cambios en menudos procedimientos didácticos, ni se acusa compenetración con las necesidades de la escuela proyectando centralizar los estudios en torno a determinadas asignaturas (1), sino que perseguimos algo mucho más hondo y vital. Tendrán los maestros que rehacer su formación para no continuar respondiendo a la incitación a estudiar y a enterarse desde un mundo conceptual incomprensible; los problemas se deforman o se les escurren entre una maraña de supersticiones técnicas.

Entre nosotros los defensores de la vieja pedagogía han impugnado solo los nuevos procedimientos didácticos o se limitan a afirmar que los principios de la Escuela Activa, de la Escuela del trabajo, carecen de novedad glosando conceptos de Quintiliano, Comenius, Pestalozzi, etc. No conozco una crítica seria a su teórica; alguien ha dicho con razón que la escuela intelectualista se hunde más que por la fuerza del ataque, por la endeble defensa de sus sostenedores. Ortega y Gasset precisa en los siguientes términos el estado en que la presente reforma encontró los estudios pedagógicos: "Conviene decir de una manera clara que la pedagogía de Herbart y tras ella todas las pedagogías posteriores se convierten en pura logomaquia desde el punto en que los pedagogos se hallan exentos de una seria preparación filosófica. Por faltar ésta suelen los maestros padecer de una fatal propensión a suplantar las cosas con palabras, a vivir en un penoso dogmatismo intelectual. Nada es tan necesario al maestro como la independencia del espíritu. Y esto es la filosofía: antes que un sistema de doctrinas cristalizadas, una disciplina de liberación íntima que enseña a sacar triunfante el pensar propio y vivo de todas las ligaduras dogmáticas (2). Provocar el debate desde una perspectiva filosófica, es dar al problema su filiación legítima, en vez de empequeñecerlo como se había hecho entre nosotros, por quienes formularon críticas acerbas a su desarrollo

(1) Centralización que aconseja la Comisión de Maestros designada por la Dirección de Enseñanza Normal y Especial para proyectar nuevos programas.

(2) HERBART: *Pedagogía General*, Prólogo de Ortega y Gasset, pág. 9.

técnico. Quiero destacar por último, que el libro de Saúl Tabor: *Investigaciones Pedagógicas*, penetrado de las directivas de la filosofía alemana de hoy, es la más valiosa contribución a los estudios pedagógicos que se haya publicado en el país.

*
* * *

Consecuencia natural de los diversos postulados educacionales es la paralela diversidad de técnicas en que se traducen; sin embargo existe por sobre las diferencias de orientación y medios, un principio unitario que es algo así como un frente único a las tendencias herbartianas. Los procedimientos de la Escuela Nueva y no su teórica, son los divulgados entre nosotros, sobre todo los expuestos por Decroly, Ferrière, Cousinet, Montessori, que circulan en traducciones diversas. Las maestras buscan recetas, clases desarrolladas, y por esa vía puede llegarse a una standardización peligrosa. "Esto no está así en Decroly", "¿dónde podemos encontrar el desarrollo del plan Dalton?", y frases análogas, nacidas de la superstición de la técnica, polarizan las preocupaciones, mientras se desconoce, por ejemplo, la experimentación psicobiológica sobre el campo visual que determina la globalización y que discuten porque ignoran sus bases científicas. Solo una reforma en la organización de los estudios normales daría la base teórica, los conocimientos biológicos, psicológicos, sociológicos, la visión panorámica indispensable para comprender los problemas y la manera de resolverlos.

Hamburgo, forma su magisterio primario en la Universidad; Méjico exige cinco años de estudios filosóficos para ser designado director de escuela; para ingresar en el "Pädagogischen Institut" de Viena es indispensable haber cursado la escuela media y aún consideran insuficientes cuatro años de estudios para lo que debe saber un maestro primario; en Europa se nota la tendencia a exigir una mayor preparación antes de emprender la especialización pedagógica y a intensificar la misma. Entre nosotros bastan los seis grados de la Escuela Primaria para iniciar los estudios y las escuelas normales se han llevado hasta pequeñas poblaciones alejadas de los centros de cultura, donde es difícil encontrar aliciente y medios para el perfeccionamiento espiritual,

Uno de los males de nuestra escuela pública reside pues, en la organización de los estudios pedagógicos. Sin embargo, sería posible ensayar con éxito una reforma de la enseñanza si alguien intentara entre nosotros, una obra semejante —con análogo talento y visión integral— a la realizada en diez años por Otto Glöckel en Austria. Nuestros maestros no recogen del ambiente ni de las autoridades educacionales incitaciones a su perfeccionamiento, y por lo tanto, no son responsables en gran parte de las fallas de su preparación, algunas de las cuales he señalado ya. Cumplen, poniendo el mayor empeño, la más admirable vocación, las dotes de su inteligencia, en forma rutinaria una tarea que volverían fecunda, si alguien les colocara en el camino de realizarla.

En esta provincia, no ha organizado el Consejo de Educación en los últimos diez años, más conferencias para maestros que las que diera María de Maeztu. Falta entre otras muchas cosas una biblioteca bien nutrida; la existente, posee escaso número de volúmenes y ninguna concurrencia de maestros. No se dictaron en el mismo decenio, ningún curso de perfeccionamiento ni clases de ensayos de nuevos métodos, ni reunido congresos de maestros, ni efectuado conferencias entre autoridades y personal para resolver urgentes problemas de la escuela u otras formas de consulta, ni otorgado becas de estudio en el extranjero, ni aparecido publicaciones y revistas de importancia, que condensen las inquietudes espirituales, las experiencias y observaciones de una *viva* labor.

Si se piensa en adjudicar responsabilidades —hablo sin precisar nombres, épocas o partidos— habrá que confesar que las direcciones que se sucedieron en la enseñanza no plantearon ningún problema específicamente pedagógico. Bastaría enumerar todo lo que falta que hacer y que países menos ricos y extensos realizan con envidiable entusiasmo, poniendo en la formación de la infancia y de la juventud, su fé en el porvenir, para medir el abismo.

He querido fundamentar las causas que nos llevan a pedir la reforma de la escuela, señalando las fallas de orientación de nuestro organismo educativo, comunes al orden nacional y provincial. Para la renovación de los métodos de enseñanza no es

posible esperar una reorganización total, difícil e improbable por ahora, porque no asoma ningún intento de abordarla en forma integral.

La difusión cada vez mayor de escuelas de ensayo, determinaría el creciente interés del magisterio por las mismas. El éxito alcanzado por la señora Clotilde Guillén de Rezzano y las proyecciones del mismo, puede considerarse valioso antecedente. Los maestros, estimulados por las autoridades técnicas, son capaces de realizar obra renovadora. Paralelamente deberían crearse seminarios de estudios pedagógicos y cursos de perfeccionamiento de determinadas materias.

Creo factible la reforma, circunscribiéndola en un comienzo a escuelas experimentales; afirmar lo contrario es escudarse en el menor esfuerzo. La nota alentadora de la Sección Córdoba de la Confederación Nacional de Maestros demuestra que parte del magisterio abraza ideales de renovación, acusados también en la labor desarrollada por la señora de Piñero y el personal de la Escuela "Santiago de las Carreras".

Acabo de ver, cómo en otros países, recientemente nacidos a la democracia, la solidaridad social hace milagros para la cultura del pueblo, elevándolo cada vez más a los beneficios de una más prolongada educación general que abarca desde los tres hasta los dieciséis años, y se enlaza con una admirable obra médica de previsión y profilaxis; cómo los gobiernos intensifican y extienden los beneficios de la escuela pública aún en medio de aguda crisis económica; cómo un claro sentimiento de responsabilidad lleva a los maestros a engrosar los cursos universitarios, al estudio y renovación constante, a vivir dentro de la cultura y las inquietudes espirituales de su época. ¿Nos faltará acaso a los argentinos, como expresara Ortega y Gasset, el sentimiento de misión y deber?

Hay que despertar esa solidaridad desinteresada, sin la cual la democracia es una selección a la inversa, y crear valores culturales en los cuales sentirse solidarios y "en la medida cada vez más intensa en que la sociedad en que vive es portadora de los mismos" (Fadrus).

LEONILDA BARRANCOS DE BERMANN.

Córdoba, 1931.

EPISTOLA ANTIPEDAGOGICA

La Plata, 31 de Marzo de 1931.

Señor Saúl A. Taborda.

Unquillo. Córdoba.

Estimado amigo:

Si acaso Vd., mi querido Taborda, se imagina que la lectura de sus *Investigaciones Pedagógicas* es un esparcimiento ameno, muy a mi pesar debo desvanecer tan infundada ilusión. Se trata de una pieza seria, realmente seria. Pero la amistad impone deberes ineludibles. Y ahora me siento satisfecho de haber cumplido con el mío. Al fin, acabo de pasar por percances más gordos, como ser la fenomenología de Husserl, la psicopatología de Scheler, la esenciología de Heidegger. Comparado con estas eclosiones del ingenio germánico, su libro es un edén.

El aire serrano de Unquillo, la bienquerida, lo tonifica; algún arroyuelo insidioso temple su aridez; la silueta lejana de las cumbres obliga a levantar la visión. Luego por ahí asoma el *genius loci*, el duende familiar del terruño. La disciplina severa del estudio, el amor a la controversia casuista, un dejo de rigidez dogmática, sustentan la densa trama de la obra.

Pero estas circunstancias son accidentales; pongámoslas en paréntesis. Lo esencial es la personalidad del autor. ¿Quién se aparta entre nosotros de la línea del menor esfuerzo? Elegir, consciente de su trascendencia, un problema tan grave, con el propósito de darle su pleno desarrollo en una concepción orgánica, ya es indicio de intrepidez. Lo es mucho más aún haberse

adiestrado hasta poner las fuerzas a la altura del arriesgado intento. Una labor de años se refleja en la riqueza de la información y en la madurez del pensamiento. Con la ecuanimidad del juicio, concuerda la preocupación constante de no descuidar los diversos aspectos del asunto. El mismo hábito de no silenciar opiniones adversas es ejemplo de probidad intelectual. Y no es el menor mérito, la cuidada ausencia de toda declamación, de todas las enfáticas vacuidades de nuestros normalistas.

Con estos elementos parece ya posible apreciar la obra en su doctrina. Olvidaríamos, empero, un factor importante: recordemos también al lector. La suerte de un libro depende también de las manos en que cae, del ambiente que le acoge. Cuán pocos prestan a una obra seria, una atención seria. El peor de los lectores es el indiferente, incapaz de sacudir su pereza mental. No es menos pernicioso el otro, dispuesto a pontificar con fácil suficiencia sobre el fruto de una consagración abnegada. Pero no quiero hablar mal del gremio de los lectores; voy a limitar mi maledicencia al caso actual.

Desprovisto de todo talento especulativo, carezco, Vd. lo sabe, del don de la abstracción. Soy un visual exagerado. Sólo concibo lo concreto y eso en sentido un tanto pedestre. Un metro ó.76 no más, se levanta mi cabeza sobre el ras de la tierra. Y al decir tierra, no me refiero al planeta; me refiero a ésta, nuestra circunscripta tierra argentina. En cambio Vd., al explayar su tema, lo hace con prescindencia de las contingencias de tiempo y de lugar. Parece afirmar un concepto universal abstraído a todas las relatividades. Imagine pues el efecto de su disquisición en mentalidad tan distinta. No desconozco, Vd. me hará la justicia de creerlo, el valor de las ideas. Lo que ocurre es que únicamente las concibo como inmanentes a la áspera eficiencia de las cosas. La perfección de los arquetipos me tiene sin cuidado. De ahí una incongruencia desastrosa. Mientras Vd. desenvuelve su teoría abstracta destinada a la salvación pedagógica de la Humanidad, yo evoco la imagen de una miserable escuela, allá en Chinchigasta. Veo a la pobre maestra encargada de desasnar el hato de mocosos; recuerdo que se le deben diez meses de sus haberes y que el cacique del lugar la ha tomado entreojos. Como para seguir el vuelo del alto debate pedagógico o como para creer en

la panacea de los grandes actos legislativos! Lo que me separa de Vd. no es una discrepancia, es una incomprensión. Es la afirmación de una posición filosófica radicalmente distinta. Planteo el problema en otro plano. El plano en que Vd. se mueve con tanta holgura es superior. No es el mío.

Para que esta definición de posiciones opuestas no degenera también en una abstracción, Vd. me permitirá citar algunos ejemplos de nuestra amistosa e irremediable divergencia. Suscita la lectura de su libro toda una gama de impresiones: La concordancia espontánea, la adhesión obligada, el disentimiento respetuoso, la protesta airada. Pero paso por alto los numerosos pasajes que estimo como aciertos. No abrigo la intención de halagarle el amor propio. No quiero tampoco ser extenso. Por referirse a puntos fundamentales, transcribo adrede las notas marginales menos deferentes.

Pág. 27: "El reconocimiento de que los estudios obedecen al orden íntimo del proceso formativo entraña la afirmación de una actividad específicamente pedagógica, gobernada por leyes propias e inconfundibles". Leyes pedagógicas! Empleadas en un sentido que probablemente no ha querido darles el autor, cuanto mal harán estas palabras. Hace cincuenta años que oigo hablar de leyes psicológicas, sociológicas, históricas. Jamás he logrado conocer una de estas leyes, si es que "Ley" ha de tener un significado estricto como lo tiene en las ciencias físico-matemáticas. Y mucho importa cuidar la propiedad de los términos. Ahora, si "Ley" expresa lo mismo una relación que se cumple o que no se cumple, entonces es un vocablo hueco, pero peligroso por lo sugestivo. Sorprende tropezar con esta reminiscencia del Positivismo, con este resabio del determinismo científico. Es tiempo de distinguir la esfera de la actividad física, sujeta a la categoría de la causalidad y la esfera de la actividad autónoma, enderezada a una finalidad. Tan luego la técnica destinada a desarrollar la plenitud de la personalidad humana había de empezar por negarla. Sería este un conato de mecanización de la enseñanza. No es éste el propósito del autor; convenido. Pero ya oigo a todos los normalistas proclamar a boca llena las leyes eternas e inmutables de la Pedagogía. De paso creerán que el arte pragmático de enseñar es una ciencia.

Pág. 33: "La situación argentina es de una posibilidad virtual ofrecida a la historia". A juicio del autor no tenemos tradición pedagógica. A mi juicio la tenemos muy arraigada. No estamos en presencia de una tábula rasa. Nuestra evolución histórica no carece de contenido ideológico. Y las ideas directrices de cada época, desde las fundaciones de los jesuitas hasta la fecha, han debido reflejarse en la enseñanza. Alberdi no ha vivido en vano; Sarmiento no es un mito. En la Escuela del Paraná nació una dirección pedagógica bien definida que, al través de los colegios normales, se difundió sin oposición seria. Respondía a una orientación de cepa nacional; asumió un carácter utilitario, positivista, determinista y pragmático. Que esta creación del positivismo autóctono, ribeteada con alguna fruslería comteana o spenceriana, no le agrada al autor y a mí me parezca arcaica — en buena hora. Que es preciso superarla — sin duda. Pero es una falta de visión histórica, es ingenuo negar su existencia. Los obstáculos no desaparecen porque cerremos los ojos. No desaparecerán tampoco por un decreto superior. Es necesario que sobrevenga nada menos que un vuelco en el alma nacional.

Pág. 34: "Un proyecto de reforma general de los estudios debe referirse necesariamente a la concepción de la Escuela única. Aunque esta afirmación parece dogmática es inevitable". Esta Escuela única el autor la concibe un tipo uniforme y obligatorio para todo el país. Su plan ha de ser rígido hasta donde alcance la adolescencia.

El ideal de una uniformidad típica es un rasgo característico de la mentalidad latina. Fluye de la posición racionalista e implica fé en el valor infalible de las construcciones lógicas. Los pueblos anglosajones y germánicos no padecen de semejante superstición. La complejidad dentro de la unidad no les repugna.

A mí me horroriza la idea de un molde nacional único e implacable, impuesto por el criterio de la oligarquía que casualmente nos gobierne. Semeja esta Pedagogía a un esperpento pavoroso que de las manos de la partera arrebatada al niño, le aplica sin piedad su cartabón, lo arrastra por el jardín de infantes, la escuela elemental, la escuela media, el colegio nacional, el Colegio profesional, la universidad y no lo suelta hasta haber extinguido todo carácter personal. ¿Acaso Procusto fué el primer pedagogo?

Convengo en la necesidad de unificar la enseñanza. Pero la escuela unificada y la única son dos cosas muy distintas, aunque así no piense el autor. Evitemos, dice Otto Boelitz, el gran Ministro de Instrucción Pública de Prusia, evitemos falsear el espíritu de la escuela unificada considerándola un tipo escolar rígido. La mayor diversidad cabe dentro de la más absoluta unidad.

Este ministro solamente se propuso resolver el problema concreto que como pedagogo y hombre de Estado se le ofreció. Así también dentro de la actualidad concreta tendremos que resolver el problema casero, sin subordinarlo al concepto de una coacción, al más argentino de todos los conceptos, al de la Libertad.

Disculpe, estimado amigo, si estas observaciones han resultado demasiado agresivas. Quizás medie un malentendido. En todo caso no disminuyen en un ápice el valor de su libro. Deseo que lo complemente cuanto antes con la parte aún inédita, deseo sobre todo que encuentre en nuestro reducido mundo intelectual el debido aprecio. Este asunto tan apasionante Vd. ha sabido tratarlo con altura y reposo. A no juzgarlo así, le hubiera acusado recibo con cuatro frases banales. *De minimis non curat praetor*. Lo digo en latín porque en criollo sería petulante.

Le envío el más afectuoso de los saludos.

ALEJANDRO KORN.

VERSOS PARA ELLA

VERSOS que tú no inspiraste
sólo son palabras vanas,
y nunca fuera armoniosa
canción que no te cantara.

*Los días que no has vivido,
de la Historia yo borrara.
Ciudad que no visitaste
no debía hallarse en los mapas.*

*Agua en que no te miraste
nunca más corriera plácida,
y no llevara perfume
viento que no te rozara.*

*¡A los que no te conocen
les tengo yo tanta lástima!
Que alma que está de ti lejos
ha de ser mezquina y árida,*

*que han de vivir en tinieblas
ojos que no te miraran,
que pasos que no han seguido
los tuyos, perdidos andan.*

*Sabes que no soy poeta,
y ya ves, estas palabras,
sólo por tratar de ti,
¡me han resultado rimadas!*

HÉCTOR MARQUEDY.

PABLO CURATELLA MANES EN PARIS

EL cambio absoluto sufrido por este escultor en el ambiente francés, nos sorprendió en sumo grado. Ya conocíamos de él, algo de su actual tendencia, pero nunca se nos ocurrió suponer que su orientación se definiera en forma tan concreta, como la que actualmente sigue.

Es un escultor embanderado franca y lealmente en las filas del arte nuevo, que arrancando de los clásicos llega a la expresión rigurosa y cerrada de la forma. Conociendo su obra de juventud, justificada fué nuestra sorpresa al hallarlo rodeado de trabajos tan diametralmente opuestos con la anterior modalidad, como los que amablemente nos mostró en su tranquilo estudio de la rue Saint Giles. Ya habíamos visto, aunque aisladamente, algunas de sus nuevas obras, que fueron expuestas en el Salón Witcomb, pero aquello estaba muy lejos de hacernos suponer un cambio tan radical.

Así se lo manifestamos y hubimos de convenir con Pablo Curatella Manes, que los tiempos cambian y las ideas se transforman. Es lógico que un escultor que vive en París, sufra las modalidades del ambiente, se adapte a él y se sujete a las necesidades del momento. Decimos del momento, con la idea fija en las continuas variaciones del arte, que busca su estabilidad, investigando nuevos campos y lanzándose de lleno a una determinada idea, con la esperanza de que ella calme esa sed febriciente de más amplios horizontes, sin por esto dejar de comprender que tal vez estas ideas, sin ser definitivas, puedan llegar a darnos aquella emoción propia del instante que hoy más que nunca se apoya en un dinamismo de reposo diremos, donde las grandes masas y los planos nítidamente definidos realizan la idea madre de sugerir potencia, acción, equilibrio, color y forma.

Ahora bien, si entendemos la escultura como un producto derivado de la arquitectura; como una necesidad inherente al medio que la rodea y un complemento de la misma, deberemos manifestar sin recato, que Pablo Curatella Manes está en lo cierto. Más; que llena el rol al cual responde y por lo tanto que la escultura entendida como él la entiende y la ejecuta, está más cerca de la realidad que la de otros maestros que perduran con el pensamiento de que la naturaleza es reina absoluta y única maestra del artista. Así es en realidad, por cuanto nadie podrá apartarse o divorciarse de ella, sin caer en lo ridículo y amane-rado.

El arte perdería su grandioso concepto de la forma y del color y se tornaría en una expresión guiada por la fantasía, esterilizándose lamentablemente. Por supuesto que el escultor Curatella Manes está muy lejos de creer que la independencia en arte está desvinculada de todo lo que lo rodea y es por tal motivo que observa, estudia y analiza aquello que puede inspirarle una obra, no como imitación intransigente de la naturaleza, sino como razonada interpretación de la misma. Partiendo del concepto que toda escultura debe tener un ambiente propio dentro del marco de la naturaleza y que ese ambiente por regla general lo forma la arquitectura, así como lo entendieron los antiguos egipcios, es razonable que no puede realizarse esta finalidad si no se estudia y se ejecuta de acuerdo con este principio.

Por tales razones, cuando Pablo Curatella Manes realiza una obra, trata de poner en concordancia su idea con la que guió a los estatuarios egipcios, es decir, que la escultura es hermana de la arquitectura y está ligada a ella tan íntimamente, que separarlas equivale a destruir su unidad. Es indudable que tal cosa no es absoluta, porque modestamente entiendo que en arte no hay nada absoluto, pero sí que existe un buen fundamento, el cual pueden perfectamente aplicarlo, los que así lo creen conveniente sin temor a cometer error. Por esto se explica que Curatella Manes busque con metódico esfuerzo la línea básica, diremos, el arabesco total que encuadre su obra en la modalidad que le dicta su razonamiento y que siente espiritualmente. Y decimos que siente espiritualmente, por cuanto la emoción se manifiesta en su más alto grado en esas líneas severas, de planos valientemente indi-

cados, que tratan de darnos una armonía derivada de las líneas fuerzas, que en cierto modo fueron en su principio una de las preocupaciones de los futuristas. No quiere decir esto que el joven escultor arranque de esta escuela, como tampoco del cubismo. Hay una razón que lo distancia y es que Curatella Manes trata en sus planos de acercarse a los grandes maestros, que como Miguel Angel hicieron de ellos motivos fundamentales, para dar la sensación del color en la escultura. A pesar de esto, Curatella está más de acuerdo con la escultura egipcia que con la del gran maestro florentino. Esto no niega su admiración sin límites por el maravilloso autor de *Los Misioneros*, como su acendrado amor a los clásicos. La contemplación de una obra de Curatella Manes, nos dará más clara y precisa su finalidad:

Un robusto atleta sostiene en el aire a otro, presentándole como punto de apoyo la palma de la mano. El movimiento es rápido y al ejecutarlo el atleta planta sus dos pies como dos troncos en el suelo, dilata el pecho, inicia una contracción violenta hacia atrás, al mismo tiempo que busca el equilibrio en el hombre que sostiene y que forma con él un bloque. En la realización de este grupo, Curatella Manes ha puesto de manifiesto la idea básica que lo ha guiado. Acción, equilibrio, fuerza. Derivando de esto su complemento: el color. Para conseguir lo primero, eliminó todo aquello que pudiera humanizar un esfuerzo propio del músculo. Su máxima potencia. En este caso se explicaría hacerlos resaltar anatómicamente. Esto haría de los dos personajes, dos vulgares atletas de circo. Curatella Manes no ha querido hacer tal cosa, quiso elevarlos al nivel de dos potencias que se unen y complementan en un común esfuerzo. Para ello tuvo que suprimir detalles que restaran valor a la acción y distribuyó en grandes masas los músculos, haciéndolos parecer a formas rectangulares, que se ayudan unas con otras. La resultante de este procedimiento es la sencillez y lo monumental. Tenemos pues dos formas humanas esculpidas con planos que entran o salen y dan forma y color al conjunto. Los planos del personaje superior buscan en los cortes oblicuos una media tinta que lo aligere y lo haga más aéreo, si cabe decir esto, mientras que los del personaje que realiza el esfuerzo mayor se presentan más directamente a la luz, y al producir violentos contrastes de sombra, dan

una mayor idea de potencia. Sin duda, ardua tarea es definir así, someramente, el arte actual de Curatella. Si partimos de una base prefijada, difícilmente podríamos comprenderlo; para tal cosa, es necesario sacudir el polvo de los prejuicios y entrar de lleno al análisis y la compenetración de las obras realizadas por este artista.

Hay una razón que las explica y ésta no podremos hallarla si no remontamos nuestro espíritu a las escuelas antiguas del arte, aquellas escuelas que dieron origen al siglo de oro de Grecia y que fueron desvirtuadas o más bien olvidadas por los que creyeron en su finalidad únicamente religiosa. Hay en ellas algo más, que los inquietos artistas nuevos tratan de poner a luz en sus obras, y esto es lo que hace Pablo Curatella Manes en su simpático rincón de París. Con toda seriedad y altura, fijos la mente y el corazón en las nobles finalidades del arte, sin falsos preconceptos, con fe en el porvenir y con mirada amplia en sus nobles ideales, produce silenciosamente.

El éxito no le atrae, sino por lo que puede servirle de estímulo para seguir trabajando; asimismo ya tiene compradores que le llegan de Norte América y de Alemania y que recogen en su estudio las obras que han de lucir y que lucen ya, diversos museos de la Unión y de la República Alemana.

La crítica de vanguardia, tan avara en prodigar elogios, le ha dedicado conceptuosos artículos reproduciendo en sus revistas algunas de sus obras, como el grupo de atletas citado, *L'homme au violon* y otras, entre las cuales destacaremos una sentida Santa Teresa, en la cual el sentimiento místico nada ha perdido al ser interpretada con la sobriedad y amplitud que caracteriza la valiosa labor de este escultor argentino.

Con esta impresión salimos del "atelier" de Curatella Manes, y cuando París se nos presentó con todo el encanto de sus bulevares deslumbrantes y nos confundimos con la multitud curiosa apiñada en los escaparates de las grandes tiendas y convivimos con ella el encanto de los salones de arte y la hora bulliciosa de las *midinettes* apresuradas, libres de la oprimida atmósfera de las tiendas y de las casas de comercio, hubimos de convenir en que es justo y lógico, que en tal ambiente no es posible dejar correr los años sin renovarse. La sombra del Louvre nos indicó que

allí mora lo más selecto que el ingenio humano ha producido en arte y no muy lejos de él, las galerías de arte nuevo, amparadas por su majestuosa mole, nos hicieron sentir las suaves brisas del Sena que remozaron nuestro espíritu con miles de proyectos, que tan sólo a los temperamentos fuertes como el de Pablo Curatella Manes es dable realizar, puesto que vive y respira esas brisas, cuyo perfume de tanto en tanto una fuerte ráfaga hace llegar hasta nuestra inquieta ciudad.

Es muy probable que Pablo Curatella Manes y su esposa, que es una distinguida pintora, expongan sus obras aquí. La fecha no la han determinado aún, pero el deseo de visitar su patria después de varios años de ausencia, vive latente en el corazón de Curatella Manes, que no ha olvidado ni olvidará jamás el hermoso suelo donde despertó su amor al arte y en el cual están arraigados sus más caros afectos.

CAYETANO DONNIS.

GLOSAS MENSUALES

Una mujer española ante América

LA escritora española Consuelo Berges ha reunido en un volumen muy bien impreso, algunos trabajos que, en cierta forma, no guardan relación con su título, *Escalas*. Por él el lector presume que se trate de las impresiones experimentadas por la autora en los diversos puntos de atraque de su larga o corta travesía. En el volumen hay algo de esto; pero también hay algo que nada tiene que ver con los viajes.

Antes de glosar la parte que me interesa de este libro, declaro que la autora tiene talento, sólida cultura y expresa muy bien y muy claramente lo que quiere decir. *Escalas* es un libro que no obstante su procedencia, se deja leer; cosa que no sucede en general con la literatura femenina de todas las procedencias y especialmente con la que se imprime en Buenos Aires. La frivolidad, la cursiparlantería, la falta de observación y la ausencia de meditación, son los rasgos característicos de la producción con faldas, salvo aquellas que, sabiendo por donde más pecan los hombres, exploran y explotan los yacimientos sensualistas.

Bien. Por lo mismo que el libro revela cualidades dignas del mayor respeto, conviene señalar la línea divisoria que se va trazando entre la mentalidad europea y la americana.

La señorita Berges posee una mentalidad típicamente europea, cubierta, claro está, con la mantilla peninsular.

Nos lo revela el capítulo "*sobre el paisaje americano*." "Con la afilada proa de mi curiosidad —dice— después de tantas leguas de paisaje americano recorrido y vivido, llego a la paradoja de que en América no hay paisaje. Hay sólo Geografía. Sólo Geografía Física."

Tiene usted razón, señorita.

Para usted y para los que poseen su mentalidad, América, de la cruz al rabo, no es más que una sucesión de ríos, bosques, pampas y montañas, que no le sugieren, que no le dicen absolutamente nada fuera de su configuración o magnitud.

Y es porque la "proa de su curiosidad", muy inteligente señorita, busca la silueta del Cid, las ruinas de las Navas de Tolosa o las plumas de los chambergos de los Felipes y los Alfonsos. Quiero decir: su proa se hunde en el pasado. Es una mentalidad impregnada de las emanaciones de cosas muy augustas, muy venerables, dignas del mayor respeto; pero, que en nosotros no suscitan ni emoción, ni interés, ni siquiera curiosidad. Si a usted le dicen lo contrario en alguna sobremesa o en el vagar de tertulias periodísticas, le mienten a sabiendas, o lo hacen para halagar su oído. Debe saber que a nuestros niños les carga el Dante, les carga Shakespeare, les carga Goethe y en especial modo la muchedumbre de literatos españoles del llamado Siglo de oro. Pregúnteles de zopetón a nuestros bachilleres y normalistas, qué recuerdan de su doloroso peregrinaje por las aulas y le contestarán que una que otra aventura del Quijote, la vida de *Lázaro* porque es corta y sabrosa, y el monólogo de Segismundo que les ha permitido, en determinadas circunstancias, poner al descubierto sus condiciones declamatorias. ¿Y de Lope, de Tirso, de Alarcón, de Rojas y de Moreto? Posiblemente recuerden uno que otro "argumento", sobre todo si Don Nuño desafía a Don Mendo y doña Leonor arremete contra doña Elvira. Si de la historia se trata, sucede más o menos lo mismo. Otras costumbres, otra sensibilidad, otras aspiraciones, otro lenguaje.

En cambio...

En cambio, en esos valles, ríos y montañas que a usted no le han sugerido absolutamente nada, porque en realidad fuera de su figuración material nada contienen, la mentalidad americana vislumbra *lo que ha de ser*. Libre de toda impedimenta tradicional, sueña en algo que no puede ser igual a lo que fué en ninguna parte. Y mientras los nombres de Hasting, Orleans, Austerlitz, Trafalgar o Waterloo, sólo le sugieren los fantasmas de cosas muertas, los de Pampa, Amazonas, Andes y cien otros,

vírgenes de todo contacto con humanas bregas del pasado, se pueblan de futuro y de un futuro grávido —como dicen los pedantes bibliograferos modernos— de perfecciones que llegarán o no a concretarse, pero que hoy por hoy, constituyen el foco animador de los anhelos americanos.

Y conste que, al hablar de futuro, ni por asomo queremos referirnos a los *mitos indianistas*, que usted con tan buena letra fustiga en este mismo volumen. Hablar de semejantes tonterías, por lo menos en la Argentina, es como si a los hijos de egipcios que expenden sus baratijas en el mal llamado barrio de los turcos, se les antojase predicar la “vuelta a Tutankamón.” Nada tenemos que ver nosotros con aztecas, cholos, matacos o chiriguanos. Continuamos y defendemos la civilización cristiana de Occidente, formada por la integridad del hogar monogámico, por el respeto a la propiedad, por la abolición de castas y el predominio de los valores individuales; por el imperio del Derecho; por el ansia de descubrir las leyes que rigen los fenómenos que nos envuelven, deseosos de contribuir a que la futura humanidad que poblará las simples “expresiones geográficas” que usted ha visto en sus transatlánticas correrías, sea más perfecta, o, si usted quiere, menos infeliz que aquélla de la cual derivamos.

JORGE WEBER MONT.

CRÓNICA

CRITICA LITERARIA

The Taste of Honey. —Libro de apuntes de un lingüista, por *Edna Worthley Underwood*. Portland, Maine, 1930.

SE trata de un autor lleno de caridad y simpatía para con las obras que llegan a sus manos. Ninguno de estos dos sentimientos desaparece cuando las ha leído, a no ser que su ilustrada benevolencia deje en el silencio a las que ha devorado sin hallarlas dignas de su simpatía ni a la altura de sus caritativos sentimientos. Si hubiere libros inferiores a la bondad de la autora, deben de ser pocos. Leyendo sus apuntes bibliográficos, de extensión y variedad desconcertantes, nos viene a la memoria con insistencia inevitable el consejo de Julio Lemaitre a las personas amantes del arte y de la literatura. "Elargissons nos goûts", decía el gracioso cronista de las letras francesas en uno de los periodos más cautivadores de su florecimiento. En verdad ¿qué perderíamos si nuestro gusto se expandiese complacientemente aunque con varia intensidad desde las novelas de Alejandro Dumas, padre, hasta las formidables creaciones de la imaginación tolstoiana? ¿Por qué ha de ser un género de prevaricación, una suerte de pecado contra el espíritu santo, entretenerse lo mismo con *El dueño de las ferrerías* que con los cuentos de Maupassant o de Anton Chejof? La autora de este libro va más lejos aún que Lemaitre. El agudo y sonriente normaliano sólo aspiraba a divertirse con obras tan opuestas en apariencia como las novelas de Zola y las narraciones sentimentales de Octave Feuillet; pero la señorita Worthley Underwood halla por donde quiera el *Sabor a miel*. Así se llama su libro. Con una voluntad analítica irresistible, ella encuentra en José Asunción Silva, el poeta desesperado de las *Gotas amargas*, el gusto melífico en apariencia tan contrario al temperamento poético de aquella altiva personalidad. En el rebelde y punzante dolor del "Nocturno" que la señorita Underwood tradujo en inglés con adecuada reverencia (circunstancia a que alude con aire complacido), la comprensión amplísima de la traductora ha encontrado sin duda sabor al producto de las abejas cuando incluye la traducción en este curioso inventario de sus excursiones por los variados panales de la colmena literaria. Tiene la movilidad incesante de la abeja y tal vez conoce algunos de los secretos de este diligente y abnegado insecto que altera según el tiempo el sabor y la concentración de la miel para que no cristalice en el tiempo cálido y seco ni se revenga en los meses húmedos y fríos.

El libro de la señorita Underwood, a la manera de otros de su clase, apasiona inevitablemente; pero es imposible leerlo de seguida. Abierto por cualquier parte se apodera del lector por la ingenuidad palmaria de su contenido, por el aire de confesión que asumen las opiniones de la autora al hablar de obras y personas con las cuales se ha puesto en contacto espiritual por medio de los libros. Pero como no hay línea directiva y los gustos literarios de la autora son tan variados y tan extensos, el lector pierde fácilmente el hilo y pasa las páginas tratando de atraparlo nuevamente. Aunque no vuelva a encontrar la punta del ovillo da seguramente con otros asuntos que le interesan y torna a enfrascarse en la lectura con duplicado interés para volver a cerrarlo porque el sabor a miel se ha prolongado tal vez hasta lo indeseable.

La excursión de la distinguida lingüista por las literaturas del día, comprende casi todo el radio de las grandes lenguas culturales y de algunas otras que no merecen este título. Su curiosidad se pasea con donaire a través de las literaturas hispano-americanas desde Méjico a Buenos Aires. Señala a la admiración del lector escritores copiosos y multiformes como Gómez Carrillo y aquilata el mérito real de pensadores modestos y poco fecundos, pero de substancioso contenido como Pedro Emilio Coll. Ha¹¹ó, sin duda, grumos azucarados en el temperamento combativo de Blanco Fombona y en sus prevenciones orgánicas frente a ciertas formas y autores; lo cual no le impide, devolver con especial deleite la gracia frágil y evanescente de algunos cuentos en que difundió su fantasía de joven Alejandro Fernández García. Pero no es el continente americano la sola extensión del planeta por donde pasa en busca de flores cargadas de néctar su paladar insaciable. La Persia recóndita le ofrece los tesoros dulcísimos de Hafiz; China la exalta con la filosofía consoladora de sus sabios y poetas; Arabia la deslumbra, y no pudiendo acercarse a los japoneses al través de su inabordable idioma, busca en sus pintores contacto con ese límite fascinador del oriente. Nada humano le es extraño y aun lo humano, demasiado humano de Zaratustra cautiva con las inflexiones de una lengua nueva y vibrante como el arpa éolia la sensibilidad inexhausta de la gentil exploradora. Lo humano, lo demasiado humano, lo divino como en Goethe, lo diabólico en Carducci y aun lo inhumano en Pio Baroja y en alguno de los americanos ya nombrados la atraen con la misma fascinación incontrastable.

Son pocas sus repugnancias; pero adolece de ellas. No puede leer ni a Romain Rolland, ni a Claudel ni a O. Henry. De Mencken, el cosaco de las letras saxoamericanas hodiernas, se deshace diciendo que no es un artista sino un púgil. La comparación puede retorcerse, porque hay arte también en el pugilismo. ¿Quién no ha admirado la belleza de las actitudes y los movimientos de los boxeadores en un cinema retardado? Más duro es su juicio contra William Lyon Phelps, a quien clasifica como predatorio del arte y el más inestético de los pedantes. En contacto con Baroja, su sensibilidad de supercivilizada reacciona inteligentemente. De él dice que comparte todas las hostilidades. "Su naturaleza, añade, es fría, seca, dura. Es angosto, dogmático. Se mueve ágilmente en un círculo donde abundan las señales de la pobreza."

Hay un principio a que la autora se ciñe en toda la extensión de su libro y ese principio tiene grandes analogías con el sabio y humano consejo de Lemaitre, citado al principio de estas líneas. La señorita Underwood dice: "Está bien interesarse en todo, desde la historia de los alfileres hasta el color de las píldoras preferidas por los potentados, los pugilistas y los pedagogos", con excepción, como hemos visto, de las ideas de Romain Rolland, el estilo de Baroja, el misticismo de Claudel, y la estética de Mencken. Después de todo, no es miel sola el contenido de las literaturas en las diversas lenguas que conoce y disfruta con ánimo de señora y dueña la magnánima autora de *The Taste of Honey*.

B. SANIN CANO.

LETRAS ARGENTINAS

Versos simples, por *Rafael Jijena Sánchez*. B. A., 1931.

Estos son días en que la poesía, lo mismo que la música, escucha por momentos, como para descansar de su fatiga milenaria, la voz clara y simple del cancionero del pueblo, refrescando en él las sienas ardorosas de tanto rebuscar artificios. Rafael Jijena Sánchez, ya celebrado por su

libro *Achalay*, donde suena la voz de su tierra, está en esa corriente. *Verso simple* ha llamado su libro más reciente, en el cual recoge en un hacecillo humilde como ramito de flores silvestres, veinticinco composiciones breves, murmuradas al oído o cantadas a media voz. La lírica argentina se ata con ellas a la tradición de la poesía española más castiza, a la lírica popular que ya afloraba a fines del siglo XV en cancioneros y églogas, transfundiéndose en la lírica artística, y a la que atravesáronse al paso en el camino real, las formas y asuntos de la poesía italiana renacentista, obligando a aquélla a seguir por los atajos, si bien algunos tan anchos como el del teatro clásico. Es el villancico, es el romancillo, es el tema popular a veces tratado a lo divino como en Juan del Enzina, en fray Ambrosio Montesinos, en Gil Vicente, y más tarde en Lope, en Tirso, en Góngora o en los romanceros espirituales de Valdivielso y Ledesma.

Pero el significado y el sentimiento son, en Jijena Sánchez, de nuestra tierra, y sanamente realistas. Palabras y ritmos de canciones de niños festivas y saltarinas, aunque en los ojos haya alguna lágrima y en el corazón un asomo de melancolía o una diminuta pena.

El poeta ha encontrado su camino y marcha por él sin esfuerzo ninguno. Ya puede esperarse su anunciado *Cancionero*, con la confianza de que contendrá muchas páginas dulces y sabrosas.

R. F. G.

El Santo de la Higuera, por *Victoria Gucovsky*. Edición de **Nosotros**, Buenos Aires, 1930.

CON la publicación de *Don Segundo Sombra* parecía que el género titulado de literatura gauchesca había cerrado definitivamente su ciclo. Ya era imposible llegar más hondo en el alma del paisano. Pero el género sigue gustando y tiene sus prosélitos, en particular entre el elemento joven. Es lógico que tenga también sus sacerdotes. Por otra parte, la mina es rica. Todo estriba en encontrar una veta. Victoria Gucovsky ha encontrado esa veta en la provincia de Córdoba y la aprovecha.

Más que el título, *El Santo de la Higuera*, corresponde al libro el subtítulo, *Relatos*, pues en verdad aquél sólo pertenece al primer capítulo. Es cierto que la costumbre se ha generalizado, aquí y en España; pero eso no quita que sea una mala costumbre, como es malo todo lo que falsea la verdad.

La impresión general que se recibe al leer esta última obra de Victoria Gucovsky es un tanto decepcionante. De una mujer que escribe, se espera siempre algo femenino. Tal cosa no ocurre en *El Santo de la Higuera*. La mujer — la paisana — figura como un incidente accesorio. Prevalecen los motivos hombrunos. Hasta la forma es masculina. Si no conociéramos a la autora, nos sentiríamos inclinados a sospechar que anda por ahí la mano indirecta de un hombre, tan precisos son los términos, tan finas las observaciones y tan exactas las descripciones de escenas que se desarrollan particularmente entre hombres.

Hay algunas páginas realmente hermosas, como las dedicadas a describir el petitorio hecho a Santa Rosa para que haga llover. En general, notamos que Victoria Gucovsky cuando describe es superior a Victoria Gucovsky cuando narra. Sus descripciones están saturadas de emoción, de espontaneidad y de sutiles percepciones estéticas. En cambio, sus narraciones dan la idea de algo artificioso: exceso de refranes, modismos y dichos criollos que parecen haber sido acopiados de antemano. El hombre de campo moderno es bien distinto del que sale a relucir en los cuentos. Ya no estamos en la época de Martín Fierro. El paisano no abusa de los dichos. Sabe por instinto que una ocurrencia colocada oportunamente le vale más

que un chorro de frases hechas y más o menos conocidas y empleadas por todo el mundo. Sabe ser sobrio ganando en intensidad lo que pierde en extensión. Y si no que lo diga el ya citado *Don Segundo Sombra*.

Quizás el género literario que más le cuadra a Victoria Gucovsky sea precisamente el descriptivo. Con él se pierde en cantidad de lectores pero se gana en calidad. La prueba nos la suministra la misma autora. Los últimos tres capítulos — que ella intitula *Cuentos de la Ciudad* y que quizás convendría llamar *cuadros*, pues tienen más de realidad que de ficción — son los más bellos del libro. Ahí está toda la exquisita alma femenina de la autora, que desborda y se derrama sobre los niños nacidos en hogares proletarios. Ahí está toda la poesía de un alma que siente los dolores y las privaciones de los desheredados y hace lo que puede para aliviarlos con páginas que son sonrisas, caricias, besos y protestas. ¿Por qué no se especializa Victoria Gucovsky en ese género que parece ser tan suyo, que es tan delicadamente femenino y que en la obra figura encerrado en las últimas páginas como un apéndice o un relleno?

Dicho sea con todo el respeto que nos merece, sin la menor presunción de dar consejos y limitándonos a la modesta función de quien escribe una nota bibliográfica.

La autora destina el producto de la venta de este libro a la realización del cuarto punto del programa que se ha trazado la "Liga Pro Alfabetismo de Adultos", el cual se refiere a la acción cultural a desarrollar en los conventillos.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

Un muchacho cualquiera, por *Carlos M. Lastra*. Ed. El Inca, Buenos Aires, 1931.

"...es un muchacho cualquiera... uno de tantos, parecido a muchos de esta ciudad. No debe extrañarle una actitud que proviene de la falta de pasión, de voluntad, de firmeza. Estos ejemplares abundan: son una especie de sonámbulos, ambulan por el mundo sin intenciones buenas ni malas, incapaces de crear situaciones, de hacer un esfuerzo por el bien o por el mal, llenos de virtudes y defectos, profundamente egoístas, no van a ninguna parte y esperan que todo venga a ellos. Nadie podrá clasificarlos, les falta en absoluto personalidad y sus procedimientos no pueden regirse por ninguna norma. En fin, no tienen carácter, pero, éste es un fenómeno generalizado. Mire Vd. el panorama que presenta el país: no hay nadie que lo tenga y lo peor del caso es que el del individuo está de acuerdo con el de la colectividad. Quizá nuestro carácter nacional consista en no tener ninguno. Lo estamos construyendo como construimos todo..."

He aquí una página de singular acierto en la novela de Lastra. Ella da la clave de su personaje y muestra la intención del autor; explica el porqué de algunas cosas y revela el sentido de la novela.

Lástima que esto se lea en las últimas páginas. Mucho más se apreciarían las cualidades del libro si conociera uno este aserto del autor al leer todo lo demás. Aunque luego, gracias a esta penúltima página, se puede re-ver o recordar con interés tanta y tanta página que ha parecido vana o sin sentido.

En el personaje central nos presenta Lastra a uno de esos muchachos que luego define precisamente. Se echa de ver que entre los episodios de la vida de este muchacho y las características al final apuntadas hay una perfecta correspondencia. Fielmente sacados de la vida o inteligentemente imaginados y contruidos hay en Valdivia y su destino una realidad indiscutible. Su encumbramiento, sus andanzas en la política, sus amores, su manera de pensar y de situarse frente a las cosas y a los hechos, todo eso hace se-

guir Lastra al lector, de cerca, con trazos simples, a veces demasiado simples, y a ratos — sólo a ratos — con gran agilidad; en todo momento, con una elogiabile naturalidad.

A pesar de alguna página decididamente vacua, de algún episodio de borroso perfil o de alguna que otra inseguridad, hay que reconocer que Lastra tiene temperamento de novelista y que sabe construir. Hay que tener en cuenta también que *Un muchacho cualquiera* pinta un ambiente, estereotipa costumbres y tipos y los satiriza — todo ello muy felizmente — y esto podría deslucir, por la importancia que Lastra le da, la acción y el desarrollo de la novela propiamente dicha, como tal.

Pero en cambio presta valor al libro y constituye en el mismo lo más interesante por su actualidad, por la exactitud notable de las observaciones y por lo agudo de las punzadas, hechas en tono festivo o con siempre perceptible aunque fina ironía — entre líneas en muchas ocasiones —, con que el autor hiere, sin destruir, sin condenar, al medio y a los tipos en los hechos.

Agréguese a todo lo expuesto la bendición de un lenguaje llano, que hasta llega a ser periodístico, con diálogos ágilmente contruidos y afortunadamente entroncados y abundantes en expresiones típicas, que ilustran también el relato mismo del autor, y se llega a poder decir de *Un muchacho cualquiera* que auna a sus valores no habituales una amenidad honestamente lograda y que se trata de una obra muy apreciable.

VICTOR MAX WULLICH.

LETRAS HISPANO - AMERICANAS

Rubén Darío, su vida y su obra, por *Francisco Contreras*.

I. Francisco Contreras es un trabajador infatigable. Su pluma nunca está ociosa. Poeta, crítico, novelista, ensayista, su cultivado espíritu se manifiesta activamente en todas estas actividades, unas veces en castellano, otras en francés, produciendo con método y perseverancia.

En muy pocos meses ha lanzado tres volúmenes de crítica: *Rubén Darío, su vida y su obra*, de la colección "Los grandes escritores", trescientas nutridas páginas en las que Contreras, amigo íntimo y "admirador ferviente", — son sus palabras —, del atormentado autor de *Azul*, realiza amorosa y fielmente el acabado estudio que exigía la alta figura de Darío: *Valery Larbaud, son œuvre*, en las ediciones de *La Nouvelle Revue Critique*, del cual ya nos hemos ocupado en estas páginas, y *L'esprit de L'Amérique Espagnole*, publicado en la colección *Les essais critiques*, de la citada editorial francesa, que será objeto de otra nota nuestra.

Todo esto mientras prepara la impresión de *La Vallée qui rêve*, tercera novela de la serie que dedica a pintar la vida y tradiciones de la campaña chilena, comenzada con brillante éxito y firme pluma de colorista y costumbrista, y sin abandonar la sección de crítica de libros Hispano-Americanos en el *Mercure de France*, que desempeña hace veinte años.

II. La personalidad de Rubén Darío, tan multiforme, tan contradictoria a veces, llevada y traída por el vaivén de la fortuna o de sus debilidades, adquiere en el estudio de Contreras exacto valor y cumplida explicación.

Casi todas las grandes figuras literarias han sufrido periodos de inmersión en el olvido o el desdén, antes de consolidarse definitivamente en la historia, y aún hasta después de consolidadas. Claro está que el contrario de esas etapas descendentes de vaivén es el triunfo, la consagración, la apotheosis. Unas veces el movimiento se alarga; otras se contrae y torna acelerado su ritmo. No necesitamos decir que en nuestra época casi todas esas líneas de nivel, indicadoras del desenvolvimiento de la obra de quienes por

ella tuvieron o tienen especial significación, marcan el más accidentado, violento y rápido desarrollo.

Nadie como Rubén Darío, más por el oportunismo de su aparición en un ambiente ya predisuesto y caldeado que por la unidad de su obra, ha logrado en menos tiempo, para su nombre, el cénit en su curva vital.

Nadie, tampoco, como él, si exceptuamos Zola y Anatole France, se ha sumergido más rápidamente en el premeditado olvido de las generaciones posteriores. Olvido quiere decir influencia. La memoria actúa, pero el sentimiento rechaza.

Es profusa la obra consagrada al estudio de Rubén Darío, desde que *Azul* afirmara su renombre. Fué un ídolo durante su vida breve y accidentada. Sin embargo, hoy a los quince años de su muerte, ¿quién se vanagloria de ser discípulo de Darío? ¿Quién confiesa su entroncamiento en el bardo nicaraguense? El mismo Contreras señala este fenómeno.

No hablemos de hoy. Volvamos al día de su muerte. ¿Había entonces un rubendariano en la lengua castellana?... Ni el mismo Rubén ya lo era. Su perpétua evolución (¿evolución? ¿snobismo?) le había alejado inconmensurablemente del Rubén que más influencia logró alcanzar: "el Darío de las manos de marqués, de los pasteles a lo Watteau, del insustancial simbolismo servido a los lectores en palabras aladas" como ha dicho Goldberg.

El Darío *humano* de que Goldberg habla también, ¿volverá? Su obra de esta tendencia, depurada por la inmersión profunda de quince años, ¿marcará de nuevo la línea ascendente, despertando en el neófito catequizadoras ansiedades y ambiciones?

Es lo que nadie nos ha dicho hasta hoy. La falta de una afirmación rotunda, de una fe contagiosa, significa que todavía persiste la trayectoria descendente de la obra de Darío, la inmersión depuradora en el olvido o el desdén.

No hemos de ser nosotros quienes afirmemos la resurrección.

Ya escribíamos en estas mismas páginas: "Rubén Darío no fué, ni pudo ser el modernismo. Si su más vulgarizada expresión."

Y como no fué el modernismo, queda sólo Darío. El hombre y su obra.

III. En *Rubén Darío, su vida y su obra*, hallaréis estudiados prolija y detalladamente el artista, el hombre, los medios en que actuó, su obra, su influencia.

Veréis allí, realmente, al hombre y su obra. No compartimos muchas de las afirmaciones de Contreras, respecto a Darío. Pero reconocemos la dexteridad con que define sus convicciones, el método y la claridad con que las expone.

Dedica el preámbulo a historiar la gestación de su obra, reconviniendo de paso en él, con muchísima razón y justicia, a los escritores de nuestra América por su incurable desatención, de la que ellos mismos son las víctimas, pese a la soberbia india de que hacen gala. Al escribir Contreras "Todo lector desapasionado verá que he procedido con amplitud, que he obrado sin interés mezquino", no hace sino proclamar una gran verdad, que nos complace reconocer, aunque, repetimos, nuestra posición frente a Darío no sea tan efusiva como la de Contreras, con quien sin embargo, tenemos muchos puntos de contacto, al apreciar los orígenes y el desenvolvimiento de la cultura de Hispano América.

La introducción, historiando en síntesis acertada el desenvolvimiento de ésta, desde sus orígenes hasta la aparición de Darío, era conveniente para situarlo y avalarlo.

Vienen en seguida nueve capítulos consagrados a relatar la Vida de Rubén, desde sus mocedades hasta su muerte. Siguiéndolo paso a paso, analiza uno por uno todos sus movimientos y percibe como lo fueron trabajando al poeta los diferentes medios en que se halló, las lecturas y las

influencias varias, los viajes, el aire del largo y la atmósfera enrarecida de los paraísos artificiales que tanto le sedujeron. Las lagunas que el propio Darío dejó, involuntaria, o deliberadamente, en el relato de su vida publicado en *Caras y Caretas*, Contreras las llena con referencias de amigos o propios recuerdos e investigaciones.

Goldberg ha dicho que "la vida misma de Ruben Darío, prescindiendo por completo de los poemas que la florecieron, tiene todo el interés de una narración imaginada." Es exacta la apreciación del autor de *La literatura hispano-americana*, libro del cual hemos extraído las varias referencias que hacemos en este artículo. En la obra de Contreras, esa vida fielmente seguida pero descrita con la pluma de novelista que en él conocemos, adquiere interés apasionante. Los hechos, realizados por la destreza del relato, el sabor de la anécdota, la revelación de sus causas, atraen, subyugan y nos hunden en la lectura sin sentirlo.

No ha hecho Contreras una *Vida* a imagen y semejanza de las hoy tan en boga. Ha seguido la línea, sobriamente, de modelos clásicos y dignos.

Diez capítulos dedica, en seguida al estudio de la vasta labor de Darío, desde los poemas de infancia y adolescencia hasta sus trabajos póstumos.

Ya hemos dicho que no se distingue la obra de Darío por su unidad. El esfuerzo crítico, hecho de comprensión y de explicación, debe entonces multiplicarse para extraer de cada página cuanto pueda tener carácter de permanente o significativo. Contreras, habituado a tal labor, amigo, admirador y confidente de Darío, ha diseado con perspicacia el complicadísimo tejido que forma su dispar y compleja producción.

Claro está que al hacerlo como admirador, el espíritu crítico no se mantiene en terreno puramente objetivo, aunque con limitaciones, no lo bastante rígidas, pretenda aparentarlo. Esto es, desde nuestro punto de vista. Quien juzgue desde el de Contreras, hallarálo lleno de ecuanimidad, bella condición que, sin duda, posee el distinguido escritor chileno.

Tres capítulos contienen las conclusiones extraídas de la obra de Rubén por Contreras. Bastantes exactas. Algunas inaceptables. Aunque la letra afirmara, convengamos que muy a la ligera, ciertos sentimientos e ideales del poeta, el espíritu de esa misma letra los desmentía sin violento esfuerzo. Mucha dialéctica es necesaria para probar el americanismo de Rubén Darío. El tema es ya viejo para renovarlo. Citámoslo, al azar, entre otros que se abordan en las referidas conclusiones.

Tan falso es el americanismo que Contreras vé en la obra de Darío, como el *Darío humano* de Goldberg.

Todo era libresco en el autor de *Azul*. He ahí su gran pecado y su gran virtud.

Pecado para con su arte, que así fué frío, afectado, imitativo. Virtud porque contagié el deleite de la lectura, la inquietud del conocimiento a una caterva de gentes que ignoraban sapientísimamente todo lo bello que en el mundo ha sido escrito.

El papel de refinador que desempeñó Darío es su mayor mérito. Ahí nos encontramos todos, reconociendo su eficiencia. Darío fué el hombre que "un buen día, en un momento dado, dice las palabras que están en el cerebro y en el corazón de todos", como digimos en el número del vigésimo aniversario de Nosotros.

Contreras ha puesto en evidencia en su magnífica obra esta condición y otras muchas que él le atribuye. *Ruben Darío, su vida y su obra*, es un libro para los estudiosos, porque es polémico, y para los simples lectores porque es apasionado.

Donde hay polémica y pasión, es decir, donde hay vida, siempre concurrirá el interés de los hombres.

E. S. C.

ARTE

El simbolismo en la escultura medieval española, por Dom Ramiro de Pinedo, monje benedictino. Espasa-Calpe. 1930.

ALGUNA vez se quejó el Cardenal Pitra, a quien Pinedo sigue y cita, de que casi nunca los arqueólogos recordaran el papel predominante que en la escultura cristiana de todos los tiempos tuvo la simbólica tradicional. Este simbolismo, formulado en alguna interesantísima pieza de la antigüedad cristiana, como la *Clavis Melitoniae*, dominó en todas las expresiones plásticas dadas al Cristianismo, aunque con variaciones diversas. Y en efecto, se lo ha olvidado. Con razón el Cardenal Pitra esperaba que un día un sabio valiente, armado de todos los descubrimientos sagrados y profanos, demostrara que era la intención simbólica la que en realidad dominó la factura de toda la plástica cristiana, a través de tiempos y comarcas.

El deseo del Cardenal era pues justo. Dominar no quiere decir sino estar por encima de algo y esto implica la existencia de ese algo. Ese algo es el elemento plástico puro, el elemento profano, para usar la misma expresión del Cardenal, el cual no negaba su existencia ya que era la mitad de lo que el esperado sabio debía conocer con seriedad. Antes de decir nada de este libro, advertimos que su autor se olvida de este algo enigmático y que, aplicándose sólo a la búsqueda del oculto sentido de la decoración románica, olvida igualmente la aspiración del Cardenal, de que un día se justipreciara la proporción de ambos ingredientes.

Porque es evidente la coexistencia del elemento simbólico y el plástico. El simbolismo — a cuyo estudio se dedica Pinedo con asiduidad — es para él misterio, artificio para conseguir la reflexión, método didáctico. “No se podía llegar al corazón del pueblo sino haciendo entrar por sus ojos las verdades eternas y como los libros no estaban a su alcance, era necesario pintar en las telas y esculpir en las piedras las verdades cristianas.” Este simbolismo, elemental en un principio, se complica luego con la literatura exegética y poco a poco se va haciendo extraño al espíritu del creyente. Esta dificultad, que de seguro alcanzaba a gran parte de monjes, decidió a alguno de ellos, ya en el siglo II de nuestra era, a redactar una clave con que descifrar el misterio que toda representación plástica encerraba. Por medio de estas claves y por propia investigación, trata Pinedo de establecer la significación religiosa en la escultura de las más antiguas y venerables construcciones románicas españolas.

Pero ya en esta faz estilística — el románico — la mera explicación del significado simbólico, no satisface. Quizá haya sido la expresión simbólica el objeto inmediato, como lo fué sin duda en el primitivo arte cristiano. Pero el románico implica una enorme complejidad que no se puede desconocer, y reducir la obra plástica de esos siglos atormentados a sólo esquemas simbólicos, es negar toda vigencia artística a una modalidad — acaso la primera — de este vigoroso tronco cultural que empezaba a apuntar en Occidente. Si de todos los estilos hay que decir — como Worringer dice — que hay que pensarlos en función de ciertos supuestos psíquicos, del románico conviene decirlo doblemente porque su esencia y acaso su móvil también, es ante todo, una angustiosa y a veces trágica mudación de los supuestos psíquicos. El sudeuropeo del siglo X u XI, está frente a todas las crisis posibles, materiales, religiosas, sociales. Bajo su nombre étnico se esconden las más variadas influencias, las más distintas raíces raciales, y en su cultura están pesando elementos extraños que él quisiera asimilar y cuya asimilación sólo será cuestión de tiempo. Estos hombres profesaban un cristianismo en crisis también, paganizado

agudamente por momentos, y el solo hecho de que admitiera las representaciones plásticas venía advirtiendo de antiguo una íntima desviación. Pero esta crisis de los supuestos psíquicos no alcanza a los significados simbólicos, sujetos a normas inviolables. "Era la imagen exacta —dice Elie Faure de la plástica románica — de un catolicismo fijado, la autoridad de los concilios asentada sobre la roca." Esta crisis trasciende de esa representación, está en ella a pesar de ella misma. El versículo bíblico representado sobre la piedra no interesaba apenas, hasta se sabía que no podía ser alcanzado por el hombre medio ni aun quizá por muchos de los monjes. El escultor ponía entonces del versículo la letra según la exegética que le era familiar y dejaba filtrar a través de la aguda punta de su buril las prometedoras inquietudes de su edad. Los elogios que Pinedo hace a los escultores o a los inspiradores de tales obras, no son merecidos; la agudeza, la complejidad de los símbolos cristianos, era obra largamente trabajada por innumerables monjes y era sin duda conocimiento obligatorio de los monasterios. Reunir estos símbolos, estructurar con ellos un capital, era tarea sencilla si el artista se limitaba a dar forma plástica a las convenciones establecidas. Pero este papel didáctico tenía que haber perdido vigilancia, desde que los mismos monjes sabían de las dificultades de la interpretación. Pinedo no quiere interesarse sino en el mensaje cristiano de estas formas duras y pesadas, no admira sino la sabia composición. Del románico se le escapa la más bella virtud, la de ser expresión torturada, contenida de un florecimiento vital nuevo, que ni el amargo lamentar profético ni el silencio claustral pudieron apagar. Elie Faure define bellamente esta escultura: "Expresión frustrada pero ardiente, encuentro dramático del simbolismo cristiano en su más alta tensión y del realismo popular en su más inocente aurora. El pecho del mundo se dilataba con lentitud, en un esfuerzo irresistible que debía romper su armadura."

Pero es más incomprensible la omisión del monje silense si se piensa que el otro elemento, el elemento plástico, diríamos no es un elemento profano. Por el contrario esa nueva emoción que en él se descubre, esa nueva palpitación de vida que deja entrever, es en cierto modo religiosa también. Pero es de una distinta religiosidad, no la estricta de la Regla, colocada fuera del tiempo y del espacio, sino de una más viva, acaso menos pura, más elemental. Este sentimiento popular, este sentir-ambiente, estaba animado de temores y angustias, y acaso fuera esa misma inquietud la que llevó a los monasterios a esos hombres que debían luego modelar o dirigir la decoración cristiana. Quizá entonces pudieran contener su voluntad y sujetar su deseo ante la norma inflexible de la disciplina monacal; pero era imposible que se sustrajeran a la inquietud mundana, de cuya persecución huyeron: no podrían seguramente los claustros medievales acallar totalmente el eco turbulento del mundo, ese eco que atormentaba a los espíritus y de cuyo insistente son quisieron escapar; estaba en la conciencia de su tiempo y estos rígidos capiteles, de toscas figuras ingenuas, demuestran como tras la sujeción de toda voluntad plástica del artista se agitaba una convulsión de agonía y de temor. Era entonces dos elementos igualmente religiosos los que se entremezclaban en la obra artística. Era el elemento formal, suministrado por la Biblia y por los Santos Padres, y era la fruición popular, fruición de consuelo y de fe, fiebre de temor. Este último trascendía en la plástica románica a pesar del artista y por eso mismo debiera merecer preferente atención. Pero aun en el primero se encuentran raíces de este sentimiento libre del románico. El libro de Ramiro de Pinedo muestra con sospechosa frecuencia la abundancia de temas apocalípticos en la decoración, y aunque él resbala por sobre esta circunstancia, yo creo que en ella se encuentra gran parte

de lo que podría ser la comprobación de esta duplicidad en la raíz de este estilo.

Del siglo XI y aun de los años últimos del X, podría decirse sin hipérbole que fueron tiempos de Apocalipsis. Eran los alrededores del año mil — fecha del fatídico plazo de Juan el Teólogo. Europa se sumía en un caos irresoluble ante la crisis feudal, las invasiones islámicas, la agresión normanda. En España, el reino de León vió en los comienzos del siglo XI — entre 1003 y 1016 — sobrevenir juntas todas estas calamidades bajo el reinado de Alfonso V: destrucción de las ciudades por los hijos de Almanzor, correrías por el Miño de los normandos hasta destruir la ciudad de Tuy, rebelión de los vasallos del rey. Pocos años antes destruyó Almanzor nada menos que la catedral de Santiago, máximo santuario cristiano, y la ola semita parecía destinada a anular los reinos cristianos. El régimen social se volvía cada vez más inestable y las clases populares llegaron a encontrarse en un absoluto desamparo, libradas al más desconsolador azar; son los tiempos de los grandes pánicos religiosos, de las grandes crisis de temor. Fueron estos años de asidua lectura del Apocalipsis: era seguramente una obsesión esta angustiosa profecía. Menéndez Pidal dice que en las bibliotecas de palacios, monasterios y catedrales, donde los libros no eran excesivos, abundaban los códices de los Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana, obra ésta la más popular y leída de su tiempo. Las más famosas miniaturas, las primeras y más abundantes en España, fueron las que ilustraban pasajes del Apocalipsis, no sólo del originario libro de Juan, sino también del Comentario del monje de Liébana. No es pues un producto exótico la decoración apocalíptica del Pórtico de la Gloria de la Catedral de Santiago, ni la de los capiteles y arcos del vetusto y glorioso monasterio de Silos.

Es necesario ver en ellos una causa común; la sola preferencia por los temas de pesadilla que adornan los templos y monasterios románicos, debiera indicar al observador una agitación casi incompatible con la presunta paz monacal. Pero ni aun eso. No sólo los temas amargamente proféticos no han podido sustraerse a la influencia del medio sobrecogido por la desesperante convicción de su desamparo; aun los que eran simples motivos decorativos se los ve acentuados por una impresionante sensación de realidad. Ramiro de Pinedo muestra abundantes fotografías de estas decoraciones y hay entre ellas muchas que afirman este peso actual, contemporáneo, lleno de la angustia del momento; hay una liebre perseguida por un perro, otras, huientes, mordidas y apresadas por unos halcones, un ángel de flamígera espada arrojando a Adán al dolor de la tierra. En todas ellas se encuentra algo que trasciende del rebuscado y difícil significado simbólico. Hay un elemento actual, que el artista vivía, y que no podía menos de dejarse filtrar en las piedras esculpidas. Estas, sin embargo, que solo aludían a símbolos aislados — halcones y liebres por ejemplo, significaban demonios y pecadores — sólo accidentalmente muestran lo que sobre el alma del artista pesaba al construir sus rigurosas ecuaciones simbólicas. Aquellas apocalípticas en cambio, muestran en toda su intensidad el matiz rico en emoción, en obsesión casi.

Acaso la dedicación que ha tenido que poner en descubrir la abstrusa significación de los símbolos, o quizá la frecuencia de su contacto con ellos, hayan impedido que el autor de este meritorio trabajo haya alcanzado el sentido contemporáneo de los motivos apocalípticos. Es evidente sin embargo. La observación exterior él la ha hecho, ya que dos capítulos del libro — Las langostas del Apocalipsis y La puerta de las Virgenes — los dedica a describir motivos de esa índole, singularmente exacerbados. El autor no puede dejar de saber que fué precisamente el convento de Silos — al cual pertenecen las decoraciones estudiadas — uno de los más activos en la producción de libros decorados y es sabida la devoción y

frecuencia con que los decoradores se entregaban a la tarea de componer miniaturas que ilustraran los famosos Beatus españoles y en especial los Comentarios al Apocalipsis del Beato de Liébana. Esta obra, una de las que se tiene mayor número de códices, estaba ilustrada página a página con complicadas composiciones que trataban de interpretar las alucinadas fantasías de Juan el Teólogo. Ramiro de Pinedo conoce estas circunstancias -- fáciles de advertir en cualquier historia del arte -- porque en los comienzos de su libro nos da una fotografía de un Beatus español; en ella se encuentra representado aquel versículo del Apocalipsis que comienza: "Después ví otra bestia que subía..." (XIII, 11). Unos renglones más arriba hace, por otra parte, afirmaciones que nos obligan a pensar que conoce -- cosa nada extraña -- otros muchos códices de la época igualmente ilustrados. Pero al autor tales observaciones sólo le sirven para afirmar su fe en la clave melitonia -- de la que admira las formas plásticas que ha sabido inspirar -- y la fidelidad con que ha sido seguida la fórmula canónica. Como ideas de carácter general sólo le importa la prioridad de España en cuanto a la creación de la escultura medieval cristiana, teoría del autor hoy compartida por muchos estudiosos, Kingsley Porter entre ellos. En cuanto al valor plástico puro, como expresión más o menos auténtica de una inquietud vital, él lo niega afirmando a cada paso la profunda sabiduría de los monjes que inspiraron tan cumplidas composiciones, esto es, composiciones tan rigurosamente sometidas al Corpus de convenciones simbólicas.

Frente a estos antecedentes, lógico es pensar que el autor no ha sabido ver la significación histórica de esta plástica románica. El sabe -- no puede por menos un monje de Silos -- la tradicional historia del monasterio; Gonzalo de Berceo cuenta su estado deplorable cuando el rey Fernando I^o lo puso en manos de Domingo Abad:

Todos lo entendemos, cosa es conocida,
La iglesia de Silos como es decaída,
Fazienda tan granada en tanto empobrida
Abes pueden tres monges aver en ella vida.

Pero las cosas cambiaron cuando el futuro gran santo se hizo cargo de la vetusta casa. No sólo reformó la vida monástica, sino que reparó y agrandó el edificio, construyendo entre otras cosas la magnífica puerta de las Vírgenes a que nos referimos antes. Todo esto sucedía hacia la primera mitad del siglo XI, cuando sobre las desgracias e infortunios levemente apuntados, se desencadenaba la fratricida lucha de Fernando y García, los dos hijos de Sancho el Mayor de Navarra. Domingo de Silos había intentado vanamente llevar la concordia a las dos ambiciones que se encontraban; era pues un hombre que sabía de la inquietud del mundo, de la angustia aterradora del siglo. El claustro no fué para él olvido absoluto del dolor humano, y sobre estos nuevos capiteles y sobre estos arcos vacíos, quiso él plasmar, no una dulce leyenda evangélica -- acaso lo más lógico -- sino esta dura y agobiadora profecía: "Y cuando los mil años fueren cumplidos, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá para engañar las naciones que están sobre los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog..." Son los versículos más dramáticos del Apocalipsis, los más efectivos, los que dicen más concretamente todo el amargo fin del desquicio y del caos humano. Estas palabras no se hicieron populares, como cree Pinedo, por haberse plasmado en la puerta del monasterio; esas palabras pertenecían de antiguo al pueblo, que sentía en ellas concretarse todo el vago temor popular ante el desamparo y la amenaza. Pertenecían al pueblo y son su eco remoto, acallado y ensombrecido por claustros y por tapias.

La puerta de las Virgenes representa esos cuatro versículos del Apocalipsis (7-I del XX) en que se da una imagen concreta del desgraciado fin del mundo. Quizá haya sido esto la principal razón de la preferencia del hombre de la alta edad media por la sorda profecía de Juan. Las catástrofes que lo angustiaban eran de orden material, y toda desgracia la concebía como devastación de la tierra o como tormento corporal. Este es también en cierto modo el carácter de los tormentos que a los malos augura el profeta y se explica que una imaginación exacerbada pudiera relacionar las catástrofes del Apocalipsis, con sus guerras y sus ejércitos, sus lagos de fuego y sus espadas vengadoras, con la fiebre guerrera de este periodo de crisis, largo conflicto de ambiciones. Era muy turbulento el eco del mundo para que pudieran escucharse las mansas palabras de Pablo, cuando pedía a los de Corinto que esperaran la llegada del Señor, "el cual también aclarará lo oculto de las tinieblas y manifestará los intentos de los corazones; entonces cada uno tendrá de Dios la alabanza." No eran los intentos de los corazones lo que el perseguido hombre medieval podía tomar en cuenta; eran los actos de unas voluntades indomables, sólo sujetas al más trágico azar. Eran voluntades que sólo podían ser maléficas para el desamparado artesano o para el trabajador de los campos; eran voluntades de destrucción, de saqueo, de muerte acaso. Tras esta efectiva perspectiva, claro es que hallaran eco en las masas populares las siniestras palabras del profeta, y que sólo ese aspecto vengador de Dios se hiciera carne en los espíritus, haciendo olvidar las más evangélicas palabras, las más serenas, las palabras de paz de Jesús o de Pablo. Esta conformidad del Apocalipsis con el momento social del siglo XI, justifica y explica la preferencia por tales temas de la decoración románica. Ramiro de Pinedo quizá haya contemplado esta posibilidad y haya querido olvidarla en mérito a esas otras virtudes internas que tanto le admiran. Al estudio de ellas se dedica este libro con minuciosidad ejemplar y si sólo eso es lo que se proponía, digamos que cumplió con éxito su propósito. Pero en la falta de perspectiva con que ha enfocado el estilo, yo no puedo por menos de ver una miopía, casi una ceguera, que le hace invertir los términos en que el asunto debe plantearse.

JOSÉ LUIS ROMERO.

TRADUCCIONES

Judíos sin dinero, por *Michel Gold*. Trad. del inglés por Márgara Ville-gas. Editorial Cenit, Madrid, 1930.

EL tipo de judío avaro y usurero tal como nos lo pintara Shakespeare en su *Mercader de Venecia* es el más divulgado en la literatura universal y el más arraigado en la imaginación popular. En realidad la sola palabra "judío" siempre viene asociada a nuestra mente con la figura de algún Shylock.

Fué Israel Zangwill quien dió a conocer a los otros judíos, a los que no son ni avaros, ni usureros, ni ricos; a los que sufren, callan y esperan... ¿qué esperan?... ni ellos mismos lo saben ya. *Los hijos del gheto* es la novela de tema judío más universalmente conocida. Esto no significa, empero, que no haya habido escritores judíos que han sabido profundizar más que Zangwill en el alma del gheto. Peretz ha desdeñado la parte casi puramente pintoresca en que se aferra aquél, para darnos la nota lírica, dolorosa. Asch sintió y tradujo en violentas aguasfuertes la parte trágica, angustiosa. Y Seforim, Frug, Aleikhem, Berkovitch y muchos otros que sería largo enumerar, nos dieron su visión personal, con fre-

cuencia más sentida aunque menos popular que la que nos dió Zangwill.

Michael Gold en *Judíos sin dinero* nos describe sus recuerdos de infancia en el ghetto de Nueva York, de calles repugnantes, sórdidas, llenas de miseria, basura, chinches, piojos, ladrones, prostitutas, rufianes, golfos y gatos sarnosos. En una palabra, un ghetto americano que nada tiene que envidiar, en lo que a miseria se refiere, al más repugnante ghetto polaco.

Gold no es un artista refinado como Peretz, ni un novelista culto, como Zangwill, pero ha sabido narrarnos sin abusar de la retórica y evadiendo toda sensiblería, pero en forma sencilla y sentida — sentida y vivida — los recuerdos de su lejana infancia de pobre judío americano. Nos ha dicho que no todos los judíos de Norte América son banqueros, fabricantes de automóviles o directores de empresas cinematográficas; nos ha hecho conocer un barrio de los más miserables de Nueva York — del mundo — en el cual viven, amontonados, un millón de judíos pobres.

M. LLINÁS VILANOVA.

FILOSOFIA

La filosofía y las teorías científicas. — La razón y lo irracional, por León Dujovne. B. A., Imprenta de la Universidad. 1930.

LA ciencia, que tantas cosas explica, no puede explicarse a sí misma. De ahí una teoría que llena esta función: la epistemología. Del desarrollo de esta disciplina — desde Comte hasta Meyerson — se ocupa el libro del señor León Dujovne.

Desde Comte — quien renuncia a conocer la esencia del objeto — hasta Vaihinger — para quien la explicación científica se basa en ficciones aceptadas como realidades — las distintas teorías conciben a la ciencia como descripción de fenómenos. Dos características dominan en esas teorías: pragmatismo, que se define en la obra de W. James e idealismo, cuyo mejor exponente es la obra de Mach.

Sostiene Meyerson la existencia de un mundo exterior, contra el idealismo que la niega. A este mundo exterior le impone la ciencia causalidad y legalidad.

El análisis histórico de la ciencia muestra el predominio de la explicación mecánica, explicación hecha en virtud de la materia y el movimiento. El espacio es atributo de la materia; en función del espacio se explica el movimiento.

Por otra parte, la causalidad termina identificando antecedente y consecuente; negación, pues, del cambio; anulación del tiempo.

Aniquilados espacio y tiempo, la ciencia destruye la realidad que empezó por afirmar.

Pero la realidad es irracional; prueba de ello, el teorema de Carnot y la naturaleza misma de la sensación. Para Meyerson los irracionales pueden concebirse como finalistas.

No encuentra la ciencia ayuda en la filosofía, pues no se apoya en una metafísica, sino en muchas sucesivamente desde la ontología del sentido común, hasta el idealismo matemático.

La conclusión de este trabajo no podía ser otra — y así lo ha entendido el autor — que la comparación entre las dos tendencias epistemológicas: realismo de Meyerson e idealismo de Mach. Ambas tendrían su punto de unión en la filosofía de Bergson, quien comparte con Mach el pragmatismo científico, y con Meyerson la afirmación del principio de causalidad.

En último término, la oposición antes citada puede reducirse a la de

ser y devenir. Tal es en síntesis el trabajo del señor Dujovne, muy oportuno en nuestro tiempo en que la filosofía vuelve a tomar su puesto de primera fila como especulación abstracta y como crítica de la ciencia.

Partidario de Bergson y de Meyerson, el autor del libro que nos ocupa, no pierde ocasión de mostrar las contradicciones en que incurre Mach. No obstante podría preguntársele a Meyerson: ¿porqué afirmar la realidad de un mundo exterior, si él mismo nos dice que el origen de esa afirmación está en la sensación, cuya naturaleza íntima es inexplicable?

Es que hay otra relación entre Meyerson y Bergson, implícita en una afirmación de aquél.

Dice el epistemólogo francés: "Tenemos un conjunto de sensaciones; sabemos que pueden volver, y *mientras* no lo tenemos lo ubicamos en un mundo exterior, en un no-yo."

La palabra *mientras* lleva en sí la afirmación de una "duración."

Repárese en que sin ese *mientras* no tendríamos para qué ubicar el grupo de sensaciones en un no-yo.

Quizás sea la duración, el único argumento válido contra el idealismo.

Si hubiera que hacer algún reparo al libro del señor Dujovne sería a su prosa un poco influida por Ortega y Gasset. Así lo declaran muchas de sus expresiones, sobre todo en la adjetivación. Es indiscutible que el elegante pensador español puede ser nuestro maestro. Pero el maestro ha de ser el punto de partida y no el de llegada.

Algunas metáforas son rebuscadas: "el poderoso reactivo de su análisis (p. 81)"; otras son impropias, por ejemplo: "destila las teorías científicas" (p. 81), "destila los elementos cardinales del einstenismo" (página 139). El procedimiento de unir en una metáfora elementos muy distantes, puede resultar original, pero no siempre de buen gusto. Así dice Dujovne que "la ciencia es un esfuerzo heroico y desesperado de la razón..." y atribuye heroísmo y desesperación, afectos humanos, a cosa tan abstracta como la razón.

No debe parecer excesiva esta crítica al estilo, pues el mal que señala no es de uno sino de muchos. Además la retórica sobra en un libro que habla de ciencia y de filosofía.

C. SAÚL VILLAR.

CRONICA MUSICAL

Colón.

CON la estupenda ópera *Los maestros cantores* de Ricardo Wagner, se inició la temporada oficial del Teatro Colón. No nos detendremos a analizar las muchas bellezas que encierra esta inmortal partitura que tiene el único defecto de ser excesiva en sus proporciones formales. Una obra de tan alta inspiración requiere un conjunto de elementos y de intérpretes de primer orden para poder ser apreciada en la integridad de su magnificencia lírica.

La versión ofrecida este año no es, a nuestro juicio, de las mejores: ni el director Klemperer — tal vez emocionado por presentarse ante un público nuevo para él — estuvo siempre a la altura de su misión, ni los cantantes — actores sobrios y eficaces — convencieron mayormente con sus voces más o menos agradables, pero de escaso volumen y de escuela, en general, no del todo grata a oídos latinos. Justo es consignar que el final del segundo acto y el segundo cuadro del tercero, adquirieron todo el brillo y esplendor requeridos: el maestro Klemperer tuvo en dichos momentos magníficos aciertos de dirección que culminaron en el grandioso final y que hacen esperar que la fama con que viene precedido sea plenamente justificada en

sus próximas direcciones; el coro perfectamente disciplinado, cantó admirablemente y además actuó con notable desenvoltura escénica.

Asociación Sinfónica.

Los últimos conciertos ofrecidos por la Asociación Sinfónica, constituyeron una nota de gran interés artístico en nuestro ambiente musical.

La primera audición de un poema sinfónico *Los Incas*, dirigido por su propio autor, Alfredo Schiuma, confirmó que este maestro es uno de los reales valores de nuestra literatura musical, no muy rica aún en obras de valer, pero que día a día ofrece más jugosos y sazonados frutos de inspiración. Schiuma tomó para crear este brillante poema, algunos temas del del folklore americano, pero supo extraerlos con habilidad en forma tal, que la sustancia prestada a su inspiración, al pasar por su pluma de artista claro y elegante, húmeda con la tinta de su lirismo interior, casi se le convirtió en sustancia propia e hizo perdonable alguna que otra reminiscencia wagneriana que en música de carácter tan opuesto es inconcebible.

Canto de Navidad de Juan Carlos Paz, es un trozo lírico puramente cerebral, hueco de inspiración y que no aporta técnicamente nada digno de ser tenido en cuenta.

La dirección de Juan José Castro que parece definir día a día una poco común personalidad de artista que maneja la batuta con autoridad y elocuencia, contribuyó para que gustáramos una página musical tan compleja e interesante como *Consagración de la primavera* de Strawinsky, de un enorme valor técnico constructivo.

Todas las demás obras que integraron los movidos programas, y muy especialmente las modernas, fueron vertidas por Castro con segura batuta y flexibilidad espiritual. Digno de mención el joven concertista de violín Pedro Napolitano en el conocido Concierto de Mendelshon que supo interpretar con cuidado virtuosísimo y noble expresividad.

Conciertos.

En la Asociación Filarmónica Argentina, el pianista y compositor Evaristo Escobio con el concurso de la cantante de cámara Eudoxia Tumakova, dió a conocer algunas canciones de carácter folklórico de que es autor.

Ninguna de ellas se distingue ni por la novedad formal ni por la riqueza del contenido, pero casi todas agradan por la sencillez de su línea melódica y los fáciles dibujos armónicos de los acompañamientos.

Cantadas por Eudoxia Tumakova con la expresión que requerian, no es de extrañar que, con las cualidades apuntadas, hubieran de repetirse a instancias del público, algunas de ellas. Recordamos *Historia de una flor*, de un delicado sentimentalismo; *Dulce amargura*; *Suspiritos* y algunas más.

—Muy interesante resultó el concierto que ofreció la Asociación Cultural "Diapasón", el 6 de mayo, destinado a recordar arias y canciones clásicas italianas del siglo XVI.

¡Bella música ésta, de una frescura y espontaneidad encantadoras, de un lirismo delicado y sutil, de una inspiración sana y luminosa, música que fluye del corazón en un generoso impulso de arte y de belleza!

Irene Sangüesa, acompañada al piano por su profesor Rafael Terragnolo, cantó con una técnica vocal algo insegura y con discreta expresión algunas arias, entre las que mencionaremos *Amarilli* de Cacini y *Sento nel core* de Alejandro Scarlatti. Luego el coro de esta asociación, bajo la batuta sabia y dúctil de Rafael Terragnolo, cantó con perfecto ajuste, madrigales y canciones a dos, tres y cuatro voces.

—Dirigido por el maestro Schiuma celebróse en el Odeón un concierto matinal, con el concurso de la pianista argentina Celia Fasce que fué una intérprete correctísima del *Concierto en mi menor* de Beethoven para piano y orquesta. El resto del programa, integrado por obras conocidas, fué interpretado con justeza.

—Una hermosa promesa artística, que no ha de tardar en convertirse en una vigorosa realidad, se ha revelado el joven pianista argentino Raj-covich, quien se presentó por primera vez en público en el Círculo Cultural ruso-israelita, interpretando con buenos medios técnicos y comunicativa emoción, la sonata *Claro de luna* de Beethoven, y con brío y empuje la difícil *polonesa Op. 53* de Chopin.

Eugenio Isaye.

Ha fallecido en Bruselas uno de los más famosos violinistas: Eugenio Isaye. En Bélgica su personalidad artística era unánimemente admirada. En él valían por igual el profesor — que sabía elegir elementos artísticos y adiestrarlos a la perfección — y el concertista de su instrumento.

Memorables fueron los éxitos de los conciertos de este extraordinario intérprete, nacido en Lieja en 1858, éxitos que durante muchos años ocuparon la crónica mundial. Se recuerda aún en toda Europa la cruzada artística que realizó con el célebre pianista Raúl Pugno, interpretando la bellísima Sonata de César Frank, que éste le había dedicado.

Desde hace algunos años había abandonado definitivamente los conciertos. El arte del sonido pierde con él un intérprete genial y un maestro y animador de difícil sustitución.

Músicos argentinos en París.

Tres conocidos músicos compatriotas nuestros han obtenido en París un gran éxito de crítica. Se trata del fecundo y prestigioso compositor Alberto Williams, del fino y sobrio músico José André y del notable violinista Remo Bolognini. Juicios muy expresivos hemos leído a propósito de ellos. He aquí algo de lo que dice Pierre Lucas con respecto al primero de los nombrados, refiriéndose a la 3ª Sonata del mismo para piano y violín: La obra de Williams es robusta en su arquitectura; el primer movimiento está construido a la manera clásica; el segundo encierra dentro de la misma envoltura el *scherzo* y el *adagio*; el tercero está construido sobre tres temas de los cuales uno pertenece al folklore argentino y también los otros dos, aunque de una manera menos directa. El autor los ha tratado a su manera y conservan un perfume exótico que tocó profundamente al auditorio.

Dice, luego, refiriéndose a José André: *Las Impresiones porteñas* están vinculadas al arte impresionista: se trata, en efecto, de una serie de delicados toques que expresan a maravilla el plan de su autor. La orquestación de estos tres pequeños cuadros es muy linda: toma todas las tonalidades de una rica paleta, el color es cálido, los ritmos se suceden sin choques entre sí, no obstante su divergencia. El compositor merece el éxito que le ha dispensado el público. Y dice, finalmente, hablando de Bolognini: Este gran virtuoso es un maestro: ha causado aquí gran impresión por la manera magistral con que interpretó la sonata para violín solo de Isaye, que fué su último maestro. Bolognini se encuentra en posesión de una técnica espléndida, de una sonoridad cálida y de un estilo perfecto.

MAYORINO FERRARÍA.

IDEAS SOBRE LA NOVÍSIMA GENERACION ARGENTINA

ARTURO Cambours Ocampo nos pide la publicación de las siguientes observaciones sobre la función de la novísima generación, que le han sido sugeridas por el artículo de Honorio Barbieri, Cambio de ideas sobre la inteligencia argentina, aparecido en el número de Nosotros de febrero.

A propósito de la filosofía pacífica — que yo adjudico a los escritores de mi edad — han aparecido algunos jóvenes alarmados, que con opiniones acertadas, afirman que es vana mi “acusación” de pacifismo.

No sé si Ortega y Gasset, al hablar de las generaciones beligerantes y pacíficas, trataba de hacerlo en el sentido integral, abarcando todas las actividades; por mi parte, si adopté la fórmula del filósofo hispano, fué para limitarme dentro del terreno puramente estético — véase que no digo literario — y para explicar una situación local, un fenómeno nuestro; desconectando por un momento a la novísima generación del enchufe mundial. Nuestra filosofía estética debe ser pacifista. No podríamos llegar nunca, por dignidad y no por falta de condiciones, a sobrepasar las incomprendibles veleidades literarias de Leopoldo Marechal, ni a escribir “pornogramas” con tanta destreza como Nicolás Olivari; pero tampoco, podríamos volver a los jardines con lunas eternas ni a los lagos surcados por garzas morenas. Es decir, que nuestra generación debe ser de equilibrio, de trabajo serio y metódico — no por comodidad — sino porque conociendo los extremos está curada de espanto.

Alguien lo ha dicho: “Estos jóvenes han visto tanta pirueta, tanta fachenda, tanto revolucionario feroz en las candilejas que ya no hay papel original para ellos”.

Yo creo que la originalidad de la novísima generación, está precisamente en la conciliación estética de sus representantes. Originalidad, sin duda, que ha de dar a nuestra literatura una estabilidad artística, que no supieron o no pudieron dar las generaciones anteriores.

Honorio Barbieri ha dicho: “Más que el de acriminar a las generaciones pasadas, tenemos el deber de irritarnos con los jóvenes intelectuales argentinos que se desentienden de los problemas políticos de su tiempo.” Y después de citar a Berl y recordando posiblemente un artículo mío publicado no hace mucho en una revista bibliográfica, argumenta con un poco de precipitación: “De cualquier modo, da lástima ver muchachos que tienen a flor de labio la palabra conciliación o procuran adeptos para una suerte de pacifismo literario.”

Como se ve, Barbieri ha confundido el significado pacífico — dentro del terreno estético — de la novísima generación, con el pacifismo político, tan difundido en nuestro país de burgueses comerciantes, donde se ha formado una escuela de profesionales de la política con todas sus perniciosas ramificaciones. Porque ésta es la oportunidad de repetir con Waldo Frank, que la política como tema creador parece haber sido anulada por nuestros antepasados, quienes, en su deseo de proteger los grupos de minoría, les han quitado toda franquia eventual, colocando el poder en manos de la mayoría regida — naturalmente — por demagogos y pandillas.

No quisiera anticiparme, pero casi podría asegurar que los intelectuales de mi edad no viven ajenos al desenvolvimiento político-social del mundo y saben que las fuerzas intelectuales de la burguesía, desde los católicos neo-tomistas hasta los diletantes estéticos del escepticismo y el libre pensamiento, deben ser combatidos en sus errores, pero, con prudencia, con serenidad.

El malogrado Mariátegui nos recordó una vez, con la precisión y la valentía que le eran características, que los rótulos “vanguardia”, “izquierda”, “renovación”, fueron buenos y nuevos en su hora, y que las nuevas genera-

ciones serían efectivamente nuevas en la medida que supieran serlo, al fin, adultas, creadoras.

Es necesario, entonces, no desviarse del camino de trabajo trazado, pues, como lo ha dicho Herbert Croly, la creación — y en nuestro ambiente, creación es sinónimo de trabajo — en un mundo moribundo es revolución.

No hay que irritarse porque los jóvenes intelectuales argentinos no intervengan en la política local; por el contrario, hay que alabar el buen tino y reconocer que no es justo llamar traición a un simple deseo de higiene espiritual.

Quiero puntualizar por último, otro rasgo esencial de la novísima generación: la intervención de un grupo de universitarios en los problemas intelectuales.

Nuestro país, de almaceneros enriquecidos y de inmigrantes analfabetos, ha creado alrededor de la palabra "intelectual" una especie de leyenda nada halagadora.

Para el pueblo, el "intelectual", es el melenudo alimentado a café con leche; el periodista barullero, que comienza citando a Oscar Wilde y termina escribiendo letras para tangos; el frecuentador de "peñas", que desde una mesa de café "habla de lo divino y de lo no divino".

La salvación de la palabra "intelectual", está en manos de la novísima generación, que hará desaparecer "al hombre que sabe cosas aisladamente y arbitrariamente", para que surja "el hombre que sabe por disciplina y por vocación."

ARTURO CAMBOURS OCAMPO.

TRIBUNA LIBRE

Rosario de Santa Fé, abril 5 de 1931.

Sr. Director de NOSOTROS, don Alfredo A. Bianchi.

Mi distinguido amigo: En el Nº 262 de su importante revista, el Señor Arturo Montesano Delchi hace la crítica de mi novela *Equis*, poniendo un raro empeño en querer destacar algunas cuestiones extrañas al asunto de mi libro, amén de un interpretación tendenciosa de carácter netamente teosófico. Empieza por reeditar la discusión ya algo gastada de la originalidad de Jesús, diciendo que "el Cristianismo convertido en religión por los discípulos y herederos de Jesús, es pseudo-cristianismo." Agrega para defender tesis semejante que el Maestro de las parábolas "fué iniciado por los Esenios en los Misterios Mayores greco-siro-caldaicos y por autodisciplina llegó a la Teurgia, o sea al estado de Cristo." Todo esto para decir que mi novela es de "fondo cristiano, mejor dicho, pseudo-cristiano."

Ciertamente que no pensamos lo mismo en este asunto. Considero paralogística la posición intelectual del Sr. Montesano, o muy fragmentaria su visión crítica del mundo de la realidad auténtica e histórica del Cristo del Evangelio. El "cuento" de la iniciación de Jesús en la escuela de los Esenios es algo que sólo puede ser aceptado por los que siguen leyendo con devoción "la vida de Iezeus Christna" (*La Biblia en la India*) de L. Jacolliot, y algunos otros libros en que se encarnan direcciones espirituales de misticismo monástico o de influencia netamente budista. Yo, por mi parte, he resuelto hasta aquí, quedarme con Cristo de Galilea y no con Buda, ni Helena Blavatzky, ni Annie Besant, ni N. Leadbeater, ni Jinarajadasa, ni con Steiner. Me siento más feliz, más consolado, leyendo los sencillos versículos de los Evangelios, que con el muy excelente *Catecismo budista de Subhadra Bhikushu*, la *Filosofía Yogi de Ramacharaka*, *El Evangelio de Ramakrishna* y el famoso mensaje de Krishnamurti que nos hizo conocer por estos pagos su discípulo Jinarajadasa.

En cuanto al problema del valor testimonial o documental de los Evangelios sinópticos y de San Juan es cuestión de otra naturaleza. Pero, la imaginación oriental del Sr. Montesano, que ha presentado la figura de Krishnamurti como la del "Hombre-Héroe-Dios que comienza en Rienzi y culmina en Parsifal" (v. *Nosotros*, Nos. 258-59) ha querido admitir la novela de un Jesús que no es el auténtico fundador del Cristianismo. Ha olvidado que "la sola fuente histórica de los orígenes del Cristianismo, el único *Corpus* documentario es el Nuevo Testamento"; y que este N. T. "es la piedra angular sobre que se ha levantado el multiforme edificio del Cristianismo histórico, y que en el estudio directo de esta fuente, debe hallarse, completa o en germen, la solución a todo problema referente a la acción cristiana en el mundo; y todo lo que no sea resultado de dicho estudio carecerá, *a fortiori*, de cualquier valor científico" (v. Clemente Ricci: *La documentación de los orígenes del Cristianismo*, pág. 2). Esta es mi posición crítica frente a la que me opone el culto escritor Montesano Delchi, que sigue, de acuerdo con su concepción teosófica del mundo de la vida, afirmando como superior la ley del Karma o Némesis, contra la ley de la Gracia del fundador del Cristianismo.

He conversado con dos hombres que conocieron personalmente a Krishnamurti y hablaron con él (el Dr. Juan Alvarez y Mr. Stanley Jones). De la conversación tenida con estos dos escritores sobre tal conocimiento, he recibido la impresión de que es preferible en todo sentido "seguir a Jesús" y no al predilecto de A. Besant. Y si esa impresión ha de ser robustecida con otros elementos de juicio, me basta el hermoso estudio que sobre Krishnamurti publicó el Sr. Montesano en *Nosotros* (ya cit.), y lo que Jinarajadasa nos dió a conocer en sus conferencias en la Logia Hipathia y en el Teatro Colón de esta ciudad. En cuanto a lo de insistir sobre la verdadera doctrina "redentora" del hombre, no puedo olvidar aquí las palabras de Mr. Jones (que lleva más de veinte años en la India) al "observar las caras de esos parias que llevaban las marcas de siglos de opresión" sin dejar de aparecer al instante que "las cadenas seculares se están quebrando en estos momentos mediante la presión y la fuerza del espíritu del Hijo del Hombre, operando en su conciencia" (v. *El Cristo del camino hindú*, pág. 155). El pensamiento de Gandhi concuerda exactamente con la bondad o gracia inefable de las "bienaventuranzas del Sermón del Monte", como un camino más viable para alcanzar la "liberación".

Pero, yo mismo estoy repitiendo la actitud que censura en el Sr. Montesano, al invadir un campo que no atañe para nada a la cuestión de fondo de mi novela. Y debo proseguir: no es tesis de mi libro la de que "no hay amor si no es compartido". No se hace tesis en esa novela; como obra de arte ha llevado una finalidad muy diferente. La tesis de cualquier principio o doctrina el autor ha sabido fundarla o defenderla por otros métodos y en libros muy distintos. Sólo la incomprensión ha podido ver en esa frase de un "amor compartido" una sinonimia, de mi parte, con aquel otro amor, de linaje muy diferente, como el "amor de Cristo" que rebasa todo amor.

El Sr. Montesano parece derivar hacia el autor de la novela la crítica a su héroe Víctor de Santa Eulalia, y llega a decir que en el desarrollo de la obra se observa "una extraña mezcla de dogmas religiosos", etc. Nada más inexacto en cuanto a que el autor de *Equis* asuma una actitud dogmática en ese o en otros de sus libros. Todo lo contrario; su filosofía es adogmática; ha escrito contra el dogma, ha rechazado el dogma, y esa es la causa porque, no admitiendo alguno en el sentido escolástico, ha merecido el honor insigne, según datos recientes (no confirmados todavía) de que su libro *De nuevo habló Jesús*, haya sido incluido en el *Index*. Si el Sr. Montesano se ha detenido en la lectura de algunas de las obras del que suscribe, como *Conocimiento y Creencia*, *Anterosofía Racional*, etc.,

habrá visto que la verdad en devenir no puede constituir la premisa de un dogma religioso.

En cuanto a la confusión lamentable en que cae Montesano al decir que "si fuera verdad que no hay amor si no es compartido, llegaríamos a la extraña conclusión de que Jesús no conoció el amor porque ninguna mujer lo compartió con él genésicamente, que es como Víctor lo entiende", es algo que me obliga a denunciar una actitud de parte de mi crítico, que no puedo calificar con suficiente indignación. Es algo que me asombra en un espíritu que sabe decir que "Karma o Némesis tiene sus propios medios para ajustar los equilibrios y reajustarlos cuando se rompen" (v. NOSOTROS, Nos. 258-59). Sin duda alguna Montesano ha "roto ese equilibrio" y se hace menester un "reajuste", pero no de venganza, en este caso; lo haremos mediante la "gracia liberatoria" de las buenas razones.

Si yo hubiese hecho sostener por conducto de Víctor, tal absurdo e injuria contra el "óptimo amor" del Maestro, me habría hecho, a justo título, acreedor al oprobio de los hombres. No es honrado culpar a mi héroe de una aberración tan monstruosa. Víctor habla de un amor no compartido en la esfera biológica, sexual; de un amor que "es el esquema de la vida"; no del amor de naturaleza extra-biológica, espiritual, divino, que es amor al prójimo, caridad, simpatía, solidaridad humana, "amor reductor", amor de Cristo para el hombre. Mi protagonista frente a Silvia, fría, indiferente, asexual, no hablaba en este caso de otro amor. El amor que "conoció Jesús" nada tiene que ver en este conflicto amoroso, de la sexualidad de un hombre bien diferenciado, biológicamente completo, puesto que paladinamente tuvo el valor moral de desnudarse a sí mismo, no llamándose casto, ni despreciando como los esenios, el don de la naturaleza. Confiesa como pecador su "apetito natural", su "esclavitud" biológica, y no finge una beatitud de hombre definitivamente liberado de los lazos del instinto específico. Con esa mala moral de sacristía se ha querido hacer "eunucos" a aquellos que no lo eran; se ha sostenido como el estado del amor del hombre perfecto, el de la asexualidad, de la mutilación del "hombre completo" biológicamente. Lo que Freud haría derivar en muchos por el psico-análisis, como manifestaciones de deseos eróticos contenidos, mi personaje lo exploya con natural sinceridad, poniendo a flote de la vida sus mismos poderosos estímulos e instintos. Y esto que Montesano considera como una estimación de parte de Víctor de inferioridad del sexo contrario, cosa que tampoco allí se sostiene, constituye el lado profundamente humano, honrado, sincero de su individualidad en la novela. Para ser buen cristiano, no es menester ser casto o hacer tales votos, ni irse a pasar la vida fuera de toda tentación en la Tebaida, o dentro de los muros de un convento. Es el pseudo-cristianismo, en efecto, que ha hecho sostener, invocando a Jesús, e imitando a los esenios, la virtud de la vida monástica y la necesidad de "abolir la generación, acabando o secando las fuentes del instinto."

Ciertamente Montesano vería en ello una liberación espiritual del hombre ya definitiva. Es su falsa noción del bien y del mal y no la del autor de *Equis*, que no comulga con la patristica, ni con los que ven en el amor sexual, un "pecado" o un mal que "esclaviza". El "deseo genésico" en Víctor no es todo; lo prueba su misma lucha, sus diálogos interiores, su larga paciencia, y la dura batalla en que pudo ser amo de sí mismo, mediante determinaciones de conducta que en otros menos disciplinados se habrían traducido en asalto violento, en avasallador e incontenible pujanza erótica. Sólo, repito, la incomprensión o lectura muy ligera, fragmentaria del crítico, puede hacer deformar el lenguaje de la realidad en esa novela.

No puedo ni intento justificarme como autor; pero tengo el deber de defender a mi héroe al verlo mal comprendido o ultrajado. Si Víctor siente el amor biológico, no sabe negarlo como hipócrita calculador de la

santidad. El otro amor, el impersonal, que da todo sin preocuparse en recibir nada, también en parte se ha puesto en esas páginas de relieve. Todo allí lo hace ver así; y en eso consiste su "debilidad" en el común concepto del mundo. Víctor en sus "Memorias" llega a exaltar a Silvia, hasta empequeñecerse a sí mismo.

No es exacto tampoco que "el mismo Dios vuelve a bendecir los esponsales de Víctor con Nora." Montesano ignora que la iglesia, cualquiera sea, no bendice los esponsales de un divorciado. El crítico ha querido que Víctor fuese personaje a gusto y semejanza de sus doctrinas o creencias teosóficas, que mereciese la aprobación de Buda, o de la Blavatzky. Pero Víctor ha preferido la aprobación de aquel Jesús que bendijo las bodas en Caná de Galilea.

Por lo demás, debo agradecer al señor Montesano sus apreciaciones finales, y la oportunidad que me ha brindado de conocerle en una faz de virtud humana poco visible en la historia del mundo: la del estado de liberación definitiva: la del hombre "anampláketos" (perfección de Cristo como Hijo de Dios y Hombre). Yo no podría decir otro tanto de mí mismo. Víctor en la novela dijo en términos muy claros: "En mis "confesiones" tal vez me haya desnudado moralmente en ellas, mereciendo el patíbulo; son confesiones de un hombre, no de un ángel, de un pecador que mira frente a la vida, sin miedo; de un hombre que sabe llorar y arrepentirse, que sabe sufrir pacientemente y esperar." Para este personaje: "la vida nos da más de lo que merecemos." Esto significa gracia y no karma. Y he aquí la razón por qué Montesano no ha comprendido a mi héroe.

Como teósofo ve el progreso "a través de experiencias numerosas (léase "reencarnaciones" o avatares) siempre útiles aunque muchas veces nos causen dolor." Si como hombre Víctor alcanzó la resignación que supo darle Jesús y no Buda en su caso o conflicto personal, es porque ha comprendido que el problema de nuestra resignación y purificación o perfeccionamiento no debe dejarse librado a futuros avatares. Por lo mismo también reclamó, con igual lógica, llenar en esta vida presente su misión cósmica de hombre, poniendo su espíritu al servicio de esa vida, y no la vida al servicio del espíritu. Como hombre frente a Silvia no reaccionó como "macho" que se deje arrastrar por la garra del instinto; no siguió el consejo de Nietzsche; supo en cambio, colocarse en un plano de "pura aristocracia" (v. *La Nación*, del 22 de marzo último).

Como hombre frente a los hombres, frente a Themis, tuvo la protesta, el "azote bíblico" de quien ha recibido la afrenta de los mercaderes de la justicia. Este capítulo —en esto hallo razón a Montesano—, debió suprimirse. La novela debió terminar en "Soledad", donde termina, el drama, en efecto. Pero la novela misma ha seguido un camino natural, no artificioso. Su técnica podrá discutirse, pero no "su humanísima acción, la honradez del espíritu animador, su sinceridad transparente" (v. *La Nación*, cit.). Pero si existe algún defecto o defectos "puramente formales", no podré admitir para esta novela el grave pecado de emplear el método "casuístico" para satisfacer una necesidad estética o justificar una actitud espiritual. El señor Montesano habría deseado que Víctor se hubiese comportado de otro modo, del modo como él juzga más teosófico o más conveniente. Pero Víctor no puede en esa novela falsificarse a sí mismo. Si su sinceridad no lo defiende, entonces merece ser condenado.

Créame su affmo. e invariable amigo.

MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO.

Concurso Literario Municipal.

El jurado encargado de otorgar los premios a las obras literarias de 1930, instituidos por la Municipalidad de Buenos Aires, cumplió su cometido el 8 de mayo. Las obras en prosa fueron premiadas en el siguiente orden: 1er. premio, *Pro y Contra*, de Enrique Méndez Calzada; 2º, *Escolios y reflexiones sobre estética literaria*, de Carmelo M. Bonet; 3º, *Realismo*, de Julio Fingerit. Los libros en verso, en el siguiente orden: 1er. premio, *Libro para la pausa del sábado*, de César Tiempo; 2º, *Las voces*, de Marcos Victoria; 3º, *Panegírico de Nuestra Señora de Luján*, de Ricardo E. Molinari.

Ninguno de los libros premiados reunió la unanimidad de los sufragios, en las muchas y diferentes votaciones que se produjeron. También fueron votados, entre los libros en prosa, presentados al concurso, *Baguales* de Justo P. Sáenz; *Frecuentación de la Muerte* de Roberto Mariani, *Alma y Estilo* de Homero Guglielmini, *Crítica* de Ramón Doll y *El alma que se apresuró* de Ricardo M. Setaro; y entre los libros en verso, *Calesitas* de Juan Oscar Ponferrada, *La danza de Salomé* de José R. Destéfano, *Horizontes* de Jorge Obligado, *Como agua entre las manos* de Augusto González Castro y *Las alas de metal* de María Alicia Domínguez.

El fallo es satisfactorio, pues todos los libros premiados han merecido la recompensa; y unos a título de positivos valores, otros como estímulo. Partidarios, como hemos sido siempre nosotros, de que estos premios deben otorgarse, no empezando por abajo a los aprendices y eliminando a los llamados "consagrados", sino a los que más valen, nos felicitamos de que el primer premio haya sido acordado a nuestro colaborador y amigo, el culto y agudo ensayista, crítico y humorista Enrique Méndez Calzada. Justo es también reconocer que *El libro de la pausa del sábado*, de César Tiempo, se destaca, a pesar de sus naturales defectos, como una nota original y sentida en nuestra producción poética más reciente. Desde luego, puede disputarse según las preferencias personales sobre el orden de colocación de los distintos premiados y admitirse que ninguno de los perdedores que entraron en las votaciones era indigno de figurar entre los premiados. Efectivamente, todos ellos son nombres ya consagrados por su obra anterior o brillantes promesas. Entre los autores en prosa, los más eran ensayistas: ésto acaso explique que el jurado haya otorgado los premios a tres libros de ensayos, si bien quizás hubiera sido discreto recompensar también a alguno de los diversos libros de cuentos o novelas, que se presentaron al Concurso y obtuvieron o no, votos. Pero los premios son seis y los valores no tan desemejantes que no quepan las diferencias de apreciación personal.

Formaban el jurado los escritores Francisco Soto y Calvo, Juan Torrendell, Carlos Obligado, Enrique Martínez Estrada, Nicolás Coronado, José A. Oría y Francisco Luis Bernárdez, y en su honor decimos que cualesquiera hayan sido sus preferencias en las votaciones sucesivas, en ningún momento mostraron aquella ignorante e irritante parcialidad que se impuso para premiar hasta necedades y torpezas en el concurso del año pasado.

* El COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES (institución de alta cultura, sobre la cual ya hemos informado en estas páginas) ha iniciado sus cursos con un éxito de asistencia y de interés que ha superado toda esperanza, con ser grande la de sus fundadores, lo que muestra como hay en Buenos Aires y en la Argentina un vivo interés por la cultura, extraño a todo propósito profesional inmediato, que sólo pide ser estimulado y satisfecho.

Durante el mes de mayo inauguraron sucesivamente sus cursos sobre los temas ya anunciados en el número anterior de NOSOTROS, los profe-

sores Alejandro Korn, Enrique Loedel Palumbo, Cosme Lázaro, Pedro Henríquez Ureña, Nicolás Repetto, Federico Pinedo, Jorge F. Nicolai y Numa Tapia. Inaugurarán los suyos en junio y julio los profesores Enrique Gaviola, Juan Mantovani, Angel Guido, Juan Blaquier, Juan José Díaz Arana y Nino Piccaluga.

* El CENTRO INTELECTUAL MANUEL BELGRANO, fundado por un grupo de argentinos e italianos, vinculados los primeros a Italia, o por los lazos de la sangre o por el amor a su cultura, ha iniciado sus actividades con una hermosa fiesta inaugural, celebrada en su local propio, en el suntuoso edificio de nuestro colega *La Patria degli Italiani*. Explicó los fines de esta asociación de cultura, su presidente doctor Antonio Dellepiane en un sustancioso discurso, en el cual estudió las influencias italianas sobre la raza y la cultura argentinas y en seguida Atilio Chiappori dió una interesante conferencia respecto de las influencias de Italia sobre el arte argentino. Nuestro director Alfredo A. Bianchi, miembro de la Asociación y presente en el acto, fué invitado a ocupar un asiento en la mesa de honor.

* También la SOCIEDAD HEBRAICA ARGENTINA ha inaugurado el 31 de Mayo sus "Tardes de la Biblioteca", que formarán un ciclo de actos culturales, independientes de los que celebra habitualmente la Sociedad, destinados al análisis y comentario de obras, autores y temas, que tengan algún significado en la vida judía o argentina. Con estas conferencias, la Sociedad se propone vincular a su obra a los escritores argentinos, quienes alternarán en su tribuna con los estudiosos que hay en el seno de la colonia judía aquí residente.

Habló en la primera conferencia nuestro director Roberto F. Giusti sobre "El hebraísmo de Fray Luis de León y su proceso", demostrando cómo habían concurrido a formar la armoniosa personalidad moral e intelectual del grande agustino, dos sangres tenidas por opuestas y dos culturas tan diferentes como son la hebraica y la clásico-cristiana. Las palabras previas estuvieron a cargo del miembro de la Comisión de Biblioteca, señor Boris Malamud, quien tuvo para el conferenciante palabras de alto elogio. Cerró el acto un recital poético a cargo de una de nuestras más expresivas y medidas recitadoras, la señorita Delia Funes Gnecco.

Esta sesión inaugural, a la cual asistió una concurrencia de más de trescientas personas, resultó lucidísima, asegurando el éxito de las conferencias futuras, para las cuales ya se anuncian los nombres del doctor Antonio Sagarna y de los señores Juan Pablo Echagüe y Alvaro Melián Lafinur.

NOSOTROS.